

PornoBurka

Brigitte Vasallo

Prólogo de Juan Goytisolo

Presentación de Marina Garcés



Desventuras del Raval
y otras f(r)icciones contemporáneas

Lectulandia

PornoBurka es un corte de mangas ante la impostura como forma de vida, articulado sobre cuatro personajes: una pornoterrorista encandilada por su macho alfa, un español de provincias transmutado en argentino, una estrella del pop gay aunque bisexual y un artista xenófobo enamorado de un frutero pakistaní. El escenario, el barrio barcelonés del Raval, antiguo bajo fondo reconvertido en barrio de modernismo, emerge como metáfora de la sustitución de la vida en favor del espectáculo, de la ocultación de la mierda bajo la alfombra como lema.

En este clima, en el barrio aparece un burka. Y todos olvidan su propio hundimiento y se lanzan a salvarlo, a liberarlo sin preguntarse jamás qué hay debajo, sin atreverse a mirar: metáfora de la gran pornografía de la ocultación (no del cuerpo, sino del ser), del sometimiento a las servitudes (no de la cultura, sino de la pertenencia), de todos los ejercicios cotidianos del «soy» y «seré» en detrimento del «estoy siendo».

Lectulandia

Brigitte Vasallo

PornoBurka

Desventuras del Raval y otras f(r)icciones contemporâneas

ePub r1.0

marianico_elcorto 28.04.15

Título original: *PornoBurka*

Brigitte Vasallo, 2013

Diseño de cubierta: Ellen James (www.ellenjames.net), a partir de una idea original de Pere Pedrals (perepedrals@gmail.com)

Maquetación: ©Jor-dee

Editor digital: marianico_elcorto

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Al palomar de la calle Salvadors
y a tod@s l@s que allí compartimos
lecturas, música y goteras.

A Denis, Ricard, Pere y Juan
que, aún sin estar, siempre estuvieron.

Del Chino al Raval

Prólogo (con *spoiler*) de Juan Goytisolo

Cuando a la muerte de Franco volví a pasear por el entonces aún mal afamado Distrito Quinto tras bastantes años de ausencia, las cosas no habían cambiado mucho desde mis correrías juveniles por Sant Pau y Robadors. Las prostitutas y su clientela eran idénticos, la miseria había disminuido en apariencia, pero quienes caminaban o merodeaban por calles y callejas respondían al modelo antiguo: catalanes y charnegos de primera, segunda o tercera generación, alguno que otro gitano y poco más. Habitudo a la diversidad de culturas y etnias del Sentier parisiense y Manhattan, dicha uniformidad me decepcionó. No obstante, mi frustración no duró demasiado.

La Rambla del Raval, «un golpe de machete» asestado en medio del barrio, escribe la autora de PornoBurka, lo partió en dos, como un cortafuegos, para fragmentar y aislar a los distintos componentes sociales. Los recuperables del volen un barri digne y los marginados sin remedio. El plan urbanístico de saneamiento buscaba la normalización social, el paso de la vieja miseria a una zona pequeño burguesa sin chusma, pero con un elemento exótico, una pizca canalla, que imantara al turista. A primera vista, la operación de lavado fue un éxito rápido: los restos del Chino descrito por Genet desaparecieron. Los escaparates con anuncios de gomas y lavajes de Arc del Teatre echaron el candado (uno es hoy una librería islámica). Pero, como en los barrios del París de Baudelaire, la vida volvió por sus fueros, y la plebe, venida de las cinco o cincuenta partes del mundo, se adueñó poco a poco del espacio aseado e impuso su ley: la de la fuerza que brota de las entrañas de la vida en creación y movimiento.

A partir del machetazo, escribe Brigitte Vasallo:

«El barrio quedó destripado y por el agujero que dejó su vientre se colaron las cimentadoras, que hicieron su agosto en la Rambla del Raval. Cemento por todos lados (...) La Rambla del Raval fue una opa hostil sobre la vida del barrio, un abordaje, un asalto a mano armada».

En efecto, cambió y continúa cambiando el diseño urbanístico, aunque como admite la autora, en el ex Distrito Quinto «sigue amaneciendo como cuando se llamaba Barrio Chino: meado y con resaca». Con todo, el componente humano del mismo se sitúa a mil leguas del habitado antaño por nativos y charnegos. Ahora los «baluartes de la catalanidad» o cafés como el Pontevedra —del matrimonio gallego cuya hija es la protagonista de la novela— han cedido el paso a una tribalización ciudadana de pakis, marroquíes, hindúes, filipinos, gais, yonquis y guiris. ¡El

exotismo en casa!

Ése es el contexto abigarrado y mutante en el que se desenvuelve la acción de **PornoBurka**. Sus personajes: Concepción-Conchi-Cookie-Lo, hija del Jacinto y la Remedios del clausurado bar Pontevedra; su amante, el supuesto bohemio argentino Buenaonda; la pareja gay de Paco (Pack) y Jordi (©Jor-dee); el grupo militante lésbico de Matilde, cuyas teorías llevan a Lo por caminos tan retorcidos (quiere sodomizar a Buenaonda) que ni ella misma se aclara; el joven vendedor de frutas paquistaní Lahore; el camello marroquí Rachid, tienen un denominador común: el sueño de ser distintos (o al menos aparentarlo) de lo que son. De ahí los sucesivos cambios de nombre de Lo; la argentinidad impostada de su amante; las ilusiones contrariadas de la pareja gay —que maldice la ley del matrimonio homo de Zapatero—, de poseer a toda costa a Lahore (© Jor-dee) y ascender a la fama al frente de su grupo musical Brigada Rosa (Pack)...

Pero veamos, aunque sea brevemente, la trama. El matrimonio gallego, inquieto por la deriva sexual de su hija desde que abandonó el barrio lleno de moros para mudarse al carrer Trafalgar y hallarse de pronto asediado por chinos que, colmo de desdicha, hablan catalán, decide recurrir a los servicios de un detective para seguirle los pasos. A fin de hacerlo con discreción y procurarse una total invisibilidad, ¿qué mejor vestimenta que el burka? Impenetrable a las miradas, su burka azul recorrerá la Rambla del Raval sembrando a su paso altas dosis de sorpresa, inquietud, desaprobación, terror. ¡Ahora ya no se contentan con venir a robarnos el trabajo! ¡Quieren imponernos su indumentaria y traernos a Ben Laden!

El exotismo a la inversa del barrio, sus distintos discursos identitarios —nacionales, religiosos, gays, de discípulos/as de Beatriz Preciado— permite a la autora la composición de escenas tan divertidas como la de la minuciosa felación del plátano por Lahore en su tienda de frutas o la del Exámen de Integración Lingüística del muchacho por un equipo de TV3 acompañado de Guardias Civiles y Mossos d'Esquadra en el que el desdichado es forzado a pronunciar el nombre de Lluís Llach y no alcanza sino a balbucear Yuis Yac que me llenó de regocijo.

La idea de una marcha hacia el Macba, organizada por ©Jordee y Pack, con su grupo musical, congregará allí a todos los personajes y grupos dispersos en una manifestación-contramanifestación en la que gays, lesbianas, transexuales, moros y pakis corearán sus contradictorias consignas. Una orgía de palabras con entonaciones distintas a falta de aquella en la que sueñan Lo, Pack y otros protagonistas de la incentiva y refrescante novela de Brigitte Vasallo.

Juan Goytisolo

«Y si durante siglos se ha creído necesario ocultar las cosas del sexo porque resultaban vergonzantes, ahora se sabe que es precisamente en el sexo donde se ocultan las partes más secretas del individuo: la estructura de sus fantasmas, las raíces de su yo, las formas de su relación con lo real. En el fondo del sexo, la verdad».

Michel Foucault

Herculine Barbin llamada Alexina B.

—¡Me cago en la dignidad!

Cookie, ahora conocida como Lo, antes llamada Conchita, charnega, diseñadora y camarera (o viceversa), abre de par en par los ventanales de su piso y se lanza cual suicida por encima de la baranda del balcón.

—¡Me cago en la dignidad, cabrones! ¡Es domingo por la mañana!

Descolgada de medio cuerpo, el vientre haciendo equilibrios precarios sobre el metal para no bascular definitivamente al vacío, vomita insultos roncós en dirección al asfalto. Amortiguados los gritos por la altura, apenas un par de cabezas manifestantes se dan por aludidas, miran hacia arriba con desprecio y le devuelven ostentosos cortes de manga mientras siguen agitando las pancartas y defendiendo la consigna única: «¡Queremos un barrio digno!».

Buenaonda, presunto argentino, fumeta y poco más, observa la escena con los ojos entornados desde la cama, deslumbrado por el sol temprano mientras palpa el cenicero en busca de la primera colilla del día.

—Dejalo, boluda —balbucea fastidiado—. Vení acá, es muy pronto para tanto quilombo...

Conchita, después llamada Lo, antes conocida como Cookie, se siente desbordar por este chocante fenómeno: la normalización del barrio. La culpa, piensa, la tiene la infancia. No la propia, claro, sino la ajena. Las familias estructuradas. La gente le ha perdido el miedo al barrio, de ser cutre ha pasado a estar de moda y hordas de personas perfectamente sanas y en edad reproductora, guapas incluso, han empezado a alquilar pisos, a fornicar y a embarazarse, a parir y a poblar las calles con criaturas rubias, homeopáticas y matutinas. Ha parido la infecta vecina de arriba, sin ir más lejos. O la gilipollas de enfrente. Y los gays del tercero, obsesionados por ser como todo el mundo incluso en lo malo, han adoptado un niño negro de esos que quedan tan bien con los muebles de diseño.

Desde que hay criaturas estructuradas en el barrio (de las que van al colegio todos los días), la vida para Lo se ha hecho insoportable. A las 7.55, cada mañana, sea invierno o verano, los esperpénticos críos del piso de arriba galopan reclamando desayuno como animales que son, señal que utiliza la vecina de enfrente a modo de despertador y tras la cual sale al balcón para agradecerle a Krishna el nuevo día, dejando la puerta abierta a los gritos de sus gemelas monstruosas que avivan, a su vez, los maullidos del insufrible retoño de abajo.

Es la guerra.

La noche del Raval tampoco está dispuesta a apaciguarse tan fácilmente. Los bares, los borrachos, las colgadas y ese maldito taller de costura clandestino que resuena en la habitación de Lo reclaman su derecho a seguir poblando la madrugada. No se puede negociar con nadie. La guarra del piso de arriba dice que los críos son críos y, como tales, insoportables. La estúpida de delante dice que debemos estar agradecidas a la vida y no quejarnos tanto. Y los de abajo con gusto devolverían al negro, ahora que la moda ya no es tener un crío sino un bulldog francés. Con los bares no hay problema, porque el civismo impuesto por el Ayuntamiento acabará con todos ellos. Queda el cosedor o la cosedora, pero Lo nunca ha sabido de dónde procedía el ruido. Conociendo la idiosincrasia del barrio, el insondable laberinto de cañerías de plomo que atraviesan las paredes de papel formando una auténtica red de transmisión de ruidos, la máquina bien podría encontrarse a varias manzanas de distancia.

A este descomunal caos sonoro se suman, a principios de mes, el vecino del tercero y la prostituta dominicana que alquila en cuanto cobra la pensión y a la que recibe en calzoncillos y cantando rancheras a toda voz. Ahí tampoco hay negociación posible, pues está convencido de que cualquier crítica a su comportamiento nace de la envidia hacia su masculinidad tardía.

Sólo faltaban, pues, las manifestaciones. La gota que colma el vaso: los y las estructuradas que, una vez reproducidos, no consideran el barrio lo bastante digno.

—Esto es parte de un plan urbanístico oculto pensado para sacarnos definitivamente de la zona y convertirla en un lugar de clase media y familias sonrientes. Seguro que es el alcalde quien los ha trasladado aquí para que nos den por culo.

Dar por culo.

La expresión, tan dulce, resuena en los oídos adormecidos de Buenaonda, provocándole un vuelco en el alma, un despertar de la consciencia que le abre los ojos y le pone los pezones de punta.

—Dar por culo, Lolita mía. ¿Vos te acordás de lo que eran esas noches, Conchita? ¿Vos te acordás de qué buenos tiempos pasábamos justo antes de ser esa cosa que dices que somos ahora?

Lo sigue gritando y maldiciendo a la manifestación, que se aleja doblando la esquina hacia la Rambla del Raval, cuando Buenaonda decide hacer el que será su último intento. Se planta las gafas de sol, arrastra su cuerpo cenizo hasta el balcón y le muestra a Lo una flamante erección matutina, que viene a disipar las dudas sobre su hombría ante el gatillazo sufrido la pasada madrugada.

—¿Qué quieres? —pregunta malhumorada.

Reducida su capacidad discursiva por el sueño y la resaca, empoderado por esa polla suya que ha decidido apuntar, ambiciosa, al cielo, Buenaonda firma su sentencia de muerte.

—Te quiero dar por culo, Lolita mía —afirma satisfecho.

La cosa más grave no será el puñetazo, ni el labio partido, ni la sangre, ni lo del diente, que al fin y al cabo era postizo y por eso saltó tan fácil. La parte más grave será el daño anímico que causará en el presunto argentino la enésima negativa (tajante) de Lo.

—Cookie, por favor, Lo mía. ¿Vos no entendés que por las leyes de la física y la química, por una cuestión de diseños anatómicos, vos no podés penetrarme a mí, boluda? Si vos disfrutás con el sexo anal, Lolita, acordate, y yo disfruto más que nada en el mundo con el sexo anal, el mío hacia vos, se entiende... ¿Por qué complicársela tanto con eso de que vos también me tenés que penetrar a mí? La igualdad no era eso, Conchita, no era tan en sentido literal. ¿Entendés?

Ella resiste, niega, maldice sus deseos y su cuerpo que suplica un buen polvo matinal. No será.

—No puedo. Siendo lo que soy ahora, no puedo seguir aceptando la penetración, ¡y mucho menos anal!, a menos que sea recíproca y, si me apuras, ¡hasta simultánea!

—¿Simultánea, Lo?

Buenaonda retrocede espantado. ¡Simultánea! Esto es el fin, sin duda. Jamás, jamás serán capaces de superar algo así.

Y mientras abandona la casa derrotado, arrastrando los pies por el pasillo y llorando a moco tendido, Buenaonda va dejando caer por los rincones, como hojas de un árbol moribundo, el nombre antiguo que caducó sin que él se diese cuenta, como un yogur cualquiera olvidado en el fondo de la nevera, llevándose con él los últimos instantes en que la vida era posible: Conchi, Conchi, Conchi...

Buenaonda me llama Conchi para herirme, está claro, para recordarme lo que fui, pero no soy. Hay una inquietante distancia entre lo que parezco y lo que soy, incluso entre todo eso y lo que aparentemente creo ser... Si bien empiezo a intuir cierta coherencia en el caos. Seguro que no soy hetero, aunque la escena del balcón me haya dejado el coño dolorido de ganas de follarme a Buenaonda. Esa es otra historia. Lo más complicado es que no soy exactamente una bio-hembra. Creí serlo porque el médico que asistió en el parto a mi madre, también supuesta hembra, miró mis genitales y dijo «¡es una niña!», momento en el que mi padre, que no estaba allí sino tomándose un carajillo, rompió a llorar. Y no lloró de alegría, no. Lloró de pena de tener otra niña en la familia, con las ganas que tenía él de llevar a su hijo al fútbol. «Será niño y se llamará Vicente», había sentenciado el Padre. El error, lo he entendido después de años deambulando por las mareas de la identidad difusa, no está en el nombre, si bien Vicente no es el que yo hubiese preferido. El error está en el concepto. ¿Quién dijo que mi coño me hacía hembra?

Pero eso, claro, lo entendí mucho después de haber nacido.

Cuando conocí a Buenaonda, yo no era una mujer. Ya había dejado atrás a Conchi para desarrollar mi nueva identidad bajo el nombre de Cookie. Él era el bio-hombre que yo siempre había estado buscando, mi media naranja, concepto teóricamente caduco, si bien presenta innegables cualidades prácticas, destacando entre ellas los abrazos en las noches de invierno. ¿O es que a vosotras os abraza Simone de Beauvoir? No. El que te abraza cuando todo se va a la mierda y te quieres morir es tu maromo, en mi caso Buenaonda, que por entonces tenía los atributos de un poeta. Era dulce, frágil, y tenía una fantástica polla.

Se lo dije después de la primera, apasionante noche de sexo anal.

—Tengo que contarte algo: creo que no soy una mujer.

Él me lanzó una mirada a través del humo del porro y contestó:

—Me la suda, boluda.

Y ese «me la suda» selló definitivamente nuestro amor. Porque él me amaba a mí, daba igual quién fuese yo. Así que con él a mi lado pude dedicarme a buscar mi verdadera esencia y a encontrar, de paso, la suya.

Posiblemente yo no era hembra y seguramente tampoco era mujer. Me importaba un comino la operación biquini, me daban repelús las criaturas, odiaba ir de tiendas y comprarme ropa, no usaba cremas y, si me apuras, ni desodorante. Cuando, haciendo

un esfuerzo, intentaba juntarme con chicas y buscar complicidades, siempre sospechaban que quería ligar con ellas.

Transexual, apuntará cualquier tarado de la evolución genérica. Tú eres transexual. Eso llegué a considerar yo mism@ durante unos años. ¿Y si soy Vicente bajo la apariencia relativa de una Cookie? ¿Y si fuese lesbiana? ¿Y si no me gustan los hombres, aunque parezcan encantarme? ¿Y si soy asexual por mucho que me corra cada vez que un machote se me acerca en un bar? ¿Y si soy hermafrodita? Mi predisposición natural a hacerme pajas podría tener aquí su explicación. Yo soy yo y me follo a mí misma.

¿Pero qué soy cuándo me follo a otros, cosa que hago tan a menudo como puedo?

Un hombre.

Decidí que yo era un hombre. El tema no me ocasionaba ningún problema, pero ponía los pelos de punta a Buenaonda por una cuestión evidente: si los dos éramos hombres y follábamos juntos, estaba claro que éramos gays. Y lo fuimos, sí, pero eso llegó mucho después. Por aquel entonces estábamos tan seguros de ser heterosexuales que, al convertirme yo en hombre, él se convirtió naturalmente en mujer.

El tema le asustó un poco, pero pronto se fue adaptando a su nueva identidad. Incluso hizo aportaciones muy interesantes, como la asimilación de su rol de madre. Él decía que la madre potencial que habitaba su cuerpo de hombre se revolvía cada vez que abandonaba el nido para irse a trabajar. Así que dejó de trabajar, convirtiéndome a mí, de paso, en un hombre de verdad: el sustento de la familia. Pero ésa también es otra historia.

Pasamos tiempos felices. Follar, follábamos como siempre: su alma de mujer y mi alma de hombre, su bio-cuerpo de hombre y mi bio-cuerpo de mujer, los cuatro heteros, lo pasábamos de maravilla. Yo iba por el mundo con la sonrisa abobada por el dolor que me causaban sus penetraciones, sus pellizcos, sus mordidas, sus cuerdas y sus golpes certeros de fusta que me dejaban en las nubes durante varios días. Y aún ahora, cuando me recuerdo a cuatro patas rechupándole las botas de punta de acero, siento que es una lástima que aquello no estuviese bien.

Y es que llegó el feminismo y se me jodió la vida.

El barrio del Raval barcelonés sigue amaneciendo como cuando se llamaba Barrio Chino: meado y con resaca. Y aún así, todo ha cambiado: la vida de verdad ya no habita aquí. Desapareció el día en que alguien creyó que una ciudad es un espacio y no una forma de vida, que a un barrio lo definen las calles y no las relaciones, que las periferias emocionales del mundo no son su parte más fecunda.

A los barrios bajos o, más bajo aún, a los bajos fondos, los hombres (marineros, ricos, migrantes o borrachos) iban a mostrar su verdad: a follar. El Chino era un barrio de sexo, donde el cuerpo femenino (mariconas incluidas) se alquilaba por un rato, mientras los cuerpos vendidos de las esposas legítimas, las respetadas, esperaban en el hogar. Un lugar de puterío. Sexo por dinero, como casi todo el sexo: mamadas a quinientas, folladas a mil, completos a mil quinientas. Sexo como producto, pero no como moneda. Las mamadas no pagaban compañía, las folladas no compraban estatus, los completos no financiaban amor. En el Chino se comían pollas a quinientas, por un café cuando la noche era fría o por un vino y poco más. Allí los sentidos eran únicos y los mensajes, rotundos. En el Chino había miseria, una pobreza que se enganchaba en los huesos y no dejaba espacio para poesía alguna. Había violencia. Había desgarró. Había dolor. No había futuro: sólo había verdad. Era un barrio duro. Pero la miseria no era invento del barrio, sino invento de la vida. El barrio, simplemente, daba un espacio para poner la miseria al sol, para enseñarla en lugar de esconderla en el armario, para enfrentarnos a su hedor, para abrir los ojos y entender que casi todo es mentira, que debajo de las farándulas, de las cremas antiedad, de las novelas rosa y de los cuentos de hadas somos esto: vida en toda su mierdez.

Absorto en su brutalidad, el Barrio Chino te sacudía, te amenazaba, te desvelaba. Era, con toda su penuria, un lugar sin mansedumbre. Una esperanza.

Pero llegaron los tiempos modernos, llegó Europa y ese progreso dorado de catálogo y grandes eventos. La gente de izquierdas engulló a las gentes del abismo. Impusieron su limpieza, su orden, su censura camuflada de criterio, su civismo ciego e hipócrita, mediocre. La progresía expulsó a la chusma, purgó el vecindario con un urbanismo sin alma (pero con futuro) e instauró la vida de mentira, una vida reglada, pactada, un mundo alternativo dentro de la norma, de una rebeldía totalmente inocua e infantil que destruyó la única grandeza del barrio: su inevitable, involuntaria carga de sobrecogedora verdad.

Ahora el Chino se llama Raval y es un parque temático. Aquí ya no se vive de noche, sino que se «sale» de noche. Se sale y al día siguiente se entra de nuevo en la vida normal. ¿Dónde está, ahora que el barrio se llama Raval, la población de aquella noche sin regreso del Chino? Alguna, aquella que haya logrado esquivar la especulación inmobiliaria o esté aún resistiendo sus envites, intenta adaptarse al nuevo barrio como intentan los cocodrilos sobrevivir en un terrario. Y a su alrededor, las criaturas de la modernidad se escandalizan de la decadencia, pero disfrutan de ella: les da ese aire tan guay codearse con la chusma las noches del sábado, comprarle una cerveza al paki, echarse una charla con un puta sin papeles. Y así, el Raval se ha convertido en un lugar de buenrollismo y tolerancia...

... como si la mierda en estado puro se pudiese tolerar.

Un barrio, en fin, inofensivo. Porque en la noche del Raval contemporáneo se puede perder la cartera, la paciencia o la virginidad. ¿Pero el alma? Hay que tener un alma muy cutre para perderla en este Raval.

Buenaonda, en cualquier caso, está más preocupado por su cartera que por su alma. No en vano es un migrante perpetuo sin las necesidades básicas cubiertas. La comida, vale; el techo, también. ¿Pero el sexo? ¿Cómo un viajero, un exiliado presuntamente argentino bien plantado y bohemio, puede estar sin sexo en una ciudad donde las chicas adoran a los exiliados argentinos bien plantados y bohemios?

Yo nunca en mi vida vi cosa igual, esto sí que escapa por completo a mi entendimiento y mi tolerancia. Porque Cookie, esa misma Cookie que ahora me está matando con sus historias de si soy hembra o soy merluza, esa misma Cookie que hace de cada polvo un problema metafísico, esa misma era, con todos mis respetos, ¡una comepollas! Claro que tenía todas esas historias de si soy bi o tú eres tri. Pero hasta ahora eran sólo metáforas, nada que llegase, en verdad, a afectar nuestra convivencia. Ella se iba transformando, pero seguía inmutablemente fascinada por mí, decía que yo tenía atributos de poeta, ¡imagínate!, porque yo era delicado, estaba perdido y me estaba buscando desesperadamente. Y, según cómo, era verdad, pues yo había llegado sin un duro desde mi Cuenca natal y sin más habilidades que liar buenos porros, caer bien a la gente y tocar un poco la guitarra. ¿Qué se puede hacer en la vida con esas cualidades? «Pues en Barcelona, mucho», me dijeron mis colegas. Y me vine.

Los primeros meses paseé por todos los barrios para descubrir aquel donde desarrollarme y hacer de mí un hombre de provecho. ¡Caramba! Barcelona es realmente «la ciudad de la paz» donde incluso las peores rarezas encuentran un lugar donde vivir en armonía. Frecuenté barrios *hippies* de alto *standing*, me codeé con catetos *snoobs*, conocí a obreros de derechas y a inmigrantes xenófobos. ¡Eso sí que es flexibilidad! En Barcelona vi incluso a vegetarianos carnívoros, lo cual me parece un avance nutricional. La democracia que descubrí en Barcelona llegaba hasta lo más profundo de la sociedad, hasta el cogollo mismo: aquí se podía ser un intelectual sin haber entendido nada, brillar como pensador sin haber leído un libro o hacer cine sin saber manejar una cámara (es lo que llaman cine independiente porque está todo borroso). Una persona en Barcelona podía llegar a lo más alto sin necesidad de mérito alguno. ¡Eso sí es igualdad de oportunidades! Definitivamente, era mi lugar en el mundo. Y fue aquí, aprendiendo de Barcelona, observando a sus gentes generosas, que descubrí mi auténtica vocación: yo quería ser argentino.

Si bien los argentinos estaban por toda la ciudad, los más folclóricos se concentraban en el Raval, lo cual daba un indudable atractivo al barrio para un carácter retraído como el mío.

Y fue justo en el barrio donde se me apareció ella, como a otros se les aparece la virgen en mitad de una montaña, salida de la nada y sin que yo lo esperase. Llegó. Y apenas pronunciado el tercer «che» ya me había convertido en su complemento, algo

así como un bolso de colores o unos zapatos de tacón que encajaban en esa foto que se había hecho de su vida. Mi nuevo yo pegaba con el entorno, con su ropa, ¡qué sé yo con qué! Pero le hacía conjunto, yo, con mi acento, mi mate, mi guitarra y el porro chamuscándome los labios. Así que yo cantaba y ella me aseguraba el sustento, que eso también es hacerse pareja, eso también es comprensión postmoderna, y no sólo el invento ese de la bipenetración simultánea. Todo iba bien, nuestra vida iba bien, sin sobresaltos. Íbamos a fiestas divertidas, nos poníamos hasta el culo, bailábamos, hablábamos, follábamos, ella trabajaba y yo existía. Hasta que aparecieron todas esas teorías contrasexuales que vinieron a añadir otra vuelta de tuerca a la identidad, ya bastante enroscada, de Cookie. Cuando me dijo que se volvía a cambiar el nombre, que quería uno neutro (;neutro!) y que tenía que escribirle los mensajes con una arroba en lugar del género, ya me di cuenta de que esta vez íbamos mal. Así que me apunté inmediatamente a clases de yoga para superar el estrés, aún sospechando que con nada lograría superar lo que se me venía encima.

Buenaonda camina sin rumbo por la ciudad, que se vuelve hostil al ritmo que marcan sus desencuentros con Cookie, que se deforma y contrahace al tiempo que se derrumba su historia con ella. Con ello. Y mientras el drama de la ruptura se dibuja en el horizonte, un culo emerge de una caja de verduras ante sus atónitos ojos. Un culo enfundado en unos tejanos, que se sostiene sobre unas piernas algo torcidas que se apoyan a su vez sobre dos pies precariamente enfundados en unas chancletas, a pesar del invierno que arrecia. Todo lo demás es verde: lechugas, calabacines y pimientos del padrón metidos en una torre de cajas que ocupa, graciosamente, media acera. El culo se balancea excitado, se tambalea bajo los movimientos bruscos de unos brazos que no se ven, hundidos como están en las lechugas. El culo amenaza con caerse, toma impulso, se agacha (o es agachado por las piernas arqueadas que apenas merecen sostener un trasero tan bonito) para, acto seguido, volver a encumbrarse como cabeza de cuerpo doblado. Los brazos, mientras tanto, siguen buscando frenéticos alguna cosa dentro de la caja que, ¡alehop!, por fin aparece. ¡Un plátano! El cuerpo se reincorpora y el culazo pierde su posición altiva para resituarse al fondo de una espalda ya erecta que culmina, sí, en una cabeza. Una cabeza de pelo azabache repeinado con raya al medio que enmarca el rostro inundado por una enorme, franca, sonrisa de satisfacción. ¡Un plátano! Lahore («¿Cómo sabés, pelotudo, que el pibe se llama Lahore?». «¿Que cómo sé? ¿No has visto el cartel que pone Frutas Lahore en su tienda?») apoya su precioso culo en las cajas de verduras, en mitad de la acera, con la mirada perdida en su plátano, los ojos casi bizcos de observarlo con tanta intensidad y a tan corta distancia. Lo mantiene erecto ante su cara, agarrado con firmeza por el extremo inferior con las dos manos. Diríase que va a cantarle, pero no le canta. Por el contrario, dibuja en su boca una enorme «O» y, como si de una muñeca hinchable se tratase, se introduce lentamente el plátano, con piel, etiqueta y todo en la boca hasta que sus propias manos hacen de tope. Mantiene un instante la respiración, los ojos cerrados para que no escape resquicio alguno del intenso placer, la boca llena, la garganta al borde de un vómito enamorado para, al cabo de un instante, con la misma suavidad, retirarlo lentamente, dejando que los labios recorran todos los pliegues de la piel de la feliz banana hasta que sale completamente de la boca dando un chasquido. Lahore deja que la lengua lo guíe por las formas banánicas de su amante vegetal. Recorre la curva del lomo de lado a lado para detenerse en el extremo rugoso, negro y cerrado que, sin duda, podría recordarle

a Buenaonda el objeto, también inevitablemente cerrado, de sus oscuros deseos. Mete, saca, mete, saca, Lahore succiona el plátano, deja que la pegatina se enganche en sus labios, acelera la respiración, sobreexcitado, se lame los dedos y muerde, sin poder evitarlo, un instante la punta de la banana. Se la comería entera, sin duda, pero la mañana es joven y prefiere que sufra y seguirla chupando con arrobo, succionarla, lamerla, mamarla, mirarla con expresión enamorada y hundírsela de nuevo boca abajo con pasión. «¡Ole ahí, ole!». «¡Guapo!». Las vecinas que regresan del cercano mercado de Sant Antoni con los carros llenos de verduras se han parado a mirar, atónitas, la danza del frutero pakistaní y el plátano canario y, emocionadas hasta la lágrima por esa súbita expresión de belleza, no dudan en llenarlo de piropos, en animarlo con sus aplausos y vítores. El griterío se eleva por la calle estrecha y los balcones y ventanucos comienzan a abrirse y a poblarse de caras sonrientes de pakistaníes y filipinas, de andaluces y nigerianos, de señores barbudos y señoras tocadas con rulos fucsia, que celebran la felación platánica con aleluyas multilingües que caen sobre Lahore como lluvia seca, absolutamente absorto en el vaivén de su lengua sobre el plátano reblandecido por la saliva que se escurre por sus brazos hasta formar riachuelos en el suelo.

—©Jor-dee, vos sabés que tengo un gran respeto por las opciones sexuales de las demás personas. ¿Pero estás seguro que no has tenido alucinaciones? Esto es muy, muy raro...

—Cállate, Buenaonda, escucha esto. Porque después de haberle hecho una felación de la hostia al plátano, cuando la calle ya estaba llena de gente y de la escuela de la esquina habían traído a los niños y las niñas para que aprendiesen algo útil, cuando los demás pakistaníes del barrio se habían reunido ya en torno a Lahore y se abrazaban con lágrimas en los ojos recordando a sus esposas, sus novias, y seguro que algún novio que habrían dejado allí perdido en Pakistán, justo en ese momento de éxtasis tan profundo que llegamos a creer que el plátano mismo se correría, Lahore paró, nos miró a todos yo creo que sin vernos, se desabrochó los pantalones, se dio media vuelta...

—Pero no, boludo. ¿Qué decís?

—Apoyó las manos en las cajas de verduras que estaban ocupando media acera, se bajó los calzoncillos justo por debajo del culo, pero asegurándose de que la polla quedase, por delante, bien tapada para no escandalizar, se escupió en la punta de los dedos para llevarse algo de saliva al mismísimo ojete, escupió al plátano con la misma delicadeza con que lo había besado y, sin más, se lo metió por el culo.

Buenaonda mira a ©Jor-dee.

©Jor-dee mira al horizonte.

Buenaonda piensa que ©Jor-dee está loco, que ha visto visiones.

©Jor-dee sabe que lo que vio fue muy real.

Buenaonda piensa que ©Jor-dee no es feliz, que debe tener problemas con Paco, su marido.

©Jor-dee sabe que los tiene.

Buenaonda piensa que, al igual que Cookie y él, ©Jor-dee y Paco no follan.

©Jor-dee sabe que Paco y él no follan. Al menos no como él quiere.

Buenaonda piensa que un hombre, por muy marica que sea, debería tener derecho a follar. Que ningún hombre, por muy invertido que sea, merece ser empujado a este estado de enajenación que acusa ©Jor-dee. Que todo hombre, por muy chupapollas y lameculos que sea, merece ser sexualmente feliz.

Y, de pronto, Buenaonda siente renovadas las sinergias con su amigo ©Jor-dee, encuentra una nueva corriente de solidaridad entre el maricón y él, que le hace temblar de emoción. Dos hombres solos, eso es lo que son, por mucho que uno sólo sea medio hombre y el otro esté a punto de perder su hombría.

—¿Vos follás, boludo?

©Jor-dee siente las lágrimas asomarle a los ojos.

—Mira, Buenaonda, maldita la ley del matrimonio gay. Antes nosotros éramos una pareja de lo más normal. Follábamos como cosacos, como locas, follábamos juntos y por separado, en tríos, en cuartetos, en grupo, en familia, follábamos sin parar. En casa, en el coche, en los portales, en los cines, en los bares, en los trenes, en los urinarios públicos, en los museos... Y entonces llegó el matrimonio gay. Y la jodimos. Nos volvimos, literalmente, un matrimonio. ¿Cómo nos pudo pasar eso a nosotros? Pues no lo sé, pero pasó. Nos casamos y dejamos de follar. No al principio, que era como la luna de miel. Pero después, se acabó. Empezaron a pasar los días, y las semanas, y los meses, y todo fue a peor. Las orgías se volvieron cuartetos ocasionales. Y los cuartetos se volvieron tríos y con gente de confianza. Y al final hasta los tríos también desaparecieron porque, ¿sabes?, yo no puedo permitir que alguien se folle a mi marido. Así que nos dedicamos a follarnos mutuamente y eso, la verdad, es un tostón. Más aún cuando el cabrón de Paco no me come la polla porque dice que se le estropean las cuerdas vocales. Antes ni me había dado cuenta. Pero desde que somos dos mariconas monógamas, las carencias saltan a la vista.

La jodimos, amigo. Maldito Zapatero.

A tan sólo dos kilómetros de allí, un hombre triste suspira mientras observa el mapa que acaba de dibujar, con trazos temblorosos, sobre una servilleta de su bar, el Pontevedra. El flexo no le hace favor alguno a este tipo de papel que, privado de luz natural, tiende al gris y aumenta en transparencia. En su piso no entra esa luz: es lo que tienen de malo las porterías. Pero también son menos frías en invierno. Y más seguras, pues ni los cacos ni las ratas tienen ventanas por las que colarse.

El Jacinto dobla cuidadosamente la servilleta y la mete en el bolsillo de su camisa con el orgullo del que se cuelga una medalla. Cada mapa es, en verdad, un triunfo doméstico, un ajuste de cuentas con esa parienta tan pesada que tiene y que trató de tirar las servilletas sobrantes del Pontevedra. Tirarlas. Sus servilletas, la cosa más suya de todas las cosas que tiene en el mundo, el hilo conductor de su existencia en los últimos treinta años, su primer pensamiento de cada mañana, el único lujo de verdad que se ha dado en la vida, el único derroche: las servilletas impresas con el escudo de Pontevedra, especialmente diseñadas para su bar.

«Que xa non serven de nada» le había dicho la Remedios. Pero el Jacinto supo encontrarle la utilidad perfecta: los mapas. Las servilletas habían venido a apoyar la segunda obsesión de la vida actual del Jacinto: su cartografía del nuevo mundo.

La parienta está sentada en la silla de la entrada, con el bolso sobre las rodillas y la cara de fastidio que no se ha quitado en los diez años que llevan viviendo en este barrio. Se mira las puntas de los zapatos mientras comenta su malestar con la Virgen de Guadalupe de yeso que preside el piso y cuyos rayos celestiales, metálicos, ayudan a sintonizar a Luis del Olmo desde este zulo en el que viven.

El Jacinto se pone la chaqueta de paño y pasa ante ellas, fingiendo indiferencia.

—Ímonos! —afirma rotundo. Y, efectivamente, se van.

La primera etapa de esta infinita carrera de obstáculos (tres kilómetros) es la más sencilla: consiste en dejar atrás el hábitat protector del piso y cruzar la portería majestuosa hasta alcanzar la puerta de madera inscrita en el portalón. Al ser un tramo sencillo, es el preferido de la Remedios para hacer los reproches («non te puxeches a gorra» o «abrigácheste demasiado», «non apagaches o gas» o «non tiraches a basura», «que ganas de saír co día tan malo que fai» o «non sei que faciamos na casa con este día tan bonito») que el Jacinto acepta cabizbajo a cambio de decir, una vez alcanzado el portalón, su frase preferida.

—Muller, cala que non me deixas pensar.

E, inexplicablemente, ella se calla.

El Jacinto tira de la manilla y oye chirriar la puerta como siempre, como cada vez. «Hai que engraxala» piensa pero olvida, también como cada vez, en cuanto la luz brillante del invierno urbano ilumina la portería.

Un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad.

En la vida del Jacinto no quedan pasos pequeños: los perdió la mañana fatídica en que recorrió los tres kilómetros que separan este mundo inhóspito de aquello que fue su barrio. Levanta el pie derecho para salvar el umbral y se lanza, indefenso, al mundo.

Daño colateral de una guerra que no es suya, el Jacinto camina deprisa con el cuello hundido en los hombros tensos, los puños crispados y la cara dolorida. Camina como quien corre bajo el fuego enemigo, bajo los insultos de la turba enfurecida. Ha aprendido a orientarse mirando sólo la acera, guiándose por los baches, por las muescas en los adoquines, por los chicles pegados en los pasos de cebrá, todos accidentes geográficos de un barrio que empieza en el mismísimo infierno y acaba a la altura de sus rodillas. Oye los sonidos de las tragaperras del bar que se traspasó hace años y que ahora sirve arroz tres delicias, pasa por delante de la puerta de la que fue la bodega y que ahora es un «todo a cien», sigue por la peluquería que ahora tiene los precios en chino y donde también se hacen masajes, y dobla la esquina por lo que había sido un cine y ahora vende bragas con lentejuelas. No necesita alzar la vista para saber que todo esto es así, ni para entender que esto no hay dios que lo pare.

El drama que lo rodea y que le está comiendo la vida no son las tiendas, sino su lectura, la verdad profunda que esconden, aunque reflejan sin complejo alguno, en sus carteles. Por eso el Jacinto no mira. Sabe que los rótulos seguirán existiendo aunque él se niegue a mirarlos. Pero es cierto que evitándolos también evita las subidas de tensión y de azúcar, los disgustos y esa llorera tan rara que le da cuando se mete en la cama, que parece que de viejo se haya vuelto maricón.

El recorrido que hacen hoy no es el habitual. No van al banco a retirar la paga, ni al ambulatorio a buscar recetas; no van a la farmacia a mirarse la tensión, ni a la iglesia por la misa del domingo; ni siquiera van a dar esos paseos misteriosos que permiten al Jacinto hacer «cosas de hombres» y a la Remedios hacer «cosas de mujeres». No. Hoy van a gastarse un buen pellizco de los ahorros en encontrar a la niña. Y eso sucederá, según les han dicho, en un lugar de la Diagonal. Es por ese inusual desvío que el Jacinto para ante una encrucijada y duda.

—Imos preguntar alguien —propone la Remedios.

Preguntar. ¿A quién quiere preguntar, si ya no les queda idioma común con nadie? El Jacinto mira a su alrededor y sólo ve chinos y chinas, no hay nadie más. El barrio ha sido tomado, invadido, y sólo quedan ellos, como Astérix, resistiendo desde su diminuta portería, triste último reducto de hispanidad.

—Aquí non queda nin deus para preguntar, Remedios. Aquí solo quedamos nós.

Y es ante la soledad absoluta del caminante que la servilleta rescatada del

naufregio del Pontevedra se evidencia como tabla indiscutible de salvación. El Jacinto coge el mapa por los cuernos y trata de encontrar algún parecido razonable entre los garabatos azules que ha trazado su memoria y la endemoniada realidad que se alza ante sus ojos. No hay pérdida. Verán una mercería, la droguería y después el supermercado. Por esa esquina del supermercado se meten y ya salen todo recto en El Corte Inglés, fuera ya de Chinolandia y a un paso de su destino.

Pero la realidad, maldita boicoteadora, dice algo tan diferente que ni siquiera es lo contrario. Ni mercerías, ni droguerías, ni justicia divina: nada. Sólo hay, por este orden: Hua Feng, moda i glamur, fabricació pròpia; Yong Nang, confecció, venda a l'engrós; Channa Barcelona Distribució.

El Jacinto, a quien nunca en sus treinta años de residencia en Catalunya se le pasó ni remotamente por la cabeza aprender catalán, siente como que se ahoga, como que le sube por el estómago la maldita bola de fuego y le incendia las entrañas a riesgo de matarlo.

—As enes, rediós. Onde deixastes as enes?

Éste es el secreto revelado, ésta es la verdad profunda que desata la tragedia en que se está convirtiendo la vida del Jacinto. Porque la chinura en sí, los chinos y las chinas como tales, no son el mal mayor. Él podría haberse adaptado o, mejor, ellos a él. Pero se podrían haber entendido: casi no hacen ruido, saludan agachando la cabeza, son guarros como ellos solos (pero no más que los negros) y ocupan poco espacio. Además, no se mezclan, con lo que te evitas el susto de que aparezca la niña con un chino en casa. Pero estos carteles delatan una nueva dimensión de las realidades transculturales que escapa al control, al entendimiento y a la buena voluntad del Jacinto: la chinura polaca.

—Pero como pode ser, Remedios? Como puideron chegar estes fillos da gran puta e jodernos así?

La Remedios no está dispuesta a aguantar otra vez la misma historia. Le arranca el mapa de la mano como quien le pega un tortazo, lo mira del derecho y del revés, se planta una mano ante los ojos para otear el horizonte y concluye:

—Imos! É por aquí!

—Pero ti que carallo saberás onde está a Avenida Diagonal, muller?

—Pois claro que o sé! —grita la Remedios sin dejar de caminar—. Que cambian as tendas, Jacinto, os carteis, mais as calles seguen estando onde sempre estiveron, caramba, que parecez tonto!

Y se lanza a esquivar los coches, agarrada al bolso con furia, los zapatos comidos por la parte de fuera y deformados por los juanetes, los calcetines de media bajo las rodillas y el alma resuelta a no parar de caminar, con o sin el Jacinto, hasta pasar en volandas y con el alma en un puño por la plaza de Catalunya: el vertiginoso espacio que durante años marcó el límite entre su mundo y el resto del universo.

Ésta es la reflexión favorita de Pack:

Creo que hay una relación directamente proporcional entre el placer anal y la belleza de la voz. Y eso significa que necesito tanto sexo como ensayos, tantas pajas como ejercicios para mis cuerdas vocales. Si aceptamos, como dicen los profesores de canto, que cualquier momento es bueno para repasar una estrofa, para encontrarle matices, cualquiera lo es también para meterse alguna cosa por el culo, sin importar demasiado el qué, pues no soy escrupuloso. El cucharón de la sopa, por ejemplo. Yo lo encuentro divertido, estar cocinando con el cucharón metido en el culo y sacármelo de vez en cuando para remover el cocido, vestido de Portero de Noche y con Depeche Mode a todo trapo. Me hace gracia verme así y me pone caliente. Pero a ©Jor-dee le da rabia. ©Jor-dee no tiene sentido del humor o, al menos, no tiene un sentido del humor anal. Dice que lo de la voz es una excusa para masturbarme sin cesar. Pero no lo es. He comprobado que la gente que folla poco, canta peor. Pongamos a Chris Martin como ejemplo. ¿Quién no ha notado su decadencia desde que se hizo hetero? Los números no mienten: el primer disco de su grupo, Coldplay, número catorce entre los mejores cien álbumes de todos los tiempos, según Channel 4. Todos los tiempos. ¿Qué os parece eso? ¡Desde hace miles de millones de años hacia aquí, *Parachutes* es el número catorce! ¿Recordáis *Panic*? Se me ponen los vellos de punta cuando pienso en esa canción: «*Huesos que se hunden como piedras, todo aquello por lo que luchamos se ha ido. Vivimos en un bonito mundo, uh, uh, uh, vivimos en un bonito mundo, uh, uh, uh...*». Tengo una erección cada vez que la canto. Y su segundo disco, *A rush of blood in the head*, fue el séptimo disco más vendido del siglo XXI. ¡Y eso que apareció en el 2002! Me refiero a que, ¡imagínate!, todo el siglo XXI que les queda por delante, pero ellos ya están en el puesto séptimo de la *pole position* de la música mundial, dispuestos a quemar el asfalto. (Bonita frase, ¿no? Debería usarla en alguna canción). Y entonces, cuando no hay dos sin tres y tenían que sacar un puto tercer disco orgiásticamente genial, se cruza con un rubia mojigata, se enrolla con ella, aún no sabemos ni cómo, y lo vuelve ¡normal! A los dos meses estaban casados y con hijos. ¡Qué barbaridad, pero cuánta decadencia! Si después de eso el grupo ha logrado remontar es porque, segurito, se ha buscado a un hombre que lo folle como se merece. Si no ¡de qué!

A mí me pasa lo mismo. Si no tengo el culo bien abierto, la garganta se me cierra y no sirvo para nada. De ahí que nadie debiera sorprenderse al saber que esta mañana, cuando suena el teléfono, una enorme ristra de bolas tailandesas cuelga de mi ano. Con el mango rojo carmín balanceándose entre las piernas y el maravilloso batín de seda negra que me regaló ©Jor-dee con las iniciales de mi banda, B. R., bordadas sobre el corazón me siento como un miembro de la aristocracia extraterrestre, un alien como el de la peli pero increíblemente guapo.

—Paco, tengo que contarte. Buenaonda se ha ido.

—¿Cookie? ¿Cómo que se ha ido? ¿Te ha dejado?

—Mmmmm —reflexiona al otro lado del teléfono—. Creo que no. Le he pegado una hostia que le he partido el labio y se ha ido llorando, no sé dónde.

Me siento en el sillón a escuchar una historia que presiento larga. Coloco las piernas sobre los reposamanos y así, espatarrado, me pongo a jugar con las bolas tailandesas, intentando que mi amiga no note cómo mi atención se divide entre dos amores.

¿Cuántas me caben en el ano antes de sentirme saturado? No lo sé. Creo que mi capacidad anal apenas tiene techo. Y de tenerlo, está seguramente aún muy lejos. Culo, culo, culo, culo. La conversación de Cookie, también conocida como Lo, se ha vuelto como la mía: exclusivamente anal. Quisiera pensar que es influencia mía, pero sé que no lo es. Anda metida en un grupo de borrachas que le ha sacado de la cabeza lo de ser hombre y le ha puesto en su lugar algo aún más complicado. Así que ahora ella y yo hablamos de culos: del mío, del suyo y del de Buenaonda. Y urdimos estrategias para que logre penetrar a tan impenetrable sujeto. ¿Para qué, digo yo, querrá penetrar a un hetero tan antiguo como ese habiendo tanta maricones suelta falta de penetración? Aunque, bien pensado, ¿qué maricones que se precie se dejaría penetrar por una tía, por mucho arnés y mucha polla de silicona neorrealista que lleve? Porque una tía, no nos engañemos, es una tía. Y si eres marica, pues lo eres. Una tiene que tener principios.

—¿A ti qué te parece, Paco?

—Ay, hija, me parece mal, me parece fatal...

El discurso sigue adelante y yo sigo con mis bolas tailandesas. Veinticinco llevo ya introducidas y estaría tan tranquilo si no fuese porque acabo de notar las fantásticas tetas de Lo que vuelven a posarse sobre mi cabeza. ¡Malditas! Pensé que se habían ido, pensé que después de las últimas sesiones de la terapia esa no iban a volver jamás. Las espanto de un manotazo y me saco las bolas, cabreado.

—Lo, estoy un poquito cansado ya de tanto Buenaonda. No, claro que te escucho, no es eso. Que sí, mujer. Pero es que al final veo visiones de tanto hablar de tus tetas y su culo y todo lo demás. Soy aprensivo, recuerda, soy un alma sensible. Y soy muy, muy, muy gay, con todo el respeto. No sé... ¿Qué opina el equipo de las borrachas? Bueno, tú ya me entiendes. Pues llámalas, mujer. Seguro que ya han pasado por esto y te pueden aconsejar mejor que yo.

Y dicho esto me dispongo a buscar aquel bote de insecticida que, junto con la psicóloga, fueron las únicas fórmulas efectivas para que desaparecieran aquellas fastidiosas tetas de mi mente y de mi vida.

Que quede claro, antes que nada, que borrachas no son. Paco las llama así porque les tiene manía, al no disponer ni tod@s junt@s de una sola gota de glamur. Para él todo se mide así, no le importa nada más. Me aconseja que hable con El Equipo para librarse de mí, pues sabe perfectamente que es El Equipo quien me ha metido en este lío, quien me ha llevado por caminos tan retorcidos que ni yo misma me aclaro. Llegué a ell@s cuando volvía a ser mujer, después de comprender que no podía tener alma de hombre y ser una feminista-de-verdad®. Tuve que escoger y, obviamente, sacrifiqué mi alma. El problema era entonces descubrir otra fórmula que me convirtiese en una feminista-de-verdad® sin cambiar nada, sin ir demasiado a los cimientos y, sobre todo, sin poner en juego el precario equilibrio con Buenaonda. ¿Y qué mejor lugar para encontrar una fórmula revolucionaria, me dije, que un museo de arte contemporáneo, una auténtica máquina de innovación ideológica? El MACBA y su fauna serían mi nueva tribu. Mis borrachas, que dice Pack.

Tengo que reconocer que nunca tuve acceso a El Equipo A (de Avanzadas) por razones puramente crematísticas. Yo era de las que se quedaban en el bar esperando, mirando con ansiedad y arrobo la puerta blanca de la sala de conferencias del museo. Un zulo, ¡qué digo!, un auténtico búnker donde entre másters y tesis se cocía el futuro de la identidad mundial, sin acceso alguno al exterior más allá de aquella puerta sellada, si un solo rayo de luz natural que entrase a perturbar la brillantez eléctrica de los cerebros que desde allí nos pensaban. Nunca hasta esos momentos entendí a la gente pobre de espíritu que hace cola durante días para ver al Papa o a Letizia de lejos. Y sin embargo, allí también estaba yo, esperando como en éxtasis, especulando qué estaría sucediendo dentro, sintiendo ansiedad cada vez que la salida se retrasaba unos instantes. (¿Habrían llegado a alguna conclusión? ¿Estarían realizando un debate decisivo que me obligaría a cambiar de nuevo mi modo de ser?). Y entonces la puerta se abría de par en par, majestuosa, y toda esa gente tan maravillosamente guapa iba saliendo a borbotones como una nube de mariposas para colorear el mundo. ¡Qué envidia! ¡Qué crestas! ¡Qué plataformas! Comparadas con ell@s, quedaba bien claro por qué Matilde y las demás éramos sólo la segunda división de la performatividad. Mirando sus cuerpos y los nuestros, sus bolsos y los nuestros, sus sonrisas (con todos los dientes) y las nuestras, sólo había una conclusión posible: no es lo mismo una camiseta rompida que una camiseta rota. No es lo mismo y nunca lo será.

Nosotr@s, las que no pertenecíamos, las periféricas, veíamos pasar a El Equipo A que llevaba a la Gran Maestr@ casi en volandas hacia otro lugar secreto en el que seguir deliberando, entre gin tonics tal vez. En ocasiones, algun@ nos miraba de reojo y nosotras reteníamos esa mirada como el alimento que nos daría fuerzas para luchar en nuestra pequeña guerra de memorización de Los Textos. L@s veíamos pasar, nos llenábamos de su beatitud y acto seguido El Equipo C (de Cutre) pagaba sus consumiciones y desaparecía también. Solo nos quedábamos en el bar las aspirantes de tercera, las peores, la purria misma, solas y en silencio, soñando con el momento en que seríamos aceptadas por Matilde y empezaríamos el ascenso en la jerarquía del anarquismo de las camisetas rompidas.

Mi oportunidad llegó con la lluvia.

Era una tarde de tormenta y las cortinas de agua dificultaban mi avistamiento de la Gran Maestr@ a través de los ventanales del bar. Salí a la terraza a esperar la aparición, cubierta por un hermoso paraguas de la Hello Kitty recuperado de las basuras de dos barrios más allá. El barro y las cloacas desbordadas creaban un magma repugnante contra el que luchaban las personas atrapadas por el aguacero. Se abrió la puerta. L@s pensantes, sorprendid@s por el golpe de realidad, analizaron un instante la situación. Yo miraba todos sus gestos consciente de estar presenciando un espectáculo único, un momento de deliberación en vivo. Después del turno de palabras, votación. Habían llegado a un consenso. Al grito de tres, salieron corriendo como gallinas despavoridas en todas las direcciones: crestas, gritos, zapatos de leopardo, piercings genitales, tatuajes holográficos, todo ello en un bellissimo collage a la luz de los relámpagos, como un auténtico coro de cuerpos celestiales celebrando la lluvia. Y en su carrera singular, llena de gracia, una de ellas me rozó. Chocó contra mí. Me pegó un hostión en toda regla en el hombro izquierdo y me gritó, enfurecida, «¡aparta, hijaputa!».

No sé describir la huella que su gesto dejó en mi alma.

Hijaputa. Yo.

A mí.

Yo, que apenas era más que una chica buscando la luz.

Yo, que no llegaba ni a tercera división, que apenas podía acceder a Los Textos, que aún no había logrado aclararme ni con mi propio nombre... De repente recibía un «hijaputa» de los labios de un@ de ell@s como otras reciben una medalla en manos del rey o una revelación de labios de una virgen montañera.

«¡Gracias!» grité a lo lejos. Pero ya no me oyó.

La mariposa había volado para coger un taxi.

«Gracias, mariposa» susurré, completamente emocionada.

Ese fue uno de los grandes momentos de mi vida, mi *Dirty Dancing*, con mi imaginario vestidito rosa y mi faldita de princesa, el pelo al viento (agitando a la derecha, agitando a la izquierda), agarrada por la cintura por ese «hijaputa» como la copa de un pino que me subió en volandas sobre este mundo de mierda, sobre la

mediocridad, sobre el sudor y la mugre. Por fin *I've had the time of my life!* ¡Por fin yo era algo!

Y es así que fui aceptada en El Grupo C.

Salieron en tromba del bar como las mariposas de luz habían salido minutos antes del zulo, me rodearon y gritaron a una «¡¿Qué te ha dicho?!».

Hijaputa.

Y esa fue nuestra consigna, el *password* que me abrió la puerta a las sesiones.

—Hola, me llamo Conchita y soy heterosexual.

Aplausos. La audiencia es amable al principio, para darte confianza. Sonrisas y ánimos que te hacen creer durante unas semanas que, por fin, hay un lugar en el mundo donde puedes ser cualquier cosa.

—Mi novio (que también es heterosexual, pero aún no le importa) no ha venido.

Matilde me escucha desde la primera fila, sacándole punta a su bigote otomano.

—Bueno —continúo—, yo soy hetero, digamos, pero en hombre, no sé si me explico. Bueno, no. He venido porque pensaba que yo era un hombre gay atrapado en el cuerpo de una bio-mujer hetero. Y mi vida iba la mar de bien. Pero me he dado cuenta que entonces no puedo ser feminista-de-verdad®. Así que he venido a contaros mi experiencia y a escuchar la vuestra, porque realmente lo quiero dejar.

L@s compañer@s se miran, cómplices, y Matilde, siempre ello, toman la palabra.

—¿Qué quieres dejar exactamente, querid@?

Balbuceo. ¡Menuda pregunta la bigotuda ésta!

—Pues no lo sé, la verdad. Algo, supongo. Pero aún no sé qué. Los aplausos vuelven a relajar el ambiente, mientras las primeras voces inician el mantra habitual. «Gracias por compartir, gracias por compartir».

—Sí, de nada —respondo—. Eso de compartir está bien, pero lo que yo os quería preguntar es si puedo ser una lesbiana atrapada en el cuerpo de una hetero. Porque la verdad es que me parece que soy eso, pero se me hace un poco raro. Porque si lo puedo ser, entonces mi alma folla con bio-mujeres, pero el cuerpo sigue follando con Buenaonda, lo cual me quita de ser hetero y me convierte en transexual.

Matilde me observa con ternura, algo que me parece de lo más inquietante. Se levanta de su asiento y se acerca. Con su mano cordialmente posada sobre mi hombro, su bigote rozándome las mejillas, su aliento empañando el mío, habla.

—Conchita, gracias por compartir esta experiencia bio-política de control social. Much@s de nosotr@s hemos pasado por procesos pre-similares y much@s hemos entendido que la solución no puede estar en las medias tintas ni en las cibor-identidades del post-pasado. Como mujeres independientes, libres y desarrolladas, algunas incluso como mujeres con vagina, nuestro estado natural sólo puede ser la lesbianidad.

No sé qué hacer. Si cuento la verdad seré expulsada del grupo como dicen que le pasó a Tomasa. Se puso tonta con lo de acabar con las categorías cerradas y menuda

patada en el culo le pegaron. Eso de la patada no me asusta, que a mí la violencia me gusta. Pero es triste la soledad. Después de aquello a Tomasa no pudieron ni saludarla por la calle. Por eso me tengo que morder la lengua para no decirles que lesbiana de cuerpo ya fui y se me dio fatal. Odiaba, más que nada en el mundo, no depilarme. Nunca entendí ese tema. Veía a mis compañeras lucir tan campantes penachos en las axilas y escuchaba ansiosa sus argumentaciones: que si el patriarcado nos hace objetos para el consumo a diferencia de los seres socializados como hombres y, por tanto, sus cuerpos y los nuestros, sus pelos y los nuestros. Repetía las frases como mantras, pero, al fin, en mi cerebro siempre quedaba una duda sin resolver. ¿Y la feminidad? ¿Qué pasaba con la feminidad? ¿Era en verdad tan necesario renunciar a nuestras cualidades esencialmente femeninas entre las que se encontraba, y en lugar preferente, la depilación? ¿Tendría que llegar incluso a renunciar a mi vestido de tules rosa para los grandes momentos *Dirty Dancing*? ¿Y eso no me convertiría en un hombre?

Lo intenté. Os juro que lo intenté. Las piernas no eran mucho problema porque, al fin, nunca me vestía con falda. Las axilas me jodían, la verdad. El sudor impregnaba los pelos, que quedaban húmedos por el resto del día y me hacían sentir asquerosamente sucia. Al bigote me llegué a acostumbrar, sobre todo porque aparecía únicamente en las comisuras de la boca y sólo se veía a contraluz. Nada que ver, por ejemplo, con Matilde, cuyo pedazo mostacho se metía en el vaso de cerveza y quedaba siempre cubierto por una espumilla blanca que daba ganas de vomitar. El peor problema era el coño. Ir con el coño peludo era un auténtico fastidio. Para empezar, por el tema de las bragas. Las gomas se acababan enredando en los pelos y dando un tirón en el peor momento. Eso lo solucioné quitándome las bragas. Pero... ¿Y los jugos vaginales? Para un algo como yo, que se pasa la mayor parte del tiempo caliente y generando más zumos que una naranja, los pelos eran una sensación de lo más desagradable, cubiertos siempre con la misma espumilla que el bigote de Matilde, pero de producción propia. Además de no depilarme, al ser una lesbiana feminista-de-verdad® no me quedaba más remedio que acostarme con lesbianas-feministas-de-verdad®. Y, entonces, a todo lo demás se añadía el problema del clítoris, que no había manera de encontrarlo entre tanto rizo. Y si no encuentras el clítoris ¡ya me dirás qué mierda de lesbiana-feminista-de-verdad® eres!

No, aún siendo lesbiana de cuerpo, lo mío era follar con hombres. Incluso en el tema capilar con ellos todo es más sencillo, por el simple y anatómico hecho de que tienen una polla imberbe que sobresale de la mata de vello. Así que si colocas las manos de manera que aplasten la mata contra su cuerpo, te queda casi toda la polla libre para chuparla. Uno de mis amores transnacionales, oteka para más señas, me había mostrado las técnicas del tragador de sables y yo las aplicaba con pasión. La lengua baja, con la punta juguetona, pero despejando la entrada de la garganta que se abría libre (campanilla mediante) para dar paso al extraordinario misil de la masculinidad férrea. Chupaba pollas con pasión y maldiciendo a los pelos que no me

dejaban llegar a unos cojones deseantes de boca. ¡El puto vello! Pero como lesbiana-feministade-verdad® no podía pedirle a mi novio que se depilase sin caer en un espiral de contradicciones que me hubiese llevado a la perdición. ¡A la locura!

Tuve que parar. No de comer pollas, entendámonos. Tuve que parar de ser lesbiana y decidí volverme gay. Un gay atrapado en el cuerpo de una mujer hetero que follaba con gays atrapados en cuerpos de hombres heteros. Todo ello de verdad.

Ahí Buenaonda no pudo más. ¿Lo he contado ya? Ser gay no le sentaba nada bien. Exigió primero, muy clarísimamente, ser activo y yo pasiva. Pero eso creaba contradicciones con nuestra situación laboral y Buenaonda no estaba dispuesto ni a trabajar ni a abandonar su rol de madre.

Todo eso no podía explicarlo si quería seguir teniendo vida social. Mi única solución era mentirle a El Grupo C.

—Creo ser una lesbiana atrapada en el cuerpo de una hetero —me aventuré a decir—. Una lesbiana interior. Una lesbiana de alma. Transgénero a la inversa. ¿Puedo?

–Canto fai que non vas polo barrio?

El Jacinto y la Remedios se estremecen al oír la pregunta. Desde los ventanales de este piso señorial de la Diagonal sueñan el caos de terrazas del Raval que dejaron muchos kilómetros atrás, el enjambre de antenas oxidadas y cuerdas para la ropa, la ilegalidad de áticos y palomares contruidos con nocturnidad y habitados con alevosía.

–Canto? Pois moito, moito tempo —mienten al unísono.

El Jacinto palpa instintivamente el sobre que lleva en la pechera, el que le otorga derecho a estar allí, mirando por las ventanas de un piso con techos altos y libros en las paredes, con baldosas antiguas, que no viejas, y mesas de madera maciza. «Máis que dun detective, parece o despacho dun avogado», se dice. Y tal como lo dice, le entra el mal de tripa. «Mala cosa los abogados: fante sentir como un idiota».

–Viches alí o fondo? Aquel edificio novo é tan alto que quita a vista do campanario —reflexiona la Remedios, apuntando con el dedo.

–Non toques o cristal co dedo que o vas manchar, muller! Veña, a sentarse!

Y, para sorpresa del Jacinto, la mujer se sienta.

¿Cómo ha llegado hasta aquí esta pareja de refugiados económicos, expulsados de Pontevedra por la miseria de los malos tiempos y del antiguo Raval por la arrogancia de los tiempos de bonanza? Han llegado recomendados por los hijos de su primo Evaristo, que al enviudar de una mujer bien buena se ennovió con una moza rumana cuarenta años más joven, imaxínate que cousas. Los hijos del Evaristo, normal, pusieron el grito en el cielo porque vieron que la rumana sólo estaba interesada en el piso, que el Evaristo tenía un piso muy bueno por encima del Paralelo. Pero en los tiempos que corren, normal, os fillos querían o piso para os netos. Así, cuando tenían los papeles medio atados e xa lle encontraran ao Evaristo un lugar onde vivir bonito, pero máis pequeno porque ahora que estaba solo xa me dirás para qué quería tantos metros de piso, vieron que llegaba la rumana y que a Evaristo se le ponía cara de tonto y no paraba de sonreír, que xa me dirás qué hace un viudo sonriendo todo el día. Los hijos, cabreados, normal. La familia de la difunta, ofendida, tamén normal, que hasta se vino el cuñado del pueblo a intentar poner orden en todo aquel asunto. No había manera. Eu non sei que lle daba a rumana, que o home estaba feliz. Xa me dirás, feliz a su edad.

Los hijos y los cuñados reunidos decidieron ponerle un detective a la rumana, a

ver si así el Evaristo abría los ojos. ¿Y qué encontró? Pues lo normal, que la rumana era muy puta. «Pero si eso xa o sabía eu!» le decía al Evaristo, que no paraba de llorar, el muy maricón. «Pero quieres crer que unha moza con esas tetas vai mirar para un vello?». Y el Evaristo que non, que non, que aquilo era amor. Al final tuvo que darnos a razón, imaxínate: cuando viu os informes do detective tuvo que pegarle una patada no culo a la rumana. O pobre, total, en menos de un año, morto tamén. A puta estuvo no funeral e todo y gritaba que lo habían matado de pena. ¡Qué pena ni qué carallo! As persoas morren cando teñen que morrer e punto...

... si bien es cierto que al Jacinto le dio tristeza que el Evaristo muriese solo, en aquel piso tan pequeño donde lo habían mandado los hijos, que nadie encontrase el cuerpo hasta mucho después, cuando los vecinos llamaron a la policía. Ese sí que fue un final jodido. Pero es que a vida é moi fodida...

–Bon dia! Jaume Rovira, per servir-los! Benvinguts a Método 3, agència de detectius!

Por la puerta del despacho aparece un hombre pequeño con aires de ser feliz así, sin más. Encantado de estar vivo y de llevar esos pantalones tan ajustados que le marcan paquete y esa camisa de rayas tan estrecha que apenas puede respirar. Un hombre feliz. Sonríe como si no tuviese caries, mira de frente como si no tuviese vergüenza. Y habla catalán.

Al Jacinto todo esto le da muy mala espina. («De qué carallo ríese y por qué fala catalán si aínda estamos en España?»). Se lleva la mano al pecho, palpa el sobre. Está bien, el sobre sigue allí.

Le da la mano y le hace un gesto a la Remedios para que se la dé también. Jaume Rovira, detective, se sienta ante ellos con la sonrisa perfecta congelada en el rostro, impertérrito.

–Molt bé, molt rebé! Volen un cafè, una infusió, una mica d'aigua? No? Molt bé, molt rebé! A veure, en què els podem ajudar?

Realmente fastidiado, el Jacinto duda si hablar o salir corriendo. El problema es el tiempo: no le queda mucho tiempo y no quiere irse sin dejar esto arreglado.

–¿Usted conoce o Arco de Triunfo? ¿La calle Trafalgar? («Jacinto, por dios, non te metas neso, imos o grano e non te lées máis!»). «Rediós, muller, vai calar a boca e deixa-me facer!»).

–¿Usted conoce o Arco de Triunfo?

Sin perder un ápice de su jovial frescura, Jaume Rovira, detective, afirma conocer la zona y, sabedor de que las primeras entrevistas son largas y tediosas, deja que su mente se traslade más allá del arco iris, a un lugar donde no puede ocurrirle nada malo. Totalmente poseído por el espíritu inmortal de Judy Garland, Jaume Rovira compagina perfectamente su vida exterior como detective con su intensa búsqueda interior de la Ciudad Esmeralda. Así, mientras las primeras palabras del Jacinto empiezan a tejer una historia que le importa un comino, en el alma del detective resuenan los primeros acordes: *somewhere over the rainbow*...

—Es que todo esto empezó cuando mudamos, mudáronnos, para el Arco de Triunfo. Todo pasó al mismo tiempo. Nosotros vivíamos no Barrio Chino. Ya conoce. Eso que ahora le dicen Raval. Llegamos allí de Pontevedra. Porque en Pontevedra vivíase muy mal entonces. Había mucha miseria. Y nos dijeron pues los vecinos que en Cataluña se vivía mejor. Que había trabajo y muchas cosas que facer. Así que vinimos y nos pusimos a vivir pues donde pudimos. En casa de los primos en el Chino. Dormíamos todos arrinconados en el salón. Pasábamos una cortina así por la mitad y allí los hombres a un lado y las mujeres a otro. Hasta que pudimos arreglarnos y ya nos fuimos instalando por nuestra cuenta. Y eran buenos tiempos y como había trabajo enseguida tuvimos un rinconciño apartado para poder cogerle el traspaso al Pontevedra que es mi bar («Era, Jacinto, era». «Cala, muller, carallo!»). Nosotros no queríamos marchar de allí. Aquella era nuestra casa, después de tantos años pues ya teníamos hecha la parroquia y estábamos pues bien. Normal. Pero eu non sei que pasó con eso de las olimpiadas. Empezaron las obras en el barrio. Todo el mundo le empezaron a abrir las escaleras para meter ascensores. A cambiar los cables de las luces. Todo esto era pagar y pagar y luego te subían el alquiler. Claro. Nosotros teníamos un alquiler de aquellos tan viejos de la renta antigua. La verdad es que pagábamos una miseria, pero es que tampoco podíamos pagar más. No se piense usted. Ochocientas pesetas pagábamos antes del euro. Ochocientas pesetas de alquiler con el agua incluida, que venía por los depósitos así por el terrado, no sé si sabe.

El Jacinto nota de pronto la sed. Apenas duda si tomar un vaso cuando Jaime Rovira, buen observador, se abalanza sobre la jarra para ofrecérselo, no porque le importe lo más mínimo la sed de aquel individuo que huele a oveja, sino porque ve la ocasión de cortarle un discurso que tanto a él como a Judygarland se les hace inacabable. El Jacinto se seca la boca con una servilleta del Pontevedra e intenta recuperar el hilo de su historia.

—¿Qué decía? Eso de la renta, ¿verdad? El caso es que nos levantaron el techo. Y todo. Aquello no se acababa nunca. Y al final con el miedo en el cuerpo de la subida del alquiler. Imagínese. Y entonces dijeron que nos pagaban si nos íbamos. Ellos a nosotros. Y aún dijimos que no. Que aquello era nuestra casa. Que no nos marchábamos. Y aguantamos un pouquinho mais. Pero entonces llegaron con las pinturas. Se pusieron a pintar la fachada.

El Jacinto baja la voz como si estuviese a punto de hacer una confesión dolorosa.

—Rosa. Pintaron nuestro edificio de rosa. La fachada. Delante de mis propias narices. Aquello era más de lo que un hombre puede aguantar. En mi propia casa. Y entonces marchamos. Cogimos los cuartos y marchamos para el Arco de Triunfo. Nos salió una portería allí. Parecía un barrio bien bueno. Y lo era, ¿eh?, que al principio de llegar lo era. El caso es que la niña no se quiso venir. Ela dixo que se quedaba y que se ponía a vivir sola alá no Chino. Ya empezaba a hacer cosas raras entonces...

El Jacinto pierde el hilo de su discurso, parece caído en un sueño. Jaime Rovira, detective, regresa corriendo desde el arco iris, sobresaltado al oír el silencio.

¿Judygarland, crees que ha acabado ya la historia? Lanza una mirada a la Remedios, que está a su vez perdida en la contemplación de los detalles de la jarra de agua.

—Bien, comprendo —se atreve a avanzar.

—¿Comprende? —responde el Jacinto—. ¿Qué carallo comprende si aún no le he contado nada? El caso es que la niña venía a vernos. Lo normal. Al principio. Pero cada vez estaba más rara y cada vez entendíamos menos o que decía. Primero dejó de estudiar. Ella iba para arquitecta del estado que es un trabajo bien bueno. Tiene muchas vacaciones y pagas extras. Pero non sei qué se le metió en la cabeza que dejó de estudiar y se puso con eso de la moda. Digo yo que si era para ser costurera como su madre excusábamos de pagarle los estudios. Y entonces llegaron los chinos.

La Remedios se agita un instante en la silla, limpia una mota de polvo que ha caído en la mesa y mira a su marido de reojo.

—Mire usted, mis hermanos emigraron para Francia a buscarse la vida que en Pontevedra teníamos mucha miseria. Ellos allí son extranjeros. Eso ya se entiende. Pero yo me quedé en España. Eso no hay dios que me lo niegue. Yo me vine a Cataluña que es España y al llegar me encontré que no entendía ni el dialecto que falan aquí. Pero mira uno se hace a todo. Ya me había acostumbrado. Que adaptado no, ¿eh?, que eu nunca me adaptei a estar aquí. Pero hicimos nuestro rinconcito en el Pontevedra. Teníamos nuestro lacón con grelos y los días que jugaba el Madrid nos juntábamos todos a beber orujo, que al final hasta había catalanes que venían a ver el partido allí. Cuando llegaron los moros pues la cosa siguió como es normal. Ellos querían que el barrio fuese Marruecos. Nosotros les decíamos que en España había que vivir como españoles. Lo normal.

Judygarland lanza un vistazo impaciente al reloj de muñeca de Jaume Rovira.

—Señor Jacinto, verá usted, creo que nos estamos desviando un poco. ¿Podemos centrarnos en la cuestión que les ha traído aquí? Porque, la verdad, no veo...

El Jacinto lo mira sorprendido. ¿Centrarnos? «Eu estou centrado», piensa.

—¿Pero quiere que le cuente o no le cuento? Porque si no le cuento usted no va a entender lo que pasó...

(somewhere over the rainbow)

—El caso es que empezaron las obras, ¿ya le conté?, y nos mudaron un poco más allá. Al Arco de Triunfo. Tres kilómetros. Y ese fue el desastre. Porque salimos del Barrio Chino que estaba lleno de moros para meternos en Chinolandia. Con chinos de verdad. Y con los chinos manda carallo la cosa. No fue como con los moros. Los chinos saltaron de Fumanchú a Cataluña sin pasar por España como quien dice. Y un buen día todos os carteles do barrio y todas as cousas estaban en chino y en catalán. Como si España no existiese. Como si yo no llevase treinta años partiéndome el lomo en esta puta ciudad. Que a ver si los chinos del carallo piensan que la autovía de Badalona la hizo el Pujol con los cojones. ¡La construí yo, con estas manos! Con estos lomos se levantó esta ciudad y ahora llegan estos y no te saben ni decir los buenos días que se han puesto a hablar directamente en catalán. ¡Manda cojones! Yo

lo único que pido es que los chinos devuelvan las enes adonde tienen que estar. Que la confección se diga confección, que la importación, vuelva a ser importación. Que se enteren que Cataluña es España. Es normal que un hombre pida eso. Pero entonces la niña dejó de venir. Por eso se lo explico. Que dijo que yo era racista. Ya me dirás cómo puedo ser racista si los negros me dan igual. Pero desde el tiempo de los chinos y las enes no ha vuelto a venir y no sabemos dónde para.

—¿Tienen ustedes alguna foto, una dirección por donde empezar a buscar?

El Jacinto mira por primera vez en mucho rato a la Remedios, que sigue perdida en sus pensamientos, el cuello retráctil escondido dentro de los hombros, como vio hacer a las tortugas en un documental que echaban en la tele.

—Muller, fala!

Y la Remedios habla.

—Yo lo tengo todo anotado. Tengo aquí la dirección y el teléfono, que no sé si ha cambiado, y tengo la foto de cuando el entierro del primo que fue la última vez que nos hicimos una foto así todos de grupo.

Jaume Rovira, detective, coge horrorizado la foto, temiendo encontrar en el centro al cadáver mismo retratado.

—Muy bien. Si les parece voy a hacer pasar a mi secretario para que tome los datos y les informe de las tarifas.

—¿Tarifas? A mí me dan igual las tarifas. Yo lo que quiero es encontrar a la niña. Quiero hablarle. Le tengo que decir que nos volvemos a Pontevedra. Que las personas tienen que estar en su lugar. Sólo quiero que lo sepa.

—Pero querrá que le haga un informe, saber con quién se acuesta, de dónde saca el dinero, comprobar si hay alguna cosa denunciabile en su conducta...

—No, no, nada de eso —replica el Jacinto—. Yo lo único que pido es decirle a la niña que cuando estás fuera no eres nadie. Que si eres distinto a los demás, por mucho que los demás sean una mierda, te acabas quedando solo. Y eso es muy duro. Eso le quiero decir.

Por primera vez en diez años de profesión, Jaume Rovira siente algo cercano a la ternura. Desde su propia soledad observa a ese ser que huele a oveja y comprende que sus horas de trabajo tendrán un sentido. Nada de rebuscar en las basuras reales o metafóricas de alguien, nada de sacar a palos del armario a maridos homosexuales, ni de denunciar a empleadas en baja ficticia pero merecida. Buscará a esa hija para que el ovejero le transmita el único conocimiento sólido adquirido después de una vida entera de desánimo. Su única y miserable verdad. Su herencia.

—¿Cómo se llama su hija?

—Concepción Rodríguez Arqueiro. Conchi le decíamos en casa.

Una auténtica maravilla de la naturaleza. Proteínas por doquier sin apenas un ápice de grasa. Exento de colesterol, rico en potasio, en magnesio y en vitaminas, en betacaroteno (para ponerme moreno en verano), vitamina C (para los resfriados) y ácido fólico (que no sé para qué sirve, pero seguro que es importante). Además, contiene un montón de agua, que es buenísima para el cutis, y fibra, para el intestino. Y con ¡sólo! ochenta y una calorías por cien gramos.

Es decir, el plátano es la hostia y ©Jor-dee está dispuesto a demostrarlo. Por eso cada mañana, cuando cierra su taller de artista contemporáneo (que alquila por las noches por ser más barato), va directo a la húmeda Frutas Lahore, donde el susodicho pasa horas tras un mostrador de madera carcomida que soporta una balanza, eso sí, electrónica. Sobre su cabeza, un hermoso cuadro holográfico con fondo verde y la inscripción «dios es grande» convertible, según entre la luz, en un retrato del equipo nacional de críquet de Pakistán. Lahore pesa, teclea, suma, coloca piezas en bolsas de plástico, devuelve cambios con una sonrisa inquebrantable que se quebranta, sin embargo, cuando ve aparecer al Señor de sus ganancias, al viejo harapiento de barba alheñada que cada tarde pasa, saluda y se lleva la recaudación. Si el viejo es el dueño de la tienda, si es el padre de Lahore o si cobra algún tipo de impuesto revolucionario es algo que nadie sabe fuera de la comunidad porque a nadie le importa. Lo único importante es que en la tienda se pueden comprar frutas y verduras siete días por semana, veinticuatro horas al día. Y siempre, además, acompañadas por una sonrisa. ¡Eso sí que es buena atención al cliente! Es cierto que vende los tomates a precio de oro y que son mucho peores que en el mercado de Sant Antoni, apenas unas calles más allá. ¿Pero acaso el mercado está abierto a las once de la noche o el domingo al mediodía? ¡En absoluto! Y es ahí, en ese vacío comercial que genera la calidad de vida ajena, donde las espaldas derrotadas de Lahore se plantarán para llenar la dieta mediterránea de lechugas clonadas, tomates incorruptibles y naranjas que brillan en la oscuridad. Todo a cambio de un dinero que se llevará el barbudo desconocido.

El mundo desarrollado es un auténtico chollo.

Por la mañana apenas entran en la tienda un par de viejas de piernas retorcidas y, desde hace unos días, ©Jor-dee y su reciente adicción a los plátanos. Lahore lo recibe de pie, como hace con todas y cada una de las clientas. Se levanta de su silla de madera y ofrece una sonrisa. ©Jor-dee no se anda por las ramas y va directamente a los plátanos, los que sean, como sean y al precio que sean. Arranca dos del manojo y

se acerca, ansioso, a la caja. El pakistaní los pesa, teclea el precio en la máquina, le comunica el resultado en un castellano tambaleante, ofrece meterlos en una bolsa («No, no, no hace falta, me los voy a comer ahora mismo»), coge la moneda que ©Jor-dee deposita en su palma con una caricia e intenta devolverle el cambio («No, para ti»). Y entonces mantiene la sonrisa mientras mira de frente a ©Jor-dee sin saber qué más hacer porque, según sus cálculos y su experiencia, lo que sucede ahora es que el comprador se va. En ocasiones, que da la gracias y se va. O que pregunta algo y se va. Pero en todos sus años de comerciante, que son tantos como sus años de emigrado (que tampoco son tantos, pero se le están haciendo eternos), nunca había visto un comprador que, después de comprar, se quedase plantado delante del mostrador sin hacer nada. A ©Jor-dee no le asusta el reto de aguantarle la mirada a Lahore, bien al contrario. Aprovecha el encuentro de las pupilas para transmitirle toda la fuerza de su pasión, todo el deseo que esconde su cuerpo de oso. Lahore lo mira a los ojos primero. Pero en seguida su mirada se desvía hacia la frente que calvea y se dejará caer, agobiada, hacia el saco de tomates transgénicos y, de ahí, al suelo. Se rasca un poco, se coloca el flequillo perfectamente simétrico gracias a una raya que le parte la cabeza en dos mitades exactas, se mete las manos en los bolsillos, suspira y vuelve al fin a levantar la mirada, esperando que el otro haya desaparecido. Pero no, sigue ahí. Como irá aprendiendo en los días siguientes, no se irá hasta haberse comido un plátano de la forma más extraña que Lahore jamás haya visto.

«Se come los plátanos como si fuesen helados y les hace una cosa con la punta de la lengua». Lahore les preguntaría a sus primos por qué el catalán hace esas cosas, pero no se atreve. Porque después el tragaplátanos hace algo más que lo tiene consternado.

—Y éste, para ti.

Así cada día desde hace unas semanas. Después de mostrar sus dotes de comepollas, ©Jor-dee da un beso en la punta del segundo plátano, lo acerca a los labios de Lahore, lo posa sobre el mostrador y se va, dejando tras de sí una estela de gran diva.

Lahore respira hondo, intenta no pensar, concentrarse en otra cosa, repetir los nombres de dios y las alabanzas al profeta, tal y como le han recomendado en los foros de internet que ha consultado. Hiperreactivo y sensibilizado tras años sin mayor actividad sexual que alguna paja furtiva y culpable en el lavabo, el gesto del artista provoca que se escape de la punta de su capullo algo que en principio fue una gotita de néctar, pero que ahora se ha convertido en un goterón de semen en toda regla. Y esa misma maldita mancha invalida sus abluciones y le impide rezar a menos que antes se duche por completo, un acto heroico cuando se trabaja quince horas y se comparte un único lavabo con un número indefiniblemente alto de compañeros de piso.

La gota malaya, eso es. Un goterón malayo que está perforando el estatus discreto pero seguro de Lahore en la comunidad, que cuenta preocupada sus ausencias del

oratorio, y que colma el vaso de la paciencia de sus compañeros vendedores, que ven cómo el niño no cierra la tienda para ir a rezar, lo que le da una ventaja de mercado indiscutible sobre el resto.

Por eso todas las súplicas de Lahore, todos sus deseos van en un sólo sentido: que termine pronto la cosecha de bananas.

Lo que aún no sabe el tendero es que no tiene salida. En el mundo transgénico y fertilizado la temporada de bananas, como su propia desgracia, nunca tiene fin.

Paco se lanza a la calle («¡cómo se está poniendo!») vestido para matar. Se quiere, se gusta y le gusta gustarse, pues lo suyo le ha costado. Su amor propio se nota en cada gesto, en la manera que deja caer las palabras, en la forma en que sigue con la mirada a todo aquel que se cruza en su camino. Estar bueno le ha costado mucho dolor, muchas dietas, muchos gimnasios atiborrados de heteros homófobos o de locas ostentosas dispuestas a reírse de su cuerpo enclenque. Pero ese tiempo pasó y ahora Paco tiene el teléfono lleno de llamadas perdidas de gente que quiere acostarse con él. Para colmo, Paco, Pack, es famoso. Famoso en ciernes, si quieres, pero desde luego no es un vecino anónimo. Un vídeo de su banda, Brigada Rosa, ha fulminado YouTube y sus conciertos en salas alternativas de Barcelona están siempre a reventar. Esa es la razón por la que Pack no puede salir a la calle («¡cómo se está poniendo!») vestido de cualquier forma, pues en cada esquina puede acechar un fan dispuesto a flipar con su presencia.

Cada vez que Pack y ©Jor-dee salen juntos, ya sea a comprar o a tomar un café, Paco y Jordi tienen una bronca descomunal. Cuarenta y siete minutos ha tenido que esperar Jordi a que Paco estuviese lo bastante acicalado para bajar a la esquina a comer algo. Cuarenta y siete. Ha valido la pena esperar, qué duda cabe. Ahora camina en dirección al local más marica del barrio («¡cómo se está poniendo!») al lado de la mismísima encarnación de Tom of Finland, de la versión barcelonesa del policía de Village People, todo cuero y tachuelas, con un tupé digno de Loquillo y los ojos más pintados que los de Sara Montiel. Es sencillamente agotador ser el centro de todas las miradas, pero es el precio a pagar por estar casado con una estrella del rock en ciernes. Y, aunque pierda los nervios ante tanta compostura, la compostura le favorece: al fin y al cabo, ©Jor-dee es un artista y a ningún artista le conviene verse del brazo de un chandalero cualquiera.

¿Cómo se está poniendo?

–Primero: que el comercio está degradado. Fíjate si no en la tienda de Lucy, súper bien situada en la calle Lluna, con unos escaparates de impresión y una ropa monísima, que tenía que haber sido un bombazo. Salió en el Time Out y todo. ¿Te acuerdas? Y después se le llenaba de guiris constantemente que venían con la revista y esperaban encontrar el barrio como en las fotos. ¡Ay, qué graciosos son los guiris, por favor, qué cosa, sobre todo las japonesas así tan monas con las piernas torcidas! Pues nada, ni así... A Lucy se le han empezado a colocar alrededor que si tiendas de

mantas y colchas de contrabando, que si fruteros pakistaníes, que si zapateros chinos... Bueno, cero glamur, qué quieres que te diga. Y al final la pobre va a tener que cerrar y trasladarse al Born o al barrio de Gràcia, lugares, la verdad, donde uno todavía puede ser artista. ¿Y así en qué se va a convertir al final este barrio, eh? Y que conste que a mí me encanta vivir en un barrio étnico. Sólo te tienes que ir a Londres o a Nueva York para ver que en la mezcla está el futuro, que las zonas más *cool* son las zonas más exóticas. ¡Claro que sí! Pero creo que tendrían que seleccionar un poco mejor a quién dejan entrar, la verdad. Porque una cosa es tener tu cultura (que puede estar muy bien, te la respeto y todo eso) y la otra es ser un cerdo, no adaptarte a vivir aquí y pasarte el día escupiendo en la calle o rezando por las esquinas. A ver, que la gente se queja mucho de esos moros que se han ido apalancando en la calle Hospital a hacer sus trapicheos, que tienen las aceras abarrotadas día y noche, que ni se apartan para dejarte pasar y a la que te descuidas ya te han tocado el culo y se te han llevado de paso la cartera. Pues a mí no me molestan, qué quieres que te diga. ¿Por qué me iban a molestar? ¿Porque trapichean? Pues todos tenemos que buscarnos la vida, ¿no? ¿O debería molestarme que me metan mano? Pues mira ¡es lo que tiene estar buena! ¿O el problema es más bien que sean moros y negros? Pues no, a mí eso me encanta. Da gusto bajar a la calle y verla tan colorida. Al fin y al cabo, son como nosotros, ¿sabes? Todos esos chavales, por muy moros que sean, tú los miras y ves a alguien como tú, no sé, te puedes identificar con ellos, son de tu misma tribu. Ya se ve que están en nuestro mundo, que visten como nosotros, que salen de fiesta como nosotros y, además, para el que le gusten los moros, están bien buenos. Es verdad que cuando se compran esos coches tuneados y se pasean con su musiquita mora a todo trapo son un poco pesados. Pero, bueno, no son más pesados que cualquier macarra de l'Hospitalet. Otra cosa son las tías, a mí eso sí que me pone malo. Yo veo por ahí a las dominicanas, con sus taconazos y sus tejanos marcando hasta la raja del coño, y esos escotazos que da miedo verlas, y me digo ¡ole, leonas! ¡Eso sí que son mujeres! Y p'alante, oye, bien orgullosas y con la melena al viento. Pero luego me encuentro por la calle a las moras y se me cae el alma al suelo que me pongo hasta violenta, mira. Las veo ahí, tan atontadas, tan acojonadas ante todo, tan tapadas que parecen monjas de clausura. ¡Por dios, nena, suéltate el pelo! ¡Qué rabia me dan! ¿Tú te crees que una tía que va cubierta así de pies a cabeza como un saco de patatas, con el pañuelo en el pelo que parece mi abuela, gorda como una cerda, sin depilar, sin desodorante, tú crees que eso se puede adaptar a nuestra forma de vida? Por favor, ¡un poco de feminismo! Y sí, te reconozco que la mujer de la limpieza es una mora, qué quieres que te diga. Pero desde luego tú sabes que la tenemos porque no hemos encontrado nada mejor. Yo ya dije que rumanas no quería ni en pintura, que ya nos han dado bastantes disgustos, y Tito nos recomendó ésta. ¡Y cómo curra la tía! Eso no te lo niego. Curra como una bestia, no se mete en nada, siempre en silencio... Pero la ropa, eso es lo que no puedo soportar. Y el bigote sin depilar, la dejadez esa, el puto islam... Yo, si dependiera de mí, que entren, no te digo que no, pero el que quiera

vivir aquí, que se vista como nosotros. ¡De disfraces, nada!

©Jor-dee camina a su lado como ausente, antes público de un monólogo que auténtico interlocutor. Sólo piensa en esos cuarenta y siete minutos que le ha estado esperando, en los tres cuartos de hora perdidos en la nada y que podría haber aprovechado para hacerse una paja, para subir una entrada a su blog o para diseñar una performance.

—¿Sabes cuál es el problema del barrio? ¡Ellas, las moras! Porque, a ver, las tiendas de mantas de contrabando. ¿Quién las abre? Pues un moro con un rebaño de hijos. ¿Y quién quiere tener tantos hijos? Pues la mora del moro. Los supermercados estos, que parece que en este barrio sólo se vende Dixan y plátanos radiactivos. ¿De quién son esos supermercados? ¡Pues de moros con familia numerosa! ¿Y quién quiere tener familia numerosa? ¡Pues la mora del moro, si está clarísimo! Si fuese por ellos, todo serían bares o venta ambulante de chocolate. Pero las moras no les dejan. A ver, la inseguridad. ¿Quién se siente inseguro en el barrio? Pues ellas, te lo estoy diciendo. Porque a las dominicanas, con lo putas que son (y te lo digo, ya sabes, con todo el respeto del mundo), les importa un comino que las asalte un violador más o menos. Pero a las moras no, que parece que son todas vírgenes y si las violan ya no se pueden casar para tener la familia numerosa de los cojones y jodernos el barrio. ¡Si es que es un círculo! Y se nos está llenando de tías que ni producen, ni se adaptan, ni aportan nada ni nada. Y no, ©Jor-dee, no y no. No me vengas ahora con que mi discurso es racista, que eso no te lo tolero. Por favor, ¿a quién le compro yo el chocolate, eh? Y las vacaciones en Túnez que nos regaló tu hermana por la boda, ¿qué me dices de eso? ¿Es racista ir de vacaciones a Túnez? ¿Acaso no hablaba con los camareros, tan graciosos como eran? No tenía ningún problema con los camareros, ni con los taxistas, ni con el guía turístico, ni con la chacha, ni con la comida, ni con nada. ¿Y Ray? ¿Acaso mi amigo Ray, mi guitarrista Ray, no es brasileño? ¡Y bien que me lo hubiese follado si no te hubieses metido tú por en medio! Yo no soy racista, querida, no te equivoques. Soy, en todo caso, realista. Y sincero. Mira, he pensado mucho en el tema. Sería racista si quisiera que las moras se fuesen de aquí. Pero yo no pido eso: mi visión es mucho más amplia. Porque eso de la tolerancia y el buen rollo está genial, pero nosotros somos un colectivo especialmente frágil y castigado, hemos sufrido discriminaciones horribles hasta que Ricky Martin salió del armario, como quien dice, y es totalmente injusto que nadie nos aplique discriminaciones positivas, como a los negros. ¡Cuando además nosotros somos de aquí! Después de tantos años aguantando que si al Papa, que si a Franco, que si a Aznar, ahora que ya podemos casarnos y Jesús Vázquez puede ser marica e ídolo de masas, ahora tenemos que aguantar que venga esta peña del culo profundo del Tercer Mundo a tocarnos las pelotas. Yo estoy agotada de luchar. Ahora sólo quiero vivir. Ahora voy a empezar a reivindicar no un país diferente, que eso ya sería la hostia, pero al menos una zona donde podamos ser nosotros mismos sin ser interrumpidos todo el rato, sin que nos miren como a bichos raros. Y para lograrlo,

pues yo creo que lo mejor sería tener un barrio sólo para tíos. Que tú sabes que a mí las chicas me parecen estupendas, ¿eh? Pero, bueno, podría ver a mis amigas fuera de aquí. ¡Con lo grande que es esta ciudad, ya no te digo el mundo! Podría quedar con ellas en el Born, en la Barceloneta, en Girona o en París, fíjate qué bonito. Con eso también acabaríamos con el problema de los niños, que la verdad es que son un coñazo y están ocupando un montón de espacios públicos que se podrían dedicar a la cultura, a hacer exposiciones y conciertos, en lugar de tanto tobogán y tanta mierda. Y así los heteros estarían tranquilos sin soportar rarezas y nosotras también, sin aguantar miraditas. A ver, si los catalanes queréis vuestra independencia... ¿Por qué no íbamos a reivindicar los maricas la nuestra? ¿Eh, ©Jor-dee? Oye, ¿me estas escuchando? ¡©Jor-dee, qué harta me tienes, hija!

A Pack le gusta especialmente el bar al que acaban de entrar porque se siente homenajeado. El local tiene un pequeño escaparate, heredado de los tiempos en que era un colmado. Esa vitrina privilegiada se ha convertido gracias a los dueños, Biel y Nil, en una joya del orgullo gay materializada en diversas escenas pastoriles con muñecas Barbie y muñecos Ken vestidos de cuero. Toda la iconografía *gay-hard* tras un cristal. Pack y Biel se besan, Biel y ©Jor-dee se besan, ©Jor-dee y Nil se besan, Nil y Pack se besan («uy, Nil, ¡cómo pica esa barba!»), encantados de verse. Biel está colocando las muñecas en el escaparate. En esta escena, Barbie tira de la cuerda que sujeta por el cuello a un Ken a cuatro patas.

—Uy, no me gusta, ¡no me gusta! —protesta Pack—. ¿Y no podría ser ella la que esté a cuatro patas y él tirando de la cuerda, mientras el novio lo encula?

—No, no —replica Biel—. Eso parece machista. Déjala a ella de pie, que aún nos montan un lío las feminazis y nos cierran el garito.

—¡Ay, hija! —se descompone Pack—. ¡Qué aburrimiento, siempre quejándose! Pues a nadie le hacen daño un par de hostias, qué quieres que te diga.

En las paredes del local hay fotos de Pack. Pack actuando, Pack posando, Pack sonriendo, el torso desnudo de Pack en blanco y negro, Pack pasando la lengua por el mástil de una guitarra, el culo de Pack enfundado en unos pantalones de cuero decorando la puerta del lavabo. Pack mira a la cámara con ojos desafiantes en el cartel que anuncia su próximo concierto: sala Apolo, 29 de febrero, el extraordinario día extra del año bisiesto.

—Ay, hijas, venimos desconsoladas. ¡Cómo se está poniendo el barrio! —suspira Pack mientras mordisquea una tartaleta de humus con albahaca—. Es que cada vez veo yo más velos, hija, más velos y más chilabas. ¡Madre mía, cuánto atraso! ¡Si es que nos van a meter otra vez en el siglo xv! Así andan luego los moros de salidos, que los encuentras en la sauna y no quieren más que meter, meter, meter!!!

—Pues mira —replica Biel, toda asqueada—, nosotras también pensábamos eso. Pero el otro día se pasó por aquí Chus, que acababa de volver de Marraquech. Escolta, ens va deixar mortes! Diu que com més tapades van, més putes són. ¡Como lo oyes! Bueno, dice que no podía ni caminar del agobio, que yo me dije la calor.

Doncs no, de les putes! Mira, que se le tiraban encima, que si henna, que si masaje, que si baños, que si yo qué sé. Un escàndol! Pack y ©Jor-dee no dan crédito y se lanzan miradas sorprendidas entre bocaditos de arroz tailandés. ¿Será posible que detrás de esas piernas sin depilar se escondan auténticas bestias sexuales?

—¿Sin depilar, dices? ¡Qué va, qué va! Dice Chus que rasuradas total, fins el potorro, mira què et dic. Y que tienen unas tetas que para qué.

A Pack se le cae el montadito de cuscús de las manos. ¿Cómo rasuradas? ¿El potorro? ¿Qué potorro? ¿Pero cómo sabe Chus lo del potorro?

—Sí, hija, lo que te digo —concluye Biel con una mueca—. Chus las ha probado. Como te lo cuento. Nos dio una cantidad de detalles totalmente íntimos y repugnantes que jo em vaig passar la tarda sencera vomitant, malísima del estómago. Y ahora sueño con coños gigantes morunos que me atacan por la calle. Lo estoy pasando fatal.

Los cuatro amigos guardan silencio, acompañados apenas por la música de Cheb Khaled con la Orquesta Sinfónica de Notre Dame que resbala por los altavoces y se deja caer con desidia por encima de las mesas y las sillas y las velas y las lámparas y las cortinas granate. ¿Cómo puede ser que Chus, que es la cosa más anti-chica del planeta, se haya follado a una así, como si nada? ¿De dónde ha sacado fuerzas, ganas, razones?

—És la màscara —afirma de repente ©Jor-dee.

Los demás se lo quedan mirando, esperando más explicaciones. ¿Qué máscara? Nadie ha hablado de máscaras.

—El viaje, estar fuera, ser alguien que no eres, ser una fantasía de ti mismo...

—Tendría ganas de probar algo nuevo. Como allí nadie la conoce... Si os pudieseis acostar con cualquiera, con cualquier persona en el mundo, ¿con quién os acostaríais? —pregunta Nil—. Si os pudieseis follar a cualquiera sin tan siquiera dar la cara ante esta persona, sin tener que verla al día siguiente ni tener que explicar nada. Si os fueseis a morir al momento siguiente y os quedase tiempo sólo para un último polvo, ¿qué polvo no os querríais perder?

Los cuatro se miran con ojos forzosamente embelesados: te follaría a ti, amor, porque te amo, porque usaría la última gota de semen que me queda para dejar una marca en tu cuerpo que tratase de curar mi ausencia.

Pero ¿a quién te follarías si te quedasen millones de polvos y uno de ellos pudieses echarlo en el total abandono, sin tener que mirar a nadie a la cara, sin tener siquiera que mirarte ni explicarte quién eres ni con quién vas?

Sonríen, coquetean, disimulan. Ninguno va a abordar una respuesta que sólo generaría infinitas preguntas.

—Es la máscara —concluye ©Jor-dee como en sueños— que te permite, de tanto mentir, acabar diciendo la verdad.

Lo está sentada sobre la tapa del váter, el pie derecho apoyado en el toallero, el izquierdo en la bañera, abierta de patas tanto como da de sí la reducida dimensión del cuarto de baño. Sostiene un espejo que le ayuda a comprobar que su coño está perfectamente cubierto por la crema de depilar, como un magnífico pastel de merengue o un entrecot con salsa de roquefort cayéndole por encima. Depilarse es un ejercicio muchísimo más incómodo para aquellos seres vaginados que temen al dolor, pues en ese caso hay que esquivar las partes más sensibles de la vulva para evitar que el ungüento las irrite. No así para Lo, cuya sesión no sólo es parte de la lucha contra el vello púbico, sino una forma de irritación clitorica y labial extraordinaria. Caminar cuando la química te ha puesto el clítoris como un garbanzo es de lo más desagradable, si bien nada peor que el dolor de brincar sobre un sillín y lanzarte a pedalear por la ciudad de noche, cuando nadie interrumpe tu paso. Partiendo de Colón tienes el orgasmo asegurado a la altura del Hipopótamo de Botero, apenas unas travesías más allá.

Mientras espera que la crema haga su efecto, Lo aprovecha para leer, inmovilizada como está con las patas al aire. Indiscutiblemente quijotesca, versión queer de Emma Bovary, lee y se transmuta. Su última obsesión, el centro de todas sus atenciones y disgustos recientes, es Beatriz Preciado, cuya foto con bigote gobierna las reuniones de El Grupo C y cuyo cumpleaños es celebrado por l@s miembr@s con una butifarrada en el merendero de les Planes. Lo no entiende nada de lo que escribe, pero intuye que está bien. Matilde, suerte tenemos de Matilde, se lo ha explicado en una sola frase bien clarita: el ano es el centro del universo y la polla es sólo la imperfecta imitación premoderna del auténtico falo, que es el vibrador.

Con el espejo enfocándola y las piernas abiertas, Lo puede ver sus entrañas y el nombre de Beatriz juntas en el mismo plano, en una imagen estremecedoramente alegórica.

Me estoy depilando el coño. Si eres dios o Beatriz Preciado, deja tu mensaje. Si no, llámame más tarde.

Coño.

Apoyadas sobre su hombro derecho, las tetas de Lo golpean la oreja de Pack con la punta de los pezones reclamando atención. Tienen hambre, siempre tienen hambre. De un saltito poco ágil, se posan sobre la mano que él les ofrece, amoroso. Aunque las odie, las ha echado de menos. No quiere volver a pasar por una separación como

aquella, cuando sufrieron tanto. Ahora prefiere cuidarlas y pactar con ellas. Seguro que con un poco de esfuerzo por ambas partes pueden lograr una convivencia provechosa y discreta.

La comida favorita de las tetas aladas son las bolitas de pan mojadas en leche. Entre horas también les gusta picar alpiste. Y aunque les encantan las pipas de girasol, ha habido que restringirlas porque les daban muchos gases.

—Milana bonita —les canturrea Pack, colocándose una bolita de pan entre los labios y ofreciéndosela como un beso.

Lo ideal sería que las tetas suspendiesen el vuelo en el aire como un colibrí para alimentarse a besos, pero por cuestiones de peso su vuelo recuerda más al de una vulgar gallina. Así que Pack debe mantenerlas sobre la palma de la mano a la altura de su boca para que, más parecidas a un oso hormiguero que a cualquier otra cosa, las tetas succionen con un ruido de aspiradora vieja la bola de pan a través del pezón. ¡Plop! Pack ríe a carcajadas invariablemente cada una de las aspiraciones como quien ríe las monerías de un cachorro o de un bebé.

Impaciente, teclea con los dedos pringosos de leche un sms en su móvil: «chus s a follado a una tia! atke d ansiedad. llamme!».

Las tetas agitan las alas después de ingerir cada una de las pelotas. Tal vez forme parte de su sistema digestivo, que debe ser curioso al no tener estómago aparente. ¿Por dónde echan los restos?, se preguntó Pack al principio. Los sudan. Las tetas de Lo sudan con olor a tabaco y leche.

Me estoy depilando el coño. Si eres dios o Beatriz Preciado, deja tu mensaje. Si no, llámame más tarde. (¡Guarra, cógeme el teléfono que lo estoy pasando muy mal!).

Si las ducha no es porque a él le moleste el olor, sino por miedo a que Jordi las descubra precisamente por eso. Jordi se llevaría un disgusto tremendo si supiese que las tetas han vuelto. ¡Con el dineral que se gastaron en terapia para hacerlas desaparecer!

Cuando suena el teléfono, Pack les pega un manotazo y las tetas quedan tendidas en una esquina del salón, caídas de lado, inertes.

¡Ya era hora!

¡toda la mañana que te estoy buscando!

vale, no necesito tantos detalles, ya sabes que soy muy aprensivo

eso es mentira, sólo digo que los coños no me gustan

que permita su existencia no quiere decir que me los tenga que meter en la boca, a ver si me entiendes

¡huelen mal!

¡lo imagino, no me hace falta más!

¡los culos se limpian, nena!

¿machista yo? ¡y tú feminista, mírala!

mira, mejor cuelgo y empezamos de nuevo.

Cuando suena el teléfono, Pack les pega un manotazo y las tetas quedan tendidas en una esquina del salón, caídas de lado, inertes.

Hola ¿qué tal?

bueno, jodido, la verdad, ¿has visto mi mensaje?

¿te acuerdas de Chus?

claro, la novela aquella sobre Tánger que lloramos tanto, ¡pues se ha follado a una mora!

que no mujer, como voy a ser racista, a mí que sea mora me da igual

¡pues que sea una mujer! no por nada, pero por Chus

¿celoso? ¿celoso de qué? ¡eso tú, ninfómana!

¡serás guarra!

Cuando suena el teléfono, Pack les pega un manotazo y las tetas quedan tendidas en una esquina del salón, caídas de lado, inertes.

Lo, mira, es que estoy muy agobiado

claro, yo necesito contarte, abrirte mi corazón

es que eres tan dura conmigo

yo siempre estoy a tu lado y tú me tratas como a un perro

el mundo así es insoportable, todo está en mi contra

pues Chus, Lo, ¡Chus!

no lo sé, si Chus hace eso ya todo es muy confuso

¿pero qué es, a ver, qué es ahora?

¿cómo algo trans? ¿trans qué, a ver? es que con eso lo arregláis todo, ya no se puede confiar en nadie, ¡aquí todo el mundo cambia de acera en cuanto te despistas un momento!

claro, es muy fácil decirlo cuando eres hetero

¡sí que lo eres! ¡y monógama! ¡si al final tanto rollo y sólo te follas al idiota ese de tu novio!

Cuando suena el teléfono, Pack les pega un manotazo y las tetas quedan tendidas en una esquina del salón, caídas de lado, inertes.

Lo, no me vuelvas a colgar el teléfono, te lo digo en serio

mira, vamos a cenar tranquilos y hablamos con calma ¿vale?

tenemos muchas conversaciones pendientes, Lo

sí, tú también

ya verás, si buscamos seguro que encontramos cosas que me tienes que decir

vale. ¿dónde quedamos?

Pack recoge las tetas del suelo.

—Os voy a meter en el armario y no os quiero ver salir de allí.

¿Entendido? Ya os he dicho que no me gusta que me sigáis por la calle. Eso no está nada bien y nos puede dar muchos problemas. Os dejo bolitas de pan con leche y aquí estaréis calentitas hasta que yo vuelva. Si aparece Jordi, silencio. ¿Está claro? Si no, ya sabéis lo que va a pasar: terapia y adiós muy buenas. ¿Os portaréis bien?

Y las tetas afirman con los pezones mientras se acurrucan bajo sus brillantes,
angelicales alas blancas.

En el Raval, hasta el cutrerío tiene clases. Una clase que viene dada por la actitud, pues no es lo mismo el cutrerío inevitable que el escogido, el perpetuo que el temporal. Hay una diferencia enorme entre vivir en la miseria y vivir en la bohemia miserable, aunque el balance de ambas sean setecientos euros al mes, un piso compartido y unos cuantos recibos sin pagar. Pero, al margen de las apariencias, el fracaso no participa de lo moderno. La actitud, esa palabra...

El glamur se relaciona mal con el cutrerío, si bien los perdedores y las pérdidas también tienen su poética. Es de una vulgaridad intolerable haber intentado una vida gris y aún así haber fracasado, tener un piso de clase media apañado con materiales baratos, trabajar de revisor de contadores, haberte casado con tu novia huesuda de primaria, haberla visto parir dos hijos poco más sanos que ella, ver cómo se le amarga el carácter hasta volverse chiflada y, aún así, aguantarla cada día. Hay algo espantoso en ver a tu prole crecer sin mejor futuro que los sueldos bajos y las vidas grises, en reconocer que tu hija, tan mona como tú misma hace unos años, se ha buscado un novio tan cateto como tu propio marido, que le dará la misma existencia de pena que has tenido tú y así descubrir con horror que la vida se reproduce sin más, que sigue adelante haciendo círculos, que ni tú ni tu estirpe seréis nunca nada más que pura fealdad. Cutrerío transgeneracional.

La bohemia es miserable por definición, pero es temporal. Borracha de adolescencia, la casta bohemia pasa sus días en callejones oscuros, cantando las virtudes del puterío, de la fecunda convivencia entre camellos y artistas que le proporcionará recuerdos suficientes para el resto de su vidas cuando, consagrada ya, madura, se pongan a criar descendencia rubia e infantilmente moderna lejos del pestilente barrio, refugiada en un pueblecito costero limpio, elegante, civilizado al fin. Será entonces una casta de artistas auténticas, intelectuales de raza orgullosas de haber tocado fondo durante unos años, de saber lo que es la vida de verdad. Al contrario que la gente fracasada, la bohemia siempre tiene un lugar donde volver, una redención, un más allá. Un colchón donde, al fin, tirarse a dormir la siesta y dejarse de hostias.

Entre lo uno y lo otro, hay otra clase de miseria que son los y las colgadas, una raza de seres mixtos, venidos de cualquier parte y olvidados en un limbo desde el que presumen de estar de regreso cuando en realidad ni tan siquiera se han ido. Los seres colgados van por la vida vestidos de prestado y con el pelo revuelto, con la mirada

perdida y el gesto convulso, la risa eterna y una belleza extraña que surge por entre la mugre. No tienen conversación aunque hablan mucho, acostumbran a dar la razón y, en caso contrario, las discusiones acaban con una súbita explosión de risa. ¡Qué importa el tema que se discute cuando ya no importa nada! Los y las colgadas viven pensando en la noche, sólo la noche, el momento en que el mundo entero parece instalarse en el mismo limbo que ellos habitan, cuando todo parece de pronto tan natural.

Son seres nacidos de la rebeldía. Una rebeldía idiota y estéril. Pero al menos nacen del disgusto, de la negación, del rechazo a la masa y a la norma, de la resistencia a ser engullidos por un mundo gris. La gente glamurosa se puede relacionar con la gente colgada porque ésta, de noche, tiene un halo de glamur. O porque vende costo, folla sin mucho esfuerzo y al día siguiente apenas se acuerda.

Pack selecciona cuidadosamente a sus colgados. Nada de suciedad ni de olores corporales. Nada de drogas duras, que se les cae la baba. Pack sólo quiere gente guay, guapa, que le admire y le quede bien. Y, a ser posible, que sean hombres. Les hace caminar unos pasos por detrás, les deja esperando en las puertas de los bares y, ya de madrugada, les permite comerle la polla a escondidas de ©Jor-dee.

Y así, seguido por sus colgados, formando una especie de cortejo fúnebre, va caminando Pack cuando, de pronto, sucede.

—Qué pena do barrio. Aquí só quedan maricas.

El Jacinto recoge los pies debajo de la silla para evitar que Pack y sus amigos le pisen los juanetes, ensimismados como van.

—¡Métete en un bar, cojones! —le grita Pack—. ¿Qué haces sentado en mitad de la acera? ¿Te piensas que esto es Andalucía?

Un bar, piensa el Jacinto. Pues ya le gustaría a él sentarse en un bar, tranquilamente, a tomarse un carajillo y pensar la quiniela como hacía antes, a comerse alguna vez un lacón con grelos, incluso con la Remedios, que alguna vez la sacaría de casa si tuviese a donde ir. Pero es que ni bares quedan.

Al Jacinto sólo le queda esta silla que el chaval le presta para que se siente un rato en la calle, de tanta pena que le daba verlo siempre ahí de pie, apoyado en el umbral de la puerta, sin entrar ni salir, sin hacer nada, sólo mirando y secándose las lágrimas con una servilleta de papel.

—Hai que ver os golpes que che dá a vida —reflexiona mientras se mira los callos de las manos—. Quen me iba decir...

El Jacinto clava los ojos turbios en el que fue su balcón durante tantos años y donde ahora una rubia con un tercer ojo pintado entre las cejas realiza diligente su tabla de yoga. En los edificios colindantes, los vecinos esperan entusiasmados la postura de la langosta que deja el culo de la rubia en pompa, en la escena más sexual (si descontamos internet) que han presenciado la mayoría en muchos años. El sol poniente se refleja en la fachada del edificio asemejándolos, al piso y a la rubia, a una falla valenciana en plena ignición.

—A quen se lle habrá ocorrido pintar o noso edificio de rosa? Fucsia. El día que aparecieron los cubos de pintura y los operarios se dispusieron a cubrir la fachada con aquel horror, la Remedios tuvo una idea brillante: defender contundente que aquel color no era rosa, sino fucsia.

No funcionó.

En cuanto el Jacinto lo vio, su suerte estuvo echada. Había aguantado todo. Para lograr que se fuesen de la zona y realquilar los pisos a precio de palacio, el propietario de medio barrio lo había intentado todo: poner ascensor con unos gastos de obra y de escalera desproporcionados; cortarles los cables de la luz o romper las cañerías del agua; prometer reformas en los pisos, tirar paredes o reventar techos y paralizar la obra a medias, dejando a la gente vivir en medio de la ruina; pagar a

cuatro yonkis del barrio para que entrasen por las noches en la escalera a pegar gritos; meter grupos enteros de moros viviendo en condiciones infrahumanas, pero que como son moros les deberían parecer estupendas aunque daban por saco al resto del vecindario; robar los recibos de los buzones para que quedasen sin pagar y las compañías viniesen a cortar los suministros... Todo lo aguantó el Jacinto. Pero no aguantaría vivir en un edificio pintado de rosa.

Desde aquel día no ha podido apartar esa pared de sus pesadilla. Y vuelve a recrear su drama tan a menudo como puede escaparse de la Remedios, para hacer esas «cosas de hombres» que a su edad son sentarse en la acera a mirar lo que fue tu vida y ya no es.

—Te tendrías que haber acostumbrado, hombre, después de todos estos años —le dice su compadre Pepet, mientras lo saluda estrechándole la mano.

Para él es fácil decirlo, claro. Como es gitano, en Pepet se adapta a cualquier cosa. Y al llevar diez años muerto, no han podido echarlo del barrio ni con pintura rosa. Normal.

En Pepet se sienta en una silla a su lado, las cadenas de oro reluciendo en el pecho, la barriga saliéndose por debajo de la camisa, rebosante sobre el cinturón. Hay que ver cómo se está engordando en Pepet, piensa el Jacinto. Pero no le dice nada, para qué. Supone que el gitano ya no tiene problemas de colesterol, que ésa también es una ventaja de estar muerto.

—Quién nos iba a decir, Pepet, que acabaríamos así. Tú, muerto, y yo, de camino, sentados en la acera delante del Pontevedra, que ya ni Pontevedra es, y mirando nuestra casa pintada de rosa como si fuese una casa de citas de maricones.

—Pues ya ves, la vida —contesta en Pepet mientras se enciende un cigarro—. Yo me alegro de haberme muerto antes de la ley del tabaco, mira lo que te digo. Que sería bien triste no poder ni acabar mi vida fumándome una faria dentro de un bar, como un hombre con dos cojones.

Una de las cosas que le agradece el Jacinto a la muerte es que le haya enseñado español a en Pepet. En su puta vida el muy cabrón habló una sola palabra que no fuese catalán. ¡Ni una! Decía que no sabía, que los gitanos de la calle de la Cera no saben hablar español. ¡Manda cojones! ¡Pero si los gitanos toda la vida que han sido andaluces! Y él venga a discutirle que no, que ellos eran gitanos catalanes. Primero gitanos, luego catalanes y luego su puta madre, que de todo tenía que aguantar el pobre Jacinto con tal de conservar la clientela del Pontevedra. Pero, oye, con los años en Pepet resultó no tener muchos más defectos que esos dos: ser gitano y catalán. Y como el Jacinto los supo desde el principio, pues se acostumbró a él y acabó siendo algo parecido a un amigo. El uno hablando en catalán, el otro, para joder, respondiendo en gallego. Tuvo que llegar la muerte para hacerles encontrar un idioma común con el que no se entienden ni mejor ni peor que antes, sino diferente.

—Yo en el Pontevedra no hubiese prohibido fumar —afirma el Jacinto—. Ni con ley ni sin ella, un bar sin tabaco no es un bar. Y mira que yo no fumo, ¿eh?, que tú

bien lo sabes. Pero un bar sin tabaco o sin televisor... ¡Ya me dirás!

Ambos guardan silencio, reflexionando sobre esta idea.

—¿Cuánto hace que traspasaste el Pontevedra, Jacinto?

El gallego entorna los ojos.

—Pues justo después de lo de la pintura, al poco de estar en el Arco de Triunfo. Al principio aún venía cada día. ¿Recuerdas? Y al principio de haberlo traspasado también, hasta que le enseñé a la dominicana a hacer el lacón con grelos como dios manda.

Y ambos rompen en carcajadas.

—Ay, la dominicana, la dominicana... Qué buenos tiempos aquellos, ¿verdad?

—Mira que si se hubiese enterado el novio de la dominicana...

—¡Uy, la mala sombra que tenía el novio! Pakistaní, sin ir más lejos.

—¡Menuda mezcla que hacían!

—¿Y la Remedios? Mira que de haberse enterado la Remedios... Y ambos vuelven a reír.

—Qué buenos tiempos aquellos...

—La pena fue cuando se casaron —le dice en Pepet, con la risa aún en los labios.

—Una pena, tienes razón. Aquella era mucha mujer para el moro. ¿No te acuerdas cómo él se ponía loco cuando venía al Pontevedra y la veía detrás de la barra toda escotada? ¡Le metía unas hostias que para qué! Y no te digo yo, que bien se las merecía la moza, seamos sinceros. Porque cornudo era un rato largo, el moro.

—Qué buenos tiempos aquellos...

—Lo peor fue que dejaron el Pontevedra —sigue el Jacinto ya con la sonrisa triste—. Se casaron, llegaron los críos, el moro tenía que atender la carnicería y el Pontevedra ya no les venía bien. Eso sí fue una pena.

—Pues sí —contesta en Pepet también enternecido—. Se acabó el lacón con grelos en el Barrio Chino.

Pues sí, se acabó. Se acabó el lacón con grelos, se acabó el Barrio Chino, desapareció la niña y se perdieron las enes. Todo a la vez. Y entonces en Pepet se murió y empezó a hablar español. El fin del mundo.

El Jacinto saca una servilleta del Pontevedra y se enjuaga los ojos, bañados en lágrimas. Se la ofrecería a su amigo, pero ya sabe que los muertos no lloran. A veces el chaval de dentro sale un rato a llorar con él. No sabe muy bien por qué llora el chaval, pero le agradece el detalle y la compañía.

Se da media vuelta en la silla y mira hacia el interior oscuro de la frutería que un día fue su Pontevedra. Debajo de un cuadro holográfico con el equipo de críquet de Pakistán, Lahore recoge la tristeza del viejo y le ofrece una sonrisa brillante.

Es así como está el pobre Jacinto, intentando reconfortar sus lágrimas en esa sonrisa, cuando, de pronto, sucede.

Cuando se construyó la Rambla del Raval hubo protestas vecinales. La avenida era un golpe de machete clavado en la mitad misma del barrio, una herida que se abría desde el puerto y que dividía el mundo en dos metiéndole un cortafuegos, una calle ancha por la que circularsen los furgones antidisturbios y donde todo el mundo quedase expuesto. Para construirla hubo que tirar decenas de bloques de pisos infectos de vecindario, llenos de ratas y de recuerdos. Hubo que hacer borrón con el pasado, aunque a ese pasado aún le quedase futuro. Pero los proyectos del ayuntamiento, amiga, no saben de pequeños futuros. Saben del ahora y del Futuro, así, con grandes letras. Y en el ahora del barrio había dinero que hacer, amiga, mucho dinero y un Futuro londinense, tan *melting pot*, tan guay, para una ciudad que escaseaba de mezcla racial para ser europea y moderna com cal. Los edificios fueron cayendo día tras día bajo los bulldozers en una época de desolación, de hundimiento. El barrio se venía abajo. ¿Dónde seguiría la vida? Las noches del Chino cada vez eran más tristes, cada local era el último. A cada momento los espacios se esfumaban, engullidos, todo el mundo amenazado; las noches, al fin, tenían un fin. La mañana nos encontraría ciegos y ciegas de nocturnidad, abrasadas por un sol para el que no había defensa. ¿Qué haríamos?

Cuando la gente normal se instalase en nuestro barrio volveríamos a ser elefantes prehistóricos señalados con el dedo. Y con la normalidad vendrían las multas, el derecho de admisión, el pago de impuestos. Impotentes, nos veíamos transmutar del sujeto al objeto, del ser al desear, otra vez convertidos en lo Otro.

Tras meses de polvo y explosiones, en el corazón del barrio sólo quedó un edificio en pie, un fantasmal último reducto, un esqueleto pelado que se elevó durante años, tembloroso, sin más soporte que su propia planta, sin cobijo alguno alrededor, súbitamente desnudo y expuesto en mitad de una explanada yerma que se iba llenando con cemento. El último perfil de lo que fue el Barrio Chino, la última Twin Tower de la mala vida acabó cayendo como caen todos los símbolos con el tiempo. Y se hizo el silencio. El barrio quedó destripado y por el agujero que dejó su vientre se colaron las cimentadoras, que hicieron su agosto en la Rambla del Raval. Cemento por todos lados. Cemento duro, frío, gris. Cemento que se limpia con un golpe de manguera, descuidado, ajeno a la delicadeza, a los buenos tratos. La Rambla del Raval fue una opa hostil sobre la vida del barrio, un abordaje, un asalto a mano armada. El resto del desastre lo consumaron los *shawarmas*, que se instalaron en los

márgenes del asfalto y dieron el escenario ideal al drama del nuevo barrio: terracita legal, *fast food* exótico y barato, camareros sumisos y morenos. Graciosos incluso. ¿No es superguay lo multiculti? *Yes, it is.*

—¿Costo, amigo?

Buenaonda, siempre al límite de la colgadura, no compra costo. Si acaso lo vende, cuando no hay más remedio y por pura lógica de supervivencia. Cuando ningún centro cívico le compra su curso de percusión terapéutica o el de marionetas con material reciclado, cuando ningún coleguilla le pide que le acompañe a la guitarra un par de noches en un bar a cambio de cervezas y cincuenta euros o cuando no le sale ningún currito repartiendo carteles. Ahora, en situación de sequía sexual, emocional y económica, la única salida que le apetece es sentarse en la Rambla del Raval a esperar que alguien pase y se fume un porro con él.

—Qué lástima que se llevaron el césped... ¡Cómo me gustaba sentarme en el césped y oler a tierra en medio de este mar de cemento! Es verdad que la tierra aquí huele bastante a pipí de perro, pero eso también es naturaleza, supongo. Pero ahora se han llevado el césped y han plantado palmeras enanas que pican el culo si te intentas sentar. ¡Qué desastre! ¿Dónde iremos a hacer el botellón y a pegarnos unas risas?

Y así está Buenaonda, intentando decidir si se sienta directamente en el suelo o en unas sillas individuales que el urbanismo ha diseñado para la rambla, cuando, de pronto, sucede.

Lo se está agobiando. Su bar preferido, su refugio en el mundo, su centro del universo, se ha llenado de imbéciles. Y los centros de mundo de Lo, ya se sabe, no acostumbran a ser grandes superficies, de esas que podrían dejar espacio para una escapada dentro de la huida misma. Un grupo de imbéciles en un local tan pequeño son una presencia ineludible. Se ven, se oyen, se huelen, se sienten. ¿Cómo es posible que Lo haya escogido como refugio un lugar susceptible de ser habitado por imbéciles? ¿Cómo le ha podido pasar a ella?

Pues le sucedió así:

«Estamos adentrándonos en la auténtica guarida del lobo, en las calles más siniestras y peligrosas del barrio del Raval». La reportera lanza una mirada indignada y cómplice a la cámara. El chaleco antibalas le oprime el pecho. No es que sus implantes sean muy grandes, en absoluto. Se ha puesto justo dos pequeñas bolsitas bajo los músculos para mantener los pechos erguidos en contra de cualquier lógica gravitatoria, pues la reportera no está dispuesta a envejecer un ápice ahora que, por fin, ha logrado su sueño de salir en la tele. Además, está pasando frío. ¿Cómo debe vestirse una cuando lleva un chaleco antibalas? Al saber que tenía que bajar a hacer un reportaje al Raval buscó atuendo en Google y descubrió que el tema había sido resuelto con creatividad y elegancia por las nuevas hornadas de periodistas-pivones. Gracias a ellas, la guerra ya no es lo que era y ahora se puede cubrir un bombardeo aliado, por ejemplo, y estar divina de la muerte (valga la redundancia). De la misma manera, se pueden cubrir los barrios más siniestros de Barcelona, La Mejor Tienda del Mundo, combinando seguridad y diseño. La reportera más naturalmente rubia de la televisión española luce para la ocasión un chaleco antibalas a juego con un pantaloncito corto que deja al descubierto sus fantásticas piernas (con unos pequeñitos implantes de silicona en los gemelos para perfilar la forma). Está pasando frío, sí, pero el periodismo, ya se sabe, es una profesión de riesgo.

«Fijaos en esto», dice parándose ante unos contenedores de basura. «Los vecinos del Raval, por muy pobres que sean, se pueden permitir el lujo de tirar la comida». E, intrépida, abre un contenedor, mete medio cuerpo dentro y emerge con una lechuga podrida en sus manos, que muestra a cámara con expresión circunspecta. «¿De dónde saca la gente del Raval dinero para estas lechugas que luego acaba tirando? Hemos preguntado directamente a los vecinos». La reportera da un giro repentino sobre sus talones y apunta con el micrófono a una de las numerosas personas que hacen corrillo

a su alrededor. «Por ejemplo... ¿Usted trabaja?». El vecino da un paso atrás, temeroso. «¿Yo?», responde.

«Es que yo... Yo hace muchos años... Yo soy alcohólico, ¿sabe, señorita?». La reportera regresa al primer plano afirmando con la cabeza, los labios en un rictus de desaprobación. Camina lentamente mientras entona un discurso largamente preparado. «En un barrio donde el cien por cien de la población encuestada reconoce tener problemas de alcoholismo y estar sin trabajo, ¿cómo es posible que se vean aparcados coches como éste?». La cámara realiza un pequeño giro para dejar en primer plano un cochazo descapotable, deportivo y aerodinámico, con tapicería blanca, alerones laterales y tapacubos dorados. «Pero esto no es todo: el Raval no sólo es la guarida de alcohólicos y drogadictos, narcotraficantes, mafiosos y terroristas internacionales, sino que además es uno de los lugares con tasas de perversión y homosexualidad más altas del mundo».

Éste fue el momento del desastre. Porque la reportera acabó la frase justo poniendo un pie en la entrada del bar preferido de Lo, el lugar donde se escapa cuando necesita aire, risas y amistades instantáneas. Y en el mismo segundo en que el pie pedicurado de la reportera más naturalmente rubia de la televisión española se asomó a este local, millones de manos en toda España pusieron una X sobre el mismo en el mapa de sus futuras vacaciones. Y tras la primera remesa de turistas nacionales, los blogs de opinadores de mesa camilla empezaron a contar las escenas horripilantes que habían visto en este lugar. Y su fama se fue extendiendo por el universo virtual. Y las historias empezaron a traducirse y transfigurarse. Y en menos de un mes toda Europa parecía compinchada para venir a pasar un fin de semana de auténtica perversión, precisamente, al diminuto rincón donde Lo podía respirar.

Así están: Lo, sentada en una esquina de la barra, del lado clienta, encaramada a un banquillo como un estilista sobre una columna, agarrada a una cerveza como si fuese un paraguas en mitad de la tormenta, tratando de no advertir las miradas que la acechan, queriendo cerrar los oídos y hacerlas desaparecer. Al otro lado de la barra, del lado trabajadora, tres camareras de ese género inclusivo que Pack no reconoce se esconden a la inversa, sobreexponiéndose: gritos, insultos, descaro, levantamiento de camiseta y enseña de pezón, sacada de lengua, cogida de huevos a lo Michael Jackson, golpe de pelo, golpe de pestaña, giro en el aire. Y al fondo, amontonados en los taburetes bajos de estilo oriental-chic, observados de cerca por la prodigiosa colección de fotos de Sara Montiel que llena cada centímetro de este local, está la normalidad.

Los normales son jóvenes y sanas, tienen cabellos brillantes (ellas), músculos perfilados (ellos), faldas cortas (ellas), camisas bien planchadas (ellos), zapatos altos (ellas), zapatos brillantes (ellos). Ellas necesitan admiración y ellos necesitan follar: a eso se reduce todo. Los normales salen por la noche para realizar el ciclo del apareamiento, cuyo clímax se alcanza en un hotel o en el coche (los y las normales viven en casa de sus normalísimos progenitores hasta que pasan a vivir con su pareja,

normalmente del sexo contrario). Esto sucederá al final de la primera noche si la normal ha bebido lo suficiente y el normal no ha bebido demasiado.

El ritual de apareamiento puede ser detectado a partir de una serie de signos inequívocos. Al principio de la noche, los y las normales se agrupan según las formas genitales. Aquellos que tienen un pene físico y visible forman un grupo, normalmente alrededor de la barra, pues apoyarse en la misma con el codo les da un aire de indolencia que les ayuda a disimular inseguridades. Aquellas con vagina física y penetrable se agrupan en el centro del local, formando un corro distribuido de manera jerárquica: la más mona y, por lo tanto, más apreciada para la copulación se sitúa en el centro y va siendo rodeada en orden proporcional al precio de mercado, de manera que los elementos exteriores siempre son las hembras de más baja calidad: gordas, bizcas, cojas y, en un símil hortícola, «maduras». Toda esta arquitectura responde a una estrategia que incrementa las posibilidades de relación de estas hembras desecho, cosa que nunca sucede en el viaje de ida hacia el centro, sino en el de vuelta. A medida que el macho va siendo rechazado, rebaja sus expectativas y es aquí donde las hembras de calidad inferior tienen su oportunidad de cópula. Los ataques acostumbran a ser lanzados por los normales macho. Sin embargo, las denominadas «muy putas» («fáciles», «guarras», «muertas de hambre» o «ninfómanas» según el contexto) también pueden lanzar ataques. Eso, sin duda, aumenta sus posibilidades de éxito, si bien hace descender su precio de mercado por la ley de la oferta y la demanda.

Cuando un macho y una hembra normales deciden (de manera recíproca o no) lanzar un ataque, es imprescindible que escojan un tema de conversación. Y en una noche como ésta en que la normalidad ha decidido revolcarse en el lodo, el tema no podría ser otro que la perversión. Por supuesto, la ajena. Así, entre sorbos de combinado con pajita (ellas) y cubatas (ellos) o cervezas en botella (ellos) y chupitos muy alcohólicos en colores divertidos (ellas), los y las normales van lanzado gritos alborozados cada vez que un o una marica de l@s habituales del local mueve una pluma.

—¡Mira qué fuerte! ¡¿Has visto lo que hacen?!

Y cualquier gesto (pedir una cerveza, balancearse un poco al ritmo de la música, reír o ir al baño) se convierte en un acto de perversión a ojos de la jauría de normales a la caza de emociones fuertes.

Sólo hay una raza capaz de sobrevivir en semejante ambiente: los camellos, el único grupo étnico realmente democrático pues, por pura lógica mercantil, son capaces de entablar conversación con cualquiera. Eso explica que entre la normalidad se encuentre, como si nada, un amigo de Lo, bromeando con los normales y ligándose a las normales con su irresistible magnetismo de buscavidas. Rachid está bueno, para qué engañarnos. Es un guapo oficial, uno al que puedes desear sin que nadie se ofenda, aún teniendo en cuenta que es moro y eso no siempre está bien visto. Llevan años tonteando, a pesar de las idas y venidas identitarias de Lo. Ya se conocían en los

tiempos en que la entonces Cookie se llevaba cada noche una pieza diferente a casa para colgar su cabeza en la pared, hasta que las tuvo de todas las edades y colores, de todas las formas, gustos y tamaños. Algunas amigas normales de aquella Cookie en transformación, escandalizadas ante tanta actividad, diagnosticaron que sufría un exceso de hormonas masculinas, como si el sexo fuese consecuencia de la testosterona. Cookie follaba a destajo porque le salía del coño, porque le gustaba el sexo, porque experimentaba con él, porque le divertían los retos, porque disfrutaba con la conquista, con el tonto, con la aproximación, porque la hacía sentirse viva, porque era divertido, sano, agradable, estimulante. Pero no se contentaba con tontear. Cookie calentaba pollas y se las comía calentitas en cualquier lugar: en los lavabos, en los pasillos, en los trasteros, pero de preferencia en su casa, donde todo era sabido. Un lugar seguro donde abandonarse. Y en su casa Cookie follaba constantemente porque follar era el único instante de su vida en el que olvidaba preguntarse quién era y alcanzaba la seguridad de que era aquello, lo que fuese, pero en cualquier caso aquel cuerpo que sentía, sin necesidad de llamarlo, de nombrarlo. Dejar de pensar, dejar de dudar. La nada, ese vacío tan lleno que su mente obsesiva no lograba crear pensando. Ser. Sentirse ser. Eso era el sexo. Ser cuerpo, intensamente. Y por eso, repleta a rebosar de hormonas femeninas, follaba a destajo.

Luego llegó el amor y con él, la política. Y se jodió el sexo. Su único refugio se fue al carajo y empezó a formar parte de todo lo demás, empezó a necesitar de razones, de explicaciones. La política mató su única forma posible de existencia.

Y se perdió.

Aún así, hay ocasiones en que la vida, irreductible, lucha por hacerse un sitio entre la desolación. Y ahora mismo la vida se llama Rachid y está sentada al fondo del bar, mirando a Lo con una sonrisa abierta, grande, con la piel brillante y los músculos deseando escapar de la camisa. Y la vida nota que Lo también la mira, así que no pierde más tiempo y se acerca a ella, y ella se deja acercar, y le pregunta, y ella le contesta, y sonríen, y se miran a los ojos, y se entienden, y se hacen un gesto, y se afirman, y se siguen hasta el lavabo, y entran y cierran la puerta.

En el espacio reducido cabe justo lo imprescindible: las bocas, la polla y el coño. El resto del cuerpo apenas está, aunque tiembla y suda, aunque se eriza y sacude. Las bocas se comen con hambre, las lenguas se lamen los labios, las caras, las orejas y los cuellos, las manos buscan los pezones que emergen bajo la camiseta y los cuerpos se estrujan fundiéndose, traspasando la ropa, con urgencia. No hay tiempo, no debe haber tiempo. Lo se baja las bragas y se da la vuelta apoyada en el lavabo, viendo en un espejo lleno de mierda cómo él la agarra por la cintura, apunta a su sexo con la polla erecta y le clava una embestida que la inserta hasta el fondo y le corta la respiración. La vagina se abre de golpe, exultante, se llena de jugos que reciben el falo y lo celebran. Lo se doblega, hunde la cara en el lavabo y deja su culo y su coño a merced de los golpes, las manos de él hundidas en su cadera, montándola con ímpetu, comiéndole el cuello, llamándola zorra entre gemidos hasta que le escupe el

semen sobre las nalgas. Lo se gira frenética y se mete la polla en la boca. Semen, que no se escape el semen, que no se pierda, que le llene la boca, que la hunda hasta el cuello allí puesta de rodillas en un lavabo oscuro. Lo relame una polla que huele a ella, relame sus jugos mezclados con semen en un pene bonito encontrado de urgencia y que, durante unos instantes, es lo único real que existe en el mundo. La única cosa que importa hasta que los estertores se calman y ambos vuelven a la realidad. Ella no se ha corrido. Ella nunca se corre en estas ocasiones de lavabo. Pero le da igual. No es sexo para correrse, es sexo para ser.

Pack llega tarde y Lo necesita aire. Por eso está en la calle, huyendo de la normalidad que acecha hasta los últimos rincones, cuando, de pronto, sucede.

De color azul cielo, brilla bajo las farolas que convierten el atardecer barcelonés en un espectro de día. Liviano bajo la brisa del mar que se cuele por las callejas, ondea al viento y deja a su paso un crujir de ropa plisada. Gracioso en las formas, imponente en el concepto: rotundo.

De repente, sucede, está ahí.

En plena calle moderna de la Barcelona alternativa y diversa, cosmopolita, aparece sin complejos, sin remordimientos, sin culpa aparente, sin haber pedido permiso ni habersele sido otorgado, sin más y sin menos, un burka. Una mujer bajo un burka, sería justo decir, mas lo primero no importa. Mujeres hay muchas, pero burkas, no. Un burka sobre una mujer desaparecida, tragada por una rejilla azul que enmarca de filigranas los ojos que no se ven. No se ve nada. Ni las manos, cubiertas por guantes, ni los tobillos, tapados por calcetines. Nada y, sin embargo, todo. Se ve el burka. ¿Hace falta ver algo más?

Camina resuelto, el burka, por la Rambla del Raval, del mar a la montaña, centrando en su ondear todas las miradas, todas las intenciones, mientras encara el perfil del Tibidabo que bendice con su basílica a los niños del Raval. El tiempo, la diversidad festiva y el buen rollo quedan congelados y sólo él, el burka, parece moverse. Las madres alternativas tapan los ojos de sus hijos pequeños, y también alternativos, e intentan desviar su atención como evitando que vean los rastros sangrientos de un accidente de tráfico mientras ellas mismas rechazan la visión insoportable de la tela maldita. Los hombres modernos se llevan las manos a la cabeza, a los cabellos modernos y tan ondeantes como el mismo burka, en actitud desalentada, las pupilas congeladas y la visión borrosa entre las lágrimas. Las mujeres alternativas lloran en brazos de los hombres modernos. ¿Por qué?, se preguntan. ¿Por qué aquí, por qué a nosotros? ¡Nosotros queremos un barrio digno!

Los tenderos salen a la puerta de sus locales. De lado a lado de la avenida, la tela descubre quién está situado dónde. En las cocinas de los restaurantes, tras las barras de los bares, algunos ni se inmutan. Con el cuerpo en Barcelona y la mente aún perdida en su pueblo, nada de la imagen de un burka en plena Rambla del Raval les llama especialmente la atención. Podría ser su madre, o su hermana, o su prima. Podría ser cualquier mujer conocida y amada, reconocida entre miles de otras vestidas de igual manera tan sólo por la forma de caminar. No le dan más vueltas, enfrascados como están en el propio sobrevivir. Otros, sin embargo, se miran de

soslayo. Un burka. Afganistán, el nombre maldito o bendito según de qué lado se mire, el nombre que los pone a todos en su lugar, que descubre quién es quién a miles de kilómetros del sitio donde cada uno es algo. Peshawar, los campos de refugiados, la sodomía, los talibanes, el 11-S y Cachemira, arrebatada por los malditos indios. Los pashtunes, los pactos, Musharraf, la bomba atómica, Estados Unidos, Irán, un islam o el otro o aún el de más allá. Y ahora todo vuelve a empezar, está aquí en forma de burka. Estás con ellos o estás en contra de ellos. Eres uno de los nuestros o estás fuera. ¿Fuera? ¿Pero fuera de qué?

¿Qué hay más allá de la exclusión? ¿Hay algún lugar en esta ciudad diversa más allá de la mezquita cochambrosa de la esquina donde al menos te saludan por tu nombre? Si no eres más que un paki de mierda que vende cervezas por la calle y dejas de ser incluso eso... ¿En qué te conviertes? ¿Hay un abismo aún más bajo que la bombona de butano cuando estás a seis mil ciento treinta y nueve kilómetros de tu casa y no tienes un duro en el bolsillo?

El Rey del Doner lanza una mirada furtiva al Palacio del Kebab, se saludan con un gesto pequeño y vuelven a sus quehaceres. ¿Será de los míos o será de los suyos? Yo lo que quiero es un barrio digno. Y que me dejen en paz.

Desde el Oasis del Shawarma, Jamal los mira con desprecio. Pakistaníes. ¿Qué se puede esperar de ellos! Sólo hay que ver cómo visten a sus mujeres, cómo viven. Por favor, ¡un poco de dignidad! No entienden que Pakistán quedó allí, tan lejos. Esta misma noche llamará a Bangladesh para contarles. Si estos españoles entendieran... Pero para ellos un moro siempre es un moro y no saben distinguir a un bangladeshí de un pakistaní de un marroquí. Todos en el mismo saco. Ese burka no traerá nada bueno.

Rachid está feliz después de su encuentro furtivo con Lo. ¡Tantos años esperando y finalmente ha pasado! Sube levitando por la Rambla del Raval cuando también lo ve. ¿Pero qué coño es esto? Lo que nos faltaba. ¡Un burka! Los putos banglas de los cojones, seguro que es cosa de ellos. Si es que no entienden lo del barrio digno, colega, es como si no fuese con ellos. Y encima siempre quejándose. Y siempre acusando a los marroquíes. Que nosotros damos mala fama al barrio, dicen los muy cabrones. ¿Yo le doy mala fama al barrio? ¡Vamos, por favor! Yo vendo costo, tío, yo no pongo a trabajar a mi familia en un supermercado de mierda sin sueldo ni futuro ni hostias, mientras me voy enriqueciendo y construyendo palacios en mi país. Por el bien de todos, dicen, por el bien de la familia, mientras el cacique se va poniendo como una bola de sebo. Yo vendo costo, vale, pero no recaudo dinero para mezquitas que nunca se llegan a construir. ¿Dónde va ese dinero, eh? A pagarle visado a la hijaputa del burka ésta, que ha venido aquí para meternos a todos en un marrón. Más policía, esto es lo que sucederá. Ese burka no traerá nada bueno.

La policía no necesita venir, pues siempre está aquí. Los furgones antidisturbios se mantienen día y noche sobre la Rambla del Raval, recordando a todos quién manda aquí, por si en algún instante de sus vidas de mierda se olvidasen de ese principio

esencial. Por si después de pagar a las mafias, a los intermediarios, a los traficantes de drogas, a los chulos, a los corruptos, a los vendedores de papeles y de personas, a los esclavistas, a los caseros abusivos, a las compañías telefónicas, a los bancos y a la policía se les fuese a olvidar quién cojones manda aquí. No fuera a suceder que toda la fauna vomitada de las cloacas de este mundo tan feliz —los viejos enganchados a la heroína, las prostitutas sexagenarias, los desahuciados, las desempleadas— fuera a olvidar por un momento cuáles son las normas del juego que se juega aquí. No fuera que llegase incluso a suceder que las nigerianas esclavizadas y multadas regularmente por ello, los argelinos víctimas de la guerra colonial, las cubanas jodidas por el embargo, las rusas secuestradas por las mafias, se olvidasen por un instante de que están en Europa, la gran Europa, y que aquí nos gusta la paz, el orden y la justicia. Que somos civilizados, no sé si me entiendes... Los furgones antidisturbios pasan las horas en letargo, amenazantes como un felino que acecha a su presa sin apenas respirar, como un engendro más del feísmo urbano. Y de repente, en cualquier instante, explotan en movimiento furioso. Los maderos saltan a los vehículos y se ponen en marcha a toda velocidad, las sirenas ululando, brincando sobre el paseo que debe vaciarse precipitadamente para dejar paso a la autoridad. Los turistas miran preocupados. «*Oh, my god! What happens?*». Pero los locales, nativos o importados, ya ni miran. Saben que *nothing happens*, que es sólo la autoridad que da un paseo. Saben que los furgones darán la vuelta rutinaria a la manzana intoxicando las calles con sus sirenas para testificar que están en un barrio peligroso, en un barrio indigno, chusco, cutre, pero que lo tienen calado, que no se les escapa nada, que le tienen echado el ojo y que mucho cuidadín con ellos, que son la autoridad. Porque los maderos son los únicos en este barrio tan alternativo que aún no se han enterado que la diversidad es guay, que las putas y los yonkis y los manguis y los travelos y las colgadas molan que te cagas. Y así volverán como si tal cosa a estacionar los furgones en la Rambla del Raval, a vomitar maderos chulescos sobre la acera, embutidos en trajes de superhombres —diseñados con pericia para que parezcan más de lo que nunca serán—, con las manos agarrándose el cinturón, balanceándose sobre las puntas de las botas de acero, deseando morder. Pero tranquilos, guiris, *nothing happens*, es sólo la autoridad que aquí se manifiesta de esta manera y que en los barrios rubios se convierte en guardia montada sobre caballos azabache. Grácil. Preciosa. Amable. Cada pueblo tiene el gobierno que se merece y cada zoológico, guardianes acordes con el paisaje. A la chusma, más chusma.

Cuando la pasma ve aparecer el burka siente un escalofrío que le recorre la espina gremial. «Merda moros». Fernands y Gonçalves, con sus nombres de Mossos d'Esquadra normalizados lingüísticamente, se miran de reajo. Han aumentado la velocidad del balanceo sobre la punta de los pies, lo que indica, sin duda, que están pensando. A sus mentes oprimidas por el casco apenas llega el oxígeno. Se lo han comentado varias veces a sus superiores, que les parece que piensan raro con el casco puesto, pero la respuesta es invariable: «Senyors, estem en temps de crisi. Tenim els

uniformes que tenim i amb ells hem de servir a la societat». Y eso van a hacer: servir a la sociedad. ¿Y qué necesita la sociedad que hagan en este caso? Fernands y Gonçals otean el horizonte, intentado distinguir a la sociedad entre la chusma. Es difícil verla en este barrio: el que no es negro, lleva rastas; la que no es puta, fuma porros; los que parecen normales llevan tales pintas que ya no hay quién se aclare.

—És que aquí no se salva ni déu, Fernands.

Pero Fernands ya se ha puesto en marcha.

—Anem, anem, anem! —grita a sus compañeros.

Fernands ha encontrado, entre el marasmo, a la sociedad. «Allà, mireu!», grita a sus compañeros. Y todos se ponen en marcha, agarrándose las porras mientras corren a salvar a la sociedad que asoma a la puerta del último baluarte de la catalanidad entre los tenderos de la Rambla del Raval. Todos han ido cayendo, todos han ido vendiendo sus locales a los pakistaníes, tan bien organizados que da miedo pensarlo. No queda nadie, sólo la iglesia evangélica donde van los gitanos y una papelería que abrió hace dos generaciones y que ha ido aguantando porque los putos pakis no saben ni leer, que si no, ni esas. La sociedad sale a la puerta alertada por los rostros de los transeúntes, por los modernos que rompen a llorar, por los niños que corren despavoridos, por los perros que ladran y aúllan, por las sirenas de la policía, por los gritos de las viejas que dejan caer las bolsas del pan para escapar más deprisa, por el súbito olor a desastre. Sale a la puerta y se encuentra rodeada por la autoridad. La sociedad se mira sorprendida, asustada al comprender que está en peligro. Los maderos miran a la sociedad de cerca para asegurarse de que no han errado el tiro. Él moreno y ella rubia, porque nuestra sociedad es diversa. Él gordo y ella delgada, porque nuestra sociedad es plural. Él castellano y ella catalana, porque nuestra sociedad es tolerante. Él con traje y ella con minifalda, porque nuestra sociedad es libre. Y entre ambos un niño rubio agarrado a una bicicleta de madera, porque nuestra sociedad tiene futuro y además es ecológica. Todo encaja. Incluso cuando él se pone a dar las gracias y ella a gritar «Volem un barri digne!», todo sigue encajando: porque nuestra sociedad es democrática, todas las opiniones tienen su lugar, y además disfruta de libertad de expresión.

Fernands lanza una mirada cómplice a Gonçals. Missió reeixida.

—¿Pero qué ha sucedido? —pregunta él, al tiempo que da las gracias por haberles salvado de algo que aún no sabe qué es.

—Había un peligro inminente, caballero. Pero no se preocupe: estamos aquí para servirle.

—Perill? Quin perill? —responde ella—. El telenotícies no ha dit res d'un perill! No sé què pensar!

—És cert —reconoce Gonçals—. Ara mateix truco a la premsa. Perquè la nostra societat té dret a saber què pensar.

En su deambular, el burka pasa aún ante en Pepet, que consume sus días de eternidad sentado ante el Pontevedra, el lugar del que apenas se ha movido en las

últimas décadas, el sitio donde antes tomaba quintos y ahora no toma nada porque, como el resto del barrio, el Pontevedra ha desaparecido. Pero él sigue fiel a su atalaya para entender el mundo. Y en la comprensión del mundo está, cuando lo ve. Un burka. De repente toda su vida pasa ante sus ojos como una película de videoclub. Los calzoncillos Calvin Klein de imitación, las cervezas en el frankfurt, las pajas delante del Canal Plus codificado, las cinco copas del Barça en aquel año glorioso, el cocido de l'Antonieta y Jesucristo. Todos pasan ante sus ojos y todos sonríen. Es el fin. De un momento a otro el burka lanzará un grito de guerra y explotará como explotan estas cosas en las películas americanas. Y por primera vez desde que murió, en Pepet entiende lo que es morir. Tic tac, tic tac. Es el fin del mundo.

Pero el fin del mundo no llega ni la cosa explota, sino que sigue su camino tan campante, ajeno, el burka, al colapso general.

¡Esto es totalmente inadmisible!

Los móviles arden en mensajes cruzados: Pack buscando a Lo, Lo buscando a Buenaonda, Buenaonda buscando un porro, todos citándose a tientas en un extremo del barrio, lejos del recorrido fatídico de la tela azul. Deambulan como supervivientes de un atentado, las vestiduras rasgadas, las miradas perdidas. Pack ha vomitado, de puro susto, en la fuente pública de la plaza del Padró, agarrado a la estatua como un alcohólico anónimo cualquiera.

Buscan refugio en el último bar extremeño del Raval, donde la dueña compasiva los acoge con las persianas a medio subir, las sillas sobre las mesas y el aire turbio de olor a desinfectante. Los tres hunden las cabezas en sus manos temblorosas, la mente saturada por presagios catastrofistas, el ánimo derrotado. Toda la vida sufriendo la amenaza implacable de la normalidad para acabar descubriendo que existe una rareza suprema que no respeta límite alguno, una anormalidad inalcanzable, una extravagancia que revienta todos los conceptos y los convierte, a ellos y a ello, en poco menos que seres convencionales.

—¡Un burka! —corean los tres como en un musical.

—¡El burka es un auténtico problema de convivencia! ¡Debemos buscar una solución inmediata!

La dueña de la tasca abre una botella de licor de Gloria, reparte chupitos y se sienta también en la penumbra con el ánimo por los suelos.

-

Es una ta que directo a la libertad de las mujeres una sociedad avanzada como la nuestra no puede ganlo que quieran en sus países pero en el nuestro tienen que vivir como nosotros.

—Deberíamos integrarla. ¡Es tan auténtica! —propone Buenaonda—. Podemos invitar a la mina a comer un diíta de estos y darle un poco de buena onda a todo el asunto, enseñarle nuestras costumbres, aprender de las suyas... Seguro que tiene cosas muy interesantes que enseñarnos sobre espiritualidad. En una sociedad plural, todos los colores deben ser bienvenidos.

Pack, Lo y la dueña dan un respingo. ¿Integrar? ¿Cómo vamos a integrar «eso»? No es una cuestión de colores: da igual que sea blanco, negro o amarillo. Pero para que se integren es necesario que sean normales.

—Yo, que he estado en Túnez, te aseguro que no hay manera de entenderlos. Nosotros lo intentamos mucho, hicimos todo lo posible durante los diez días de la

luna de miel. Y no hubo manera. Creo que hablas desde el desconocimiento, Buenaonda. Deberías viajar más.

—Estás muy equivocado. Con mi marido, en paz descansa, hicimos un crucero por el Nilo y nos entendimos perfectamente con ellos. Eso sí, cada cual en su casa y dios en la de todos.

—Exacto —apunta Lo—. Yo he visto documentales y en sus países no se vive nada mal, ¿sabéis? Pero no se conforman: vienen aquí para hacerse ricos y, al volver, comprarse una casa y vivir a lo grande. Y mientras, los demás vivimos de alquiler y con lo justo. Así estamos.

—Pues tú no le haces ningún asco a tu novio argentino, bonita...

—¡Eso no es lo mismo! Un argentino ni se nota, no genera ningún conflicto. ¡Al contrario! Están haciendo grandes aportaciones culturales a la ciudad.

—Vamos, vamos, chicos. ¿Qué se ha hecho de la tolerancia? —interviene Buenaonda—. Barcelona, al fin y al cabo, es la ciudad de la paz. ¿Sí?

¿Tolerantes, dice? Los demás se observan: un marica, una marimacho, un presunto argentino y una gorda sentados en la misma mesa compartiendo licor de gloria. ¿Eso no es ser tolerante? El problema de convivencia no lo tenemos nosotros, lo tiene el burka. Es él, el burka, quien debería ser más tolerante y no ir por la ciudad imponiendo sus ideas.

—Hay que liberarla —afirma Lo—. Hay que arrancarle la tela esa, ¡que recorra la vida en la alfombra voladora de la libertad! La pobre mujer debe estar deseando salir con sus amigas, fumar porros, chupar pollas, ir de rebajas, comer hamburguesas... ¡Vivir! Y no puede hacer nada de eso, la pobrecita. Su existencia debe ser un infierno. ¡Y todo por culpa de un marido que la entierra en vida, que la convierte en una zombi paridora de churumbeles! Hay que liberarla.

Buenaonda, Pack y la dueña guardan silencio.

—¿Y si ella no quiere? —pregunta Pack.

—¿Cómo no va a querer? ¡Pues claro que quiere! ¡Todo el mundo quiere ser libre. ¡¿No lo ves?!
Pack frunce el ceño, confundido y un poco borracho.

—Yo creo que las hamburguesas no deberían entrar en la discusión. No me parecen un elemento esencial de liberación. A mí, por ejemplo, no me gustan.

La dueña del restaurante lo mira con desprecio.

—¿Cómo que no te gustan las hamburguesas? Eso es imposible ¡No puedes ser auténticamente libre si no comes hamburguesas como dios manda!

El grupo se queda callado, reflexionando un instante. De fondo, la cisterna del baño silba y el runrún de las neveras se hace, de pronto, molesto.

—No. Ser libre es... —entonan al unísono.

—Ser libre es comer pollas.

—Ser libre es bailar.

—Ser libre es ser vegetariano.

Sólo Buenaonda se retira tímidamente de la discusión («Chicas, chicas, vamos, no pasa nada, todo está bien»), tratando de imponer esa paz cobarde suya.

Pero algo pasa, seguro que algo pasa. Porque, de repente, en el último bar extremeño del Raval, cuatro seres libres a punto de iniciar una cruzada sin par para liberar a un burka azul son incapaces de ponerse de acuerdo sobre el significado de la libertad. ¿Libertad es ponerse o quitarse? ¿Es hacer o deshacer? ¿Se es más libre subiendo que bajando? ¿Yendo o viniendo?

—Libertad somos nosotras, joder —grita Lo, totalmente mareada por la conversación—. No le deis más vueltas. ¡Libertad es ser como nosotras y punto! ¡Lo demás son sectas, comidas de coco! ¡Lo único auténtico soy yo!

(silencio)

—Bueno, nosotras, quería decir...

Pero la extremeña católica, virgen hasta que se casó a los veinticinco con su extremeño, trabajadora como la que más, femenina ¡que no feminista! y rubia de postín, no acaba de ver clara la definición. Mira a esa especie de camionera desamparada que ha acogido en su bar, sucia, rapada, ceniza y zorra, yonki por etapas, adicta a su maromo y a su grupo de mete-puños-en-el-coño, y le parece cualquier cosa menos libre. El burka no puede, bajo ningún concepto, convertirse en un desecho humano más, en una *fist-fucker* cualquiera, y así se lo hace saber. Ell@, Lo, observa sorprendida a la extremeña que le parece cualquier cosa menos libre: enfajada, teñida, obsesionada con la celulitis y deprimida por su contorno de cintura de mesa camilla, enganchada al tabaco y a los piropos de los viejos que se arrastran hasta su bar. El burka no puede bajo ningún concepto convertirse en una maruja más, en una cantinera cualquiera, y así se lo hace saber.

Ambas se miran con enfado y entienden hasta qué punto la maldita tela azul es rompedora de la cohesión social e inesperada amenaza de la civilización occidental. Buenaonda se mira los zapatos, abrumado por tanta discusión y con ganas de fumar. Pack respira con dificultad.

—¡Fuera de mi restaurante! ¡No tenéis ni puta idea de lo que es una mujer liberada! —grita la dueña, abriéndoles la puerta.

—¡Antigua! —le gritan ellos, ya desde la acera. En cuanto se recupere de la noche maldita, Lo dejará bajo la persiana del bar unos trípticos de esos que escribe Matilde y tan bien definen las normas de conducta de una mujer libre.

—¿Y qué vamos a hacer, al fin, con el burka? —se preguntan.

—Integración —propone Buenaonda.

—Liberación —afirma Lo.

Pack tiene su propia respuesta, pero cansado de discusiones no va a compartirla. Segregación. Hay que cerrar el barrio. Se acabaron los cambios de acera, las medias tintas, los burkas y las tetas. El Raval será marica y será, por fin, un barrio digno.

Cerramos por Sant Antoni, eso está bien, y del otro lado por las Ramblas, piensa Pack. Por arriba, está clarísimo: Pelai y poco más. Pero el problema es el sur, siempre el maldito sur. Porque una cosa es el Raval Norte, con Joaquín Costa, el MACBA, el Centre de Cultura Contemporània, las terracitas con guacamole y *happy hour* de mojito... Y otra muy diferente, el Raval Sur. La zona gay, mal que nos pese, debería acabar al final de la Rambla del Raval, en la calle Sant Pau y listos. Es una pena, sin duda, pues perdemos mucho territorio. Pero si calculamos las densidades de ambas zonas, la ecuación es evidente. El sur está tan poblado que desequilibraría la balanza y, además, necesitamos un ecosistema parecido al de origen para mandar a las poblaciones desplazadas y que no monten mucho revuelo. Pasada la calle Sant Pau se pueden quitar unos cuantos parques, que sólo sirven para que jueguen los críos, y poner en su lugar edificios altos de protección oficial para que vivan allí tan contentos. Eso sí, hay que compensar emisiones. Así que en los lugares que dejen vacíos, los gays debemos plantar nuevos jardines para salvar el planeta.

¿Renunciamos al Raval Sur? No. Lo anexionaremos en una segunda fase: dentro de quince o veinte años. Cuando todos los armarios estén vacíos y nos hayamos establecido por completo, podremos ir haciendo incursiones para tomar pisos y pequeñas zonas hasta tener ocupada la mayor parte del Raval Sur, que será declarado entonces como territorio propio. Política de hechos consumados. De momento, hasta la calle Sant Pau.

Pack pasa por delante de las vidrieras del MACBA (bendito sea Meier por haberlas puesto allí) y no puede evitar la desolación al verse perseguido por la tetas malditas. Desde hace unos días ya no hay manera de calmarlas. Ni con golpes, ni con porros, ni con valiums. Ni siquiera el insecticida al que ha recurrido en un momento de suprema desesperación han dado resultado alguno. Las muy cabezonas se han instalado en su hombro como el loro de un pirata.

Sus discípulos no lo esperan en una esquina cualquiera del museo, sino que han escogido, precisamente, la esquina donde un grupo de adolescentes ensaya coreografías a medio camino entre el music hall barato y el aerobio deluxe, mirándose en las vidrieras del museo y dando la espalda al mundo. Están absolutamente concentrados, absortos en su reflejo y, al mismo tiempo, consagrando un acto de exhibicionismo que ya quisiera Pack para sí. No lo entiende. ¿Qué gracia tiene exhibirse en el vacío, sin disfrutar de la mirada ante la cual te exhibes? ¿Cuál es

el placer de mantenerse sujeto, pudiendo ser un magnífico objeto? Las tetas se posan un instante en el hombro de Pack. «¿Vosotras lo entendéis?», les pregunta. Ellas se agitan ligeramente y ponen los pezones de punta a modo de respuesta, en un gesto que Pack considera sencillamente fascinante.

—Yo creo que es una cosa cultural —contesta Churri, que ha estudiado antropología y de eso sabe mucho—. En la cultura filipina se aprecia el arte por el arte, más allá de la repercusión que tenga.

—¿El arte por el arte? —contesta Pack, conteniendo una mueca cercana al asco—. Eso es el fin del mundo, maja...

—Sí, mira, te lo voy a demostrar. Francesc! Marc! —dice agitando la mano en dirección a uno de los bailarines—. Vine un moment, sisplau! Es que tengo contacto con ellos, por un estudio que me encargó la Universidad hace unos años —aclara para evitar malentendidos—. Es muy interesante, pero entre estos grupos de filipinos, si gritas Francesc o Jordi o Marc siempre te responde alguno. Es parte de su cultura, evitar los nombres étnicos para favorecer la integración.

Y, efectivamente, de entre las filas de bailarines emerge un bellezón de quince años, en camiseta de tirantes y pantalones raperos.

—Hola, ¿Francesc? Oye, que soy antropólogo y te quería preguntar una cosa muy sencilla que estaba comentando aquí con mis amigos. ¿Verdad que en tu país se le da más importancia al arte que al espectáculo?

Francesc lo mira de reojo, encogiéndose de hombros.

—Què dius, nen? Quin país ni quina merda?

Churri sonríe, haciéndose perfecto cargo de las dificultades del objeto de estudio para estudiarse a sí mismo.

—En Filipinas, cariño, en Filipinas. Francesc le hace una mueca.

—No em ratllis, xaval. Jo no sóc de Filipines. Ho era la meva àvia, colega, jo sóc del Barça. I tu? Ets marica o què et passa?

Churri se gira hacia sus amigos y, sin darle mayor importancia, concluye:

—Exacto, ésta es la explicación «emic» a lo que yo os contaba. En Filipinas aún conservan la pureza de lo auténtico.

Pack está perdiendo la paciencia. Aquí no han venido a entender por qué narices los filipinos en Barcelona se hacen llamar Josep. Aquí hemos venido a hablar de cosas serias y que no pueden esperar.

—¿Estamos o no estamos? —los reta Pack—. Mirad, se trata de ir sembrando la duda, de hacer un poco de guerrilla urbana. He preparado unas pegatinas, unos *flyers* y unas chapas. Es cuestión de repartirlas. Para empezar, yo os propongo una prospección de los negocios del barrio. Vamos mirando cuáles son los que nos ofenden más y tomamos nota. Le metemos una pegatina en el escaparate, como la marca del zorro, no sé si me explico, para hacer presión psicológica. Y luego contactamos tranquilamente con el negocio alternativo y le proponemos un plan. Ya sé que no es fácil que Dolce & Gabbana nos coja el teléfono, pero os recuerdo que yo

soy algo así como un fenómeno de masas local. ¿Ok?

Los discípulos asienten al unísono e inician la marcha por el barrio que, sumido en la rareza, apenas presta atención al grupo de chicos con pestañas postizas, pantalones de cuero y tirantes, (uno de ellos tambaleándose sobre tacones de aguja), escoltados por un bulldog francés y un par de tetas con alas.

«El glamur también es un derecho humano». Con esta frase impresa en pegatinas va marcando Pack los lugares calientes que tiene en mente reconvertir. La zapatería china, que tiene un escaparate precioso destrozado por zapatos que llagan los pies, sería ideal para abrir un Dolce & Gabbana. En la panadería de las gitanas, donde te llevas cinco barras de pan por un euro y te sirven cafés con leche en vaso de cristal, ni que esto fuese Andalucía, se podría abrir un local de sushi. En el Todo a Cien del paki aquel que coge toda la esquina de Carme con Riera Baixa, nada menos, pondremos un Versace. Pero la obsesión de Pack es la tienda de mantas El Indio. Con una fachada modernista, cuatro portalones que te mueren, unos escaparates de impresión donde cabrían incluso modelos vivos que hiciesen allí performances, debe convertirse cueste lo que cueste en una *boutique* Dona Karan. Pack se imagina dentro de los escaparates haciendo el concierto inaugural de la *boutique*, se ve, se huele, siente la sensación de entrar en el mundo DKNY, vestirse con la esencia pura de la metrópolis, morder la gran manzana, succionar el jugo del éxito, lamer los cristales de la posteridad mientras los fans (vestidos de Dolce & Gabbana) caen desmayados en las aceras.

Pero nada de esto sucederá mientras la tienda de mantas El Indio (Lanerias, Pañolerías, Lencería), fundada en 1870 y jodiendo desde entonces, siga ocupando este espacio con sus bragas hasta la cintura, sus camisetas imperio y sus putas mantas con impresiones de tigres de bengala. Pack mira su reflejo en las vidrieras modernistas, mezclado con los paños de cocina que en ellas se exponen. Y nada de esto sucederá mientras las malditas tetas voladoras sigan posándose sobre su cabeza, aplastándole el flequillo y dejando su tupé hecho una ruina.

El glamur también es un derecho humano.

Cuando ©Jor-dee dobla la esquina para llegar a la tienda de Lahore, puntual como cada mañana, encuentra la calle abarrotada de gente, policía y cámaras de televisión. «¡Una desgracia!», piensa aterrado. «¡A mi Lahore le ha ocurrido una desgracia!».

A codazos consigue abrirse paso por entre la gente («si us plau, sóc de la família») hasta cruzar, sudoroso, el umbral de la tienda y toparse con la cruda realidad.

Lahore está pasando su Examen de Integración.

©Jor-dee no entiende.

–Per què ningú no m’ha avisat? Això no es fa així, de sobte. Qui és el responsable aquí? Amb qui he de parlar?

El burka no va a traer nada bueno.

©Jor-dee, que ha pasado la noche encerrado en su estudio, aún no sabe que la ciudad ha sufrido una gran transformación, que la idílica convivencia multiétnica se ha visto truncada por el elemento azul. Fernands y Gonçals han dado la alarma y ahora las brigadas de integración recorren el barrio detectando elementos discordantes. Debemos evitar que los disturbios que aún no se han producido alcancen dimensiones londinenses.

La productora de TV3 hace los últimos retoques al encuadre («El barret cerimonial del senyor Mosso d’Esquadra, si no us fa res, ens agafa massa plànol. Que se’l podria treure? Y el señor guardia civil, por favor, si pudiese quitarse el tricornio, tiene unos reflejos demasiado duros... Muy bien, gracias a todos. Ahora un momento de silencio, por favor. ¡Filmamos intro! Tres, dos, u, acció!»).

«La Brigada Especial BDSM (Barcelona Diversa Sempre Mola) és un excel·lent exemple dels magnífics programes d’integració aplicats a Barcelona (Marca Registrada) i exportats a tot el planeta sota les credencials de les més prestigioses institucions internacionals. L’elecció dels membres de cada unitat es realitza amb visió multicultural, donant lloc a equips com aquest en què conviuen un Mosso d’Esquadra resultat de set generacions de sang amb denominació d’origen de Ripoll, un immigrant xarnego de quarta generació originari de Huelva i una secretària (quota de gènere obligatòria) que té com a funció subtitular les declaracions dels agents en compliment de la normativa sobre les llengües estatals. És des d’aquesta perspectiva de pluralitat d’origens i sentiments que la Brigada s’enfronta al problema de la immigració».

Tres, dos, u, acció!

—¡Los papeles, cojones! (Subtítulos: «Bon dia, documentació»). Lahore, instalado sobre un patíbulo realizado con cajas de verduras, les muestra un permiso de residencia que el amigo de un primo lejano le vendió antes de regresar a su país. Los agentes miran repetidamente la foto de un turco en la cincuentena, con bigote y sonrisa radiante, y la comparan con la cara lampiña y asustada del jovencísimo Lahore. Son la misma persona, está claro. Los y la miembra de la brigada se miran de reojo, resoplando. ¡Con lo fácil que es todo cuando son ilegales!

El Mosso d'Esquadra se gira hacia las cámaras con sus enormes pestañas y una sonrisa indudablemente nacional.

—Li farem al ciutadà nouvingut unes preguntes molt senzilles per detectar el seu grau d'integració. Segons la puntuació obtinguda es procedirà o bé a matricular-lo en un curs de la Generalitat per la catalanització de les minories ètniques, o bé a oferir-li de pagar una multa terapèutica per tal de motivar el seu interès integracional. En els casos més extrems se li donarà com a record d'Espanya (topem aquí amb competències encara no transferides al Govern legítim de la Generalitat) el paquet «Relaxin' cup of café con leche» dissenyat, si se'm permet la rauxa, per la Victòria Beckham espanyola (àlies Ana Botella) i que consisteix en un bitllet d'avió a una destinació turística de primer ordre amb acompanyament d'escolta policial com si es tractés d'una estrella del cinema i uns valiums a càrrec de la Seguretat Social per fer el viatge més agradable a tothom. (Subtítulos: «Vamos a hacer un test para ver cómo va el moro y entonces decidir si se lo mandamos a Marta Ferrusola para que lo apañe, si le metemos una multa o le pegamos directamente una patada en el culo y lo mandamos de regreso a su país, no sin antes haberle retirado las subvenciones que seguro que estos de CiU le han dado aunque sólo sea para joder»).

—Talleu!

La productora de TV3 cambia a los actores de posición.

—No hi ha cap ventilador? Mare meva, quina calor que fa aquí! Podrien deixar una mica d'espai lliure a la porta? Passin cap a aquí, que ens faran de públic!

Tres, dos, u, acció!

—A ver. Empezamos con el Examen de Integración. Primera cuestión: idioma. ¿Hablas español?

Lahore está temblando. Desde que llegó a Barcelona sus primos le han estado preparando para este momento. Cierra los ojos, toma aire, responde.

—¡Sí, señor! Hablo un español de puta madre.

—¡Bravo! Un punto por hablar español.

(El público aplaude).

El Guardia Civil mira satisfecho al Mosso d'Esquadra. Es evidente que hasta los moros prefieren aprender la lengua del Imperio antes que los dialectos regionales.

—I el català? Parles català? —pregunta el Mosso.

—Sí, senyor, parlo català, que és la llengua del meu país d'acollida.

El público lanza un suspiro admirado. También parla català! Tres puntos y ovación. La muchacha en biquini pasea con un cartel en alto: total, cuatro puntos.

Desde el fondo de la tienda en Pepet alza el bastón a modo de queja.

—Un moment! —grita—. Aquest moro parla català amb accent xarnego!

El público murmulla. La brigada delibera. Acento charnego, según los manuales de acogida, quita puntos respecto a los conseguidos por hablar catalán.

—Feu-li la prova de la doble ela! —grita una filóloga desde el fondo.

El Mosso d'Esquadra se acerca a Lahore. Carraspea. Coloca la lengua en una cuidada posición y pronuncia, alargando las eles:

«Lluís Llach, Lluís Llach».

—Yuís Yac, Yuís Yac —responde Lahore.

—No, no, més lateral, menys postalveolar i més velar lateralitzada —instruye el Mosso—. Lluís Llach!

—Yuís Yac —se esfuerza Lahore.

La decepción se instala en el público que pronto sabe, sin embargo, agradecerle el esfuerzo al nouvingut y rompe en un aplauso orgulloso.

El acento resta dos puntos, pero el esfuerzo suma uno. Chica. Biquini. Tres puntos. Aplausos.

—Carallo, manda cojones. ¡Y será que el español no lo habla con acento moro! —reclama el Jacinto.

El Guardia Civil toma ahora posiciones delante de Lahore, con el pecho hundido y las caderas apuntando hacia adelante, chulesco.

—A ver. Pronuncia: Ehpaña!

—Ssssbania...

—Ehpaña!

—Ssssbania? —murmura Lahore.

El público niega con la cabeza: indudable acento moro. La brigada delibera.

—Este jodido inmigrante no habla ningún idioma. Es que manda narices, tú, no hacen ningún esfuerzo por integrarse. ¡Al final tendremos que aprender nosotros inglés para pedirles la documentación, joder! Yo, la verdad, que no le daría ningún punto y así evitamos el efecto llamada.

Chica. Biquini. Cero puntos.

—Segona qüestió: alimentació. Menges porc?

—No, senyor —responde Lahore, aleccionado—. Jo sóc vegetarià. Una parte del público aplaude («carne es asesinato»). Pero los agentes y la secretaria no lo ven claro. Aunque ser vegetariano, por norma general, suma dos puntos gracias a la modernidad (chica, biquini), en el caso de un ciudadano musulmán el tema es extremadamente sospechoso. ¿No será vegetariano para no comer cerdo?

El Mosso d'Esquadra hojea discretamente el manual. Aquí está: *«Es perfectamente lícito que un ciudadano sea vegetariano, si bien en el caso de ser un ciudadano de origen musulmán, eso no le exime de comer cerdo como todo el*

mundo».

Vegetariano musulmán resta cuatro puntos. Total: menos cuatro puntos.

©Jor-dee se empieza a poner nervioso: que Lahore deba puntos de integración no presagia nada bueno.

—Religión. ¿Cuántas veces al año vas a misa?

El sector catalán de la audiencia no está de acuerdo con esta pregunta. Catalunya es un país laico que bastante ha sufrido ya con los obispos y toda su cuadrilla.

—Perdona, perdona —interviene el Mosso d'Esquadra—. El manual no diu res de tot això. Parla només de matrimoni, bateig i d'enterrar els morts com cal.

—A ver. ¿Tú estás casado por la iglesia?

Lahore titubea, respira con dificultad, suda.

—¡Un momento! —se lanza ©Jor-dee—. ¡Protesto! El muchacho aquí presente no puede casarse por la iglesia por ser homosexual. Por lo tanto, exijo inmediatamente o bien que se retire esa pregunta por ser discriminatoria con las minorías sexuales, o bien que la iglesia católica nos permita casarnos inmediatamente, ¡vírgenes y de blanco!

¡Marica!

El barrio entero aguanta la respiración. Lo que nos faltaba, mira tú. Cuando no vienen a robarnos las mujeres, vienen a mariconear. Es que son lo que no hay...

Desde la calle se oyen darbukas y pitadas. ¿Qué sucede? Las asociaciones ciudadanas por los derechos de aquellos que no lo son se han puesto en marcha y ya recorren el barrio exigiendo dignidad. Traen periodistas free-lance, abogados de izquierdas y políticos oportunistas dispuestos a parar todos los juicios que se están produciendo en ese mismo instante.

«La situació en el cas d'aquest judici és extremadament delicada», enuncia la periodista de TV3 mirando a la cámara. «Hi ha un conflicte legal generat pel fet que el ciutadà és alhora nouvingut i homosexual, i pertany, doncs, a dues minories que no tenen pas els mateixos drets. Si se l'ha de defensar en tant que homosexual o en tant que nouvingut és quelcom que només els seus advocats poden decidir. Joana Codonyat, TV3, Raval».

—¡Lahore, mi Lahore! —lo abraza ©Jor-dee cuando todos se han ido al fin—. ¡Han estado a punto de expulsarte! ¿Te das cuenta? ¡He tenido tanto miedo!

Lahore está mareado y tiene ganas de vomitar.

—Ahora no te preocupes por nada. ¿Has oído lo que ha dicho el señor policía? Eres mi moro. Ahora eres responsabilidad mía y todo va a ir bien. Voy a darte clases de integración. Ya verás como en unos meses serás catalán y/o español, según por donde se mire y como el que más. Y ya nadie podrá expulsarte, querido. ¡Nadie! A Lahore le encantaría entender qué está pasando, pero no sabe por dónde empezar a preguntar. Está contento de que todo haya acabado. Y se da cuenta de que la solución ha tenido mucho que ver con su amigo accidental.

—¿Sabes qué vamos a hacer? Cuando cierres la tienda, ven a mi estudio. Está a

pocas calles de aquí y yo paso allí la noche entera. Nadie nos molestará, ya verás. Podremos estar tranquilos, contarnos nuestras cosas y ver a dónde nos lleva el futuro. ¿Te parece?

Lahore asiente. ©Jor-dee se queda tan sorprendido que no reconoce el gesto. «¿Lahore, vendrás?». Y Lahore vuelve a asentir. Irá. ¿Por qué no? Claro que irá. Un ratito sólo. Para darle las gracias por su ayuda.

©Jor-dee no cabe en su cuerpo de alegría. Es tan feliz que levita sobre la calle del Carme en dirección a su estudio para preparar el encuentro con su amor angelical. Va sobrevolando las cabezas de los transeúntes, que lo miran extrañados creyendo que es un hombre anuncio. Pero no lo es. Es un ser enamorado que levita por los aires. Y, qué curioso, en las alturas no está solo, pues se cruza con Rachid que va también levitando queriendo encontrar a Lo. Se miran un instante...

—Aquests moros —piensa ©Jor-dee.

—Estos maricas —piensa Rachid.

... y ambos siguen su camino aéreo varios metros por encima del vulgar asfalto.

©Jor-dee se detiene en la sex-shop y compra de todo: sprays desodorantes para la polla, crema de depilar, condones con sabor a plátano y aquella película cuyo título traducido, *Gola pregon*, le parece el colmo de la poética. Se abalanza sobre un supermercado: ¡nata! ¡chocolate! ¡yogur de frutas! ¡flan! ¿Qué será lo que le gusta a Lahore, además de los plátanos?

©Jor-dee prepara el escenario, el sofá y la calefacción. Busca en internet desesperadamente rock català que seguro anima al pakistaní y le envía un *whatsapp* a Pack diciéndole cuánto le quiere, no sea que el muy cabrón aproveche su ausencia para acostarse con otro.

Lahore llega al caer la noche. Llega y se queda allí plantado, en medio del estudio, sin saber muy bien qué hacer. Els Pets resuenan y el proyector escupe una luz azulada contra la pared. ©Jordee cierra la puerta con llave, sudoroso. Se lo follaría al instante, pero eso sería una violación, supone, y de momento cree que no será necesaria.

—Siéntate, querido, ven al sofá. No te preocupes que le he puesto una sábana encima por si lo manchamos, que este cuero sintético es muy difícil de limpiar. Aquí no debes preocuparte por nada, este es un lugar de ensueño donde la realidad queda en suspenso. Aquí sólo cuenta el arte. Y lo que sucede aquí, en verdad no sucede. ¿Ves lo que quiero decir?

Lahore no ve nada. Está cansado.

—¿Te gusta el cine, Lahore? Es que justo estaba yo viendo una película muy interesante, ¿sabes? Un clásico del cine que seguro que conoces. ¿Te apetece verla conmigo?

Sí, asiente Lahore. Ver una película está bien.

©Jor-dee sonríe. Le ofrece una cerveza y unos taquitos de jamón, que el otro rechaza. Apaga la música, coge el mando del proyector y baja la luz. La habitación queda iluminada por una escena que deja a Lahore perplejo: una mujer de pelo rizado y cara pecosa se come, extasiada y hasta la mismísima raíz, una polla enorme. Está tan concentrada que no advierte que se le cae el moco. El primer plano lo recoge embelesado: polla, pelo, pecas, baba, semen, saliva, moco. Lahore observa con la boca abierta, una boca que ©Jor-dee llenaría de inmediato con su polla. Se queda muy tieso en el sofá, hipnotizado y horrorizado a partes iguales. «¡Esto no es bien!», susurra. Pero ©Jor-dee lo tranquiliza. «Sí, Lahore, es arte, tranquilo».

El pakistaní sigue mirando la pantalla: una enfermera rubia con unas tetas enormes se hace encular por un señor vestido de médico; otra enfermera morena, la del moco, se deja comer el coño por el mismo médico, que al tiempo le mete un dedo en el oje.

©Jor-dee no tiene ganas de muchos preámbulos, no está para hostias. Le pasa la mano por encima de la nuca a Lahore, que le lanza una mirada de reojo asustada.

—Lahore —inicia ©Jor-dee con voz sensual—. Te voy a enseñar tu primera frase en catalán. Repite conmigo: vull un plàtan.

—Plàtan? —contesta Lahore desconcertado—. Plátano de noche no es bien.

©Jor-dee se pone de pie ante Lahore, se baja los pantalones, planta su pene erecto ante la cara del pakistaní y lanza una carcajada atronadora y triunfal, los brazos en las caderas y un balanceo nervioso que lo asemeja a una cantante de jotás peluda y post-punk.

—¡Mírala! ¿No te parece majestuosa? ¡Esto es una polla, Lahore! ¡Una polla catalana, un auténtico fuet de Vic, una llonganissa, una sobrassada, una titola, una verga, un flabiol de venes! Has vist què bonic que és el català? Vinga, fes-li un petonet, Lahore, fes-li un petonet a aquesta cigala tan maca que tinc per tu!

El capullo ardiente de ©Jor-dee apunta directamente a la boca de Lahore, morado, hinchado, palpitante, con una gotita transparente asomando en la punta, como una gota de rocío sobre una flor (carnívora). El muchacho está pegado al respaldo del sofá, aturdido, asustado. Mira a su alrededor para ver por dónde huir, pero sólo consigue ver al maldito médico metiéndole el dedo en el culo a la tía del moco. Según los cálculos de ©Jor-dee, Lahore debería caer de rodillas ante él, adorándolo como posiblemente adoran a los dioses allá en su país lejano, embelesado con la belleza de su pene erecto, agradecido por haber sido elegido entre miles de hombres para recibir en su boca el preciado jugo del extraordinario falo. Pero Lahore no parece estar de humor para adoraciones, bien al contrario.

A ©Jor-dee le va a explotar la polla, se le está acabando su escasa paciencia, no puede más. Reprime el impulso de abalanzarse, coger la cabeza de Lahore entre sus manazas de oso, forzarlo a abrir la boca y meterle la polla hasta el fondo. Le pegaría una hostia, le golpearía la cabeza contra el suelo, lo ataría a la silla para así forzarlo mejor. Pero en lugar de eso se derrumba, cae de rodillas, lloriqueando, y empieza a

acariciarle el paquete al muchacho. El pakistaní sigue en tensión, pero no se aparta. Más bien cierra los ojos y apenas se molesta cuando el artista le baja la bragueta y le saca con delicadeza una polla morcillona que cuelga de lado.

©Jor-dee suspira, consciente de que su plan no iba en absoluto por estos caminos. Sin embargo, piensa, algo es algo. Toma la polla inerte amorosamente entre las manos y se la mete en la boca con delicadeza, la moja, la estruja entre sus labios esperando que el contacto con su lengua la devuelva a la vida. El pene empieza a reaccionar, a volverse vigoroso. Ver la erección del pakistaní le renueva los ánimos hasta atreverse a desabrocharle el cinturón y bajarle los pantalones hasta media pierna. Tiene a su alcance ahora los cojones, que recorre a lametazos y llena de besos, los huevos que le caben juntos en la boca y que agarra en la mano con fuerza mientras los labios se recrean en el pene en un movimiento acompasado que provoca casi al instante el palpitar inconfundible del orgasmo que se acerca. El artista siente al mismo tiempo una especie de frenesí que viene más de la victoria que del sexo mismo. Coge su propia polla, dolorida de la excitación frustrada, y se masturba con violencia. Difícil ser violento con la mano izquierda y delicado con la derecha, aunar tempos distintos. Pero ahí tiene a Lahore, a la polla de Lahore, a su boca herméticamente cerrada. Y la fantasía de tenerlo, aun si no lo tiene, es suficiente para generarle a él también un orgasmo que desparrama semen encima de la polla del pakistaní, que se corre también, lubricado por el esperma caliente del artista, en una mezcla de líquidos, saliva, manos, dedos y capullos ardientes rozándose en pleno espasmo.

Lahore suspira tras la corrida, se coloca los pantalones sin decir nada, sin tan siquiera mirarlo a la cara, y se dirige a la salida. ©Jor-dee lo acompaña cabizbajo, con la cigala fuera y las manos pegajosas. Le abre la puerta y mira cómo desaparece calle arriba, el flequillo cayéndole sobre la cara, los pasos cortos y rápidos, mientras la tía del moco explota en un orgasmo descomunal con el médico de la polla enorme.

Y así de triste se encuentra ©Jor-dee cuando, con varias horas de retraso, a él también le sucede.

La noche improbable del 29 de febrero se abre la sala Apolo con gran expectación. Brigada Rosa es el grupo insignia de la escena gay barcelonesa, un supermercado del glamur que atrae a turistas repeinados y ultramusculados de toda Europa, deseosos de pasar un fin de semana entre semejantes. El cruce de la calle Nou de la Rambla con Paral·lel queda atascado de taxis en doble fila que descargan asistentes al concierto. A pesar de venir de solo unas calles más allá, pocos se han atrevido a llegar caminando o en transporte público: hay un pequeño trecho de ciudad real entre las zonas glamurosas donde se alojan y la entrada de la sala, un trecho infecto que podría romper la ilusión de pluma y seda en la que viven y devolverlos, de un golpe de mirada despectiva, al mundo real. ¡Qué pereza!

©Jor-dee llega acalorado, abriéndose paso a codazos. No puede creer que tenga que entrar, él, por entre el público. Incluso no puede creer que el matón de la puerta no se aparte inmediatamente para cederle paso. ¿No ve que lleva colgada del cuello, bien visible, una acreditación que demuestra que él es diferente y privilegiado? ©Jor-dee debe dar explicaciones, con la prisa que tiene y lo poco que le gusta hablar con subalternos. Que él forma parte de la producción, que lo están esperando, que tiene una acreditación que lo dice bien clarito y que trae el atrezzo, añade señalando a las cuatro personas que le siguen: una vietnamita enana, un pez globo, una locaza vieja y una mariconas en toda regla.

La sala está en plena actividad previa al concierto: camareros y camareras comprobando neveras, técnicos ensayando luces y una operaria acabando de montar la barra vertical que se alzarán en mitad de la platea y que constituye uno de los platos fuertes de la noche.

—La barra es para ti —indica ©Jor-dee a la vietnamita, mirándola por encima del hombro y con cara de asco.

—¿Me cambio aquí? ¿Dónde dejo mis cosas?

©Jor-dee se gira hacia ella enfurecido.

—Oye, bonita. ¿Te crees que eres Scarlett Johanson? Te cambias aquí y la bolsa con tus cosas te la metes en el coño. ¿Vale?

Y girándose hacia las demás, que lo miran boquiabiertas, aclara: «Tranquilas, es puta».

La vietnamita se quita la ropa, se mete la bolsa, efectivamente, en el coño y se enrosca en la barra vertical como un camaleón se enroscaría en la rama de un árbol.

©Jor-dee observa a las otras tres adquisiciones. El pez globo empieza a sudar bajo el abrigo de astracán, los goterones que le atraviesan el rostro dejan surcos en la capa gruesa de maquillajes varios. «Decían que con el botox no se suda», piensa ella. «Y maldita sea si se suda». «La peluca seguro que no te ayuda a estar fresquita, maja», piensa la maricona. «Y con lo fea que es esa peluca, con esos rizos caoba y esas ondulaciones...». Llevan tantos años juntas que la telepatía les funciona perfectamente, como un walkie talkie o un teléfono inalámbrico.

—A vosotras os he traído para que estéis aquí, simplemente.

¿Me entendéis? Sois el contrapunto kitsch, la parte rara. ¿Me entendéis? Quiero que os sentéis allí en los sillones de delante, que se os vea bien. Os pondré un foco encima. Sólo quiero que estéis y que miréis al escenario. ¿Me entendéis o no?

Ellas lo miran con cara de asombro, sin realmente entender nada. ¿Kitsch? «¿Quién es kitsch aquí?», se pregunta la locaza. «Nosotras, nena, nosotras. Que dice éste que la china y nosotras somos las raras».

Las tres se quedan en mitad de la platea, viendo como ©Jor-dee desaparece dando gritos por detrás del escenario. La maricona está triste: en este lugar actuó ella muchas veces, cuando el mundo era otra cosa. Las otras dos también lo hicieron, pero no les da tristeza alguna. La locaza no se acuerda porque tuvo un achuchón hace unos años que le borró parte de la memoria, con la mala suerte de haber perdido precisamente los pocos años dignos de ser recordados. El pez globo está en su mejor momento: para aunar género y biología inició una serie interminable de operaciones estéticas que no la hicieron más mujer, sino menos aerodinámica. Testaruda como es, no pensó que el error era el camino y siguió adelante, reoperando lo ya operado hasta convertirse en lo que es hoy: un pez globo, cuerpo improbable, todo morros inflados, mejillas postizas y tetas imposibles, que ha logrado, sin embargo, tener un nombre propio. Al contrario de las otras, ella es Carmen de Mairena.

Como pájaros obesos embutidos en abrigos de plumas, las tres se sientan en el sofá debajo de una luz verde que les da un aire marciano. Se han pedido un cóctel, ya que paga la casa y porque beber con pajita es la única manera de que el pez globo no chorree por las comisuras de los labios desencajados.

Las puertas de la sala se han abierto y los grupos van entrando tímidamente y distribuyéndose a lo largo de las barras.

—Y dale con la rareza —piensa la maricona—. Yo no sé en qué hemos mejorado, la verdad. Que ya no nos meten presas por llevar falda, es cierto. ¡Es que ahora no hace falta ser maricona para llevar falda porque se ha puesto de moda! Pero por lo demás... Dentro del armario o fuera de él, aquí seguimos siendo nosotras las raras.

—Tú querías normalidad —piensa el pez globo—, pues ahí tienes normalidad. Cuando todo se ha vuelto normal y todo está permitido, esto es lo que tenemos: si no eres como ellos, te meten debajo del foco y a disfrutar de la vista. A mí me va bien, que yo lo que quiero es ser famosa.

La maricona la mira con un odio tan familiar que ya sólo es fastidio. Llevan

treinta años con la misma discusión: ella nunca quiso normalizar el mariconeo, sino anormalizar el mundo, abrir una brecha donde cada cual fuese a su manera. Pero no sucedió: había más diversidad dentro del armario, con lo oscuro que estaba, que ahora a plena luz, cuando el mundo al revés es una réplica exacta del mundo al derecho. Eso sí, con mucha pasta, mucho músculo y hasta con un nombre nuevo.

—Que ahora dicen que son gays, Carmen, que ya ni mariconas quieren ser.

—Es la libertad —piensa— que se la das y ellos se la toman para hacer lo que les da la gana. Es la puta libertad.

El público se está poniendo a tono: las barras están tomadas por los hombres muy hombres, ultrabronceados, rebosantes de músculos y tocados con cabezas rapadas que rebotan la luz. Por la pista juegan las ninfas, que miran de reojo a la vietnamita y al pez globo, aguantándose la risa nerviosa, con la cara entre las manos, dejando sobresalir tan solo un trocito de las gafas de pasta por debajo del flequillo, lo justo para intuir sin acabar de ver. Algunas empiezan a bailar totalmente concentradas en las miradas que atraen, en lo que será el primer paso de las danzas de apareamiento de la normalidad invertida.

En los camerinos, Pack estudia la pose frente al espejo, guiado por la mirada artística de ©Jor-dee. Se cuelga la guitarra del hombro, dejándola caer, como desfallecida, a la altura de la cadera, fingiendo desgana. Las piernas apenas separadas, los pies ligeramente torcidos hacia dentro, los hombros deprimidos. ¿Está bien así? Muy bien, mi amor ¿Y cuándo bajo la cabeza? Muy bien, mi amor. ¿Pero el flequillo cae bien sobre la cara? Muy bien, mi amor, muy bien.

Pack sale a escena vestido a imagen y semejanza de sus seguidores. Pantalón tejano, zapatos bicolor, camisa de cuadros sin mangas, tupé, gafas de pasta y ese aire de adolescente que levanta pasiones. Pack habla a su público con tono afectado, languideciendo como el poeta en ciernes que es.

Desde la barra, Lo lanza una mirada asqueada de ver tanta gente enclenque, tanta fragilidad fingida. Buenaonda se mantiene pegado a la pared. Se niega a alejarse ni un centímetro del muro, ni siquiera para buscar su bebida. Un hombre nunca debe dar la espalda a un homosexual (con todos los respetos). No es una cuestión de homofobia, en absoluto, sino de conocimiento y sentido común. Buenaonda siempre toma estas mismas precauciones, incluso con ©Jor-dee al que quiere sin embargo con un amor casi sincero. «No, en Mar del Plata —miente— no le hubiese dado bola a un marica. ¡Che, vos sos loca! Pero acá, viste, las cosas cambiaron. Vos no podés ser el mismo chavo acá que en Mar del Plata —sigue mintiendo—, las circunstancias de tu existencia se vieron modificadas, vos no podés... La cual cosa no viene a significarse que vos tengás de repente que aceptar de manera normalizada que un puto, un gay que decís los modernos, se pueda instalar en vuestra espalda. Porque vos sabés donde acaba la espalda, ¿sí? Y hay lugares que un hombre, sabés, un hombre digno de serlo, debe guardar».

©Jor-dee apenas puede contener la emoción de ver a Pack en el lugar que merece,

engrandecido al frente de su banda, espléndido, apoteósico. Ha pasado unas semanas frenéticas modificando las letras de su repertorio, obsesivo. Apenas ha tenido tiempo de ensayarlas, pero no importa: Pack es un animal escénico que se crece en la improvisación. Te quiero / me quieres, te quiero / me dejaste, te dejé / me quiero, te odio / me dejaste, me odio / te dejé y todas las demás combinaciones posibles o imposibles del amor y el desespero barato han hecho un hueco a un elemento nuevo: el gueto. Queremos un barrio digno, queremos un Raval gay. Esta es la respuesta a todas las súplicas, la solución a tantos siglos de oscurantismo y pogromos: la Tierra Prometida para el Pueblo Elegido, la raza pura, la verdad absoluta.

En el Raval Gay los problemas se habrán acabado (predica Pack en sus canciones) porque, como todo el mundo sabe, los problemas vienen siempre de los demás.

Buenaonda está escandalizado. ¡Estos boludos tanto quejarse de la discriminación y lo único que querían era convertirse en discriminadores! Tantas manifestaciones pidiendo la igualdad...

¿Quién iba a pensar entonces que querían igualarse hasta en lo malo?

Lo, sin embargo, parece tan tranquila. Está muy entusiasmada coreando «Ragay, Ragay» con el resto del público, convencida como está de que el discurso no va contra ella. Todo el mundo sabe que la heterosexualidad es basura decimonónica, un atraso. ¡Ragay, Ragay, Ragay!

El concierto desata muchos aplausos, muchas emociones desbordadas, muchos corazones en un puño, muchos suspiros, muchos tarareos, muchas lágrimas apenas contenidas.

En el fondo del escenario una pantalla proyecta imágenes sepia de gente joven y delgada, colmo de la languidez y prueba innegable de la superioridad racial del moderneo sobre los seres mortales. ¡Qué bonito es el mundo aparte! Mientras fuera la gente se ensucia las manos sobreviviendo, se parte el lomo trabajando, se deja los dientes mordiendo una vida dura como un zapato viejo, aquí estamos nosotros, tan bellos, en la nube pulcra de la intelectualidad, almas superiores, sensibilidades extremas. Pack, por fin reconocido, idolatrado, deseado hasta la náusea, se desdobra, múltiple como es, para mirar el todo desde la distancia. Encaramado a uno de los focos, enciende un cigarrillo.

—¡Dios! —exclama en éxtasis—. ¡Qué canciones más tontas soy capaz de componer y qué éxito tan extraordinario tienen!

Desde el techo de la sala se deja hipnotizar por la visión de la masa solidaria y uniforme de hombres movidos por un mismo impulso, contrapuestos y a la vez confirmados por la rareza de esas viejas glorias que ©Jor-dee, con gran criterio, ha sentado en el sofá. Y por la vietnamita, claro, que es puta.

—¿Sabes, Jeff? Esto forma parte de un sueño que va mucho más allá de mi carrera, incluso más allá de mi persona. Somos el espíritu de Barcelona, la mejor ciudad del mundo. ¿Conoces New York, Jeff? Yo no, pero no necesito conocerla para decirte una

cosa: New York es una puta mierda. No viviría allí por nada del mundo. Al contrario, me dan pena sus habitantes, por mucho que tengan a Woody Allen, a *Friends* y a las Twin Towers (bueno, eso ya no). No te digo hace unos años, pero hoy, en el presente, Barcelona ya no tiene nada que envidiarle. Por cada MOMA que tienen, nosotras tenemos un MACBA, por cada Central Park una Ciutadella, ¡qué digo!, incluso un Parc Güell, por cada Dona Karan (y eso sí que me duele un poco) tenemos un Custo. Nos faltaba la escena musical. Pues bien, aquí está, delante de tus ojos, Jeff. Indie y vanguardista como la que más. Réplica exacta de las otras escenas indies de las capitales del mundo. Y para colmo, Barcelona tiene playa. ¿Acaso puede New York (y ni te nombro a Berlín, París o Londres) competir con eso?

Jeff, francamente impresionado, reflexiona con la vista perdida.

—Cuánta razón tienes, Pack. Sin embargo, en la búsqueda de la propia identidad debería entenderse el pasado como forma del presente. *You know what I mean?* —apunta mientras se atusa el flequillo con ese gesto suyo que le queda tan bien.

—Entiendo tus circunstancias, Jeff —reflexiona Pack sin dejar de observar la evolución de Paco sobre el escenario—. Comprendo que quieras defender tu legado y, sin duda alguna, tú formas parte del presente, no sólo de New York, sino también de Memphis, Tennessee (si me permites que la nombre), tanto como el propio Elvis, Aretha Franklin o Justin Timberlake. En Barcelona no tenemos un pasado musical glorioso, cierto, nada comparable con Liverpool o Detroit. Por eso hemos tenido que cortar con todo radicalmente y olvidar a la Companyia Elèctrica Dharma, a Peret y sus lolailos... Todos muy catetos y faltos de glamur. Barcelona, como ves, ya no es eso, afortunadamente. Hemos sabido crear una identidad enraizada en la nada, en el aire. Aún mejor ¡enraizada en el aire de los demás! ¡Hemos conseguido ser una copia de lo más original! ¿No te parece grandioso?

—Te estás olvidando de mí, querido —replica Jeff, clavando una mirada punzante en los ojos de Pack—. Recuerda que yo crecí en Barcelona e incluso tengo un tema dedicado a la ciudad con el sampler de una sardana: *La Santa Espina*, nada menos.

Pack entorna los ojos para distinguir mejor los rasgos del espíritu que está sentado, junto a él, en la penumbra del techo.

—¿Jeff? ¡Qué cosas tan raras dices! A veces no te reconozco.

—Y yo no entiendo por qué te empeñas en llamarme así —le contesta, divertido—. ¿No me estarás confundiendo con el espíritu de Jeff Buckley, verdad? ¿En serio crees que Jeff hubiese cambiado un legendario baño en el Mississippi escuchando a Led Zeppelin por un chapuzón en la Barceloneta escuchándote a ti? Fíjate bien. ¿No me reconoces? He venido hasta aquí para ver la consagración de mi heredero. ¡Soy el espíritu de Manolo Escobar, soy tú mismo hace cuarenta años! (*Risas atronadoras, rayos y centellas*).

Aterrorizado, Pack intenta librarse del lío de cables que lo atrapan y le impiden saltar hacia el escenario para salvar a Paco de la desgracia que está a punto de suceder. «*Aunque me dieran el oro del moro / el poderío del rey Salomón / lo dejaría*

si a cambio de todo / se me negara mi pueblo y mi sol».

Dando un salto más acrobático de lo que cabría esperar en un hombre de su edad, Manolo Escobar se planta encima del escenario (ovación), agarra del hombro a un Paco liberado del yugo opresivo de Pack y, desplegando un micrófono desde el sello de oro de su dedo anular, entona: *«Porque aquí donde nací quiero vivir / y respirar como respiran los pastores / llenar mi corazón con la bondad / que me darán al despertar los ruiseñores».*

El público se queda atónito, sin saber qué reacción debe tener. El giro es tan original que ni l@s blogger@s saben si ésta será una tendencia a seguir. Afortunadamente, una periodista musical rompe en aplausos marcando la pauta que inundará la sala entera para desespero de Pack. Paco está encantado de ver a su ídolo (secreto) a su lado en escena. ¡Qué sonrisa, qué porte, qué elegancia! Y marica. ¡Siempre supo que siendo tan guapo tenía que ser marica!

«Si me sacaran de aquí, de mi pueblo / donde vieron cantar y crecer / le pediría a Dios de los cielos / que me dejara volver otra vez. / Porque yo no cambiaré por la ciudad / donde crecí como las plantas y las flores / y pondré mi corazón en recordar / que me dejé a lo mejor de mis amores». Pack se rompe la garganta gritándole a Paco, tratando de volver a introducirse en ese cuerpo ingrato que está bailando un pasodoble sobre el escenario con el almeriense. Felices, entrelazan sus manos agarrando el micrófono y, con mirada amorosa, se lanzan al estribillo unidos en una sola voz: *«Olé mi pueblo, por que tiene simpatía sin igual / Olé mi pueblo, que la tierra lo ha elegido por altar / es un rincón tan bonito, como la luna y el sol / en este pueblo chiquito, tiene su trono el amor / Olé mi pueblo, altanero que presume de sus cosas / Olé mi pueblo, más bonito que los nardos y las rosas».*

«¡Bravo!» gritan Ana Torroja, Miguel Bosé, Sabina, Víctor Manuel y todo el catálogo de cantantes-poetas de esta fecunda tierra. «Visca!» gritan Marina Rossell, Els Pets y Sopa de Cabra. «¡Ole!» grita Carmen de Mairena desde su sofá de rarezas. Henchida más de lo físicamente aceptable por la emoción del momento, Carmen se eleva. Sus pies amoratados no tocan el suelo y, como un globo de helio, vuela sobre las cabezas danzantes hasta posarse también ella sobre el escenario que cruje bajo su presencia.

—¿Me concedes este baile?

Manolo Escobar, generoso, besa la mano de Paco y toma la cintura inmensa de Carmen, la atrae contra su cadera y le muestra su sonrisa intemporal de héroe americano a la española. Arropados por el cante de Paco, que desgrana todas las estrofas adoradas desde el *Porompompero* hasta *Mi carro me lo robaron*, en la sala Apolo se produce el evento cultural más auténticamente genuino que ha visto Barcelona desde los tiempos de la rumba. Azuzada por la grandeza histórica de la gesta, Carmen de Mairena da rienda suelta a su arte y en el escenario central de la mítica sala le pega un bocado en los morros al incombustible Manolo Escobar y, tras descubrir la delicia de su boca, lo devora por entero como una boa constrictor

devoraría un sombrero. La boca, el cuello, las orejas, (la peluca no, que es indigesta), los pechos, la barriga, el pene descolgado, las rodillas trémulas. Al acabar de masticar la última uña del pie del Hijo Predilecto de El Ejido, Mairena alcanza el éxtasis: un orgasmo que recorre la sala como una corriente de aire y explota en un techo de fuegos artificiales.

No hay ovación.

Incomprensiblemente, tras el orgasmo se hace el silencio. Paco está desnudo sobre la escena, carne albina y huesos quebradizos, miseria y hedor. Sonríe hipnotizado, feliz de haber entregado su alma misma en esta actuación, de haberse dado por completo.

Pero no hay aplausos. Sólo desde el fondo llega el llanto desconsolado de Pack, que rebota contra las paredes, magnificándose.

Se encienden las luces. Paco sangra por la nariz, ©Jor-dee vomita, Lo retiene un orgasmo y Buenaonda tiembla. La maricon y la locaza aplauden, encantadas. Carmen, tras la ingesta, está cagando, homenaje póstumo a la tradición catalana del caganer y el cagatió. Y de su ano expandido nace una criatura celeste, mitad pez globo, mitad cantante de copla, que se mira en los ojos de Paco y, como en la eucaristía, lo reconoce en su cuerpo y en su sangre. A pesar de las súplicas de Pack, la criatura irá a posarse al hombro de Paco, junto a las tetas aladas, y ya no lo abandonará jamás.

No hay nadie más en la sala. El público, aburrido de tanta verdad, hace mucho que salió a dibujar, desde un taxi, el futuro del Raval.

La polla, Chus, los coños peludos, Paco, Lahore, Garganta Profunda o Gola Pregona y ahora, encima, Manolo Escobar. El arte, el MACBA y el sexo cerrando todas las ecuaciones, todas las combinaciones posibles de significados y significantes. Paco, tan ridículo expuesto en el escenario, y Jordi, tan estúpido arrodillado ante un moro cualquiera. Pack, patéticamente desnudo. Lahore, heroicamente vestido. La humillación, despojada de sus ropas el alma y no el cuerpo. La mierda y el burka, al fin.

Mientras la ciudad se pone a discutir cómo puede una mujer vestir su cuerpo o dónde debe un hombre desnudar su alma, el cerebro artístico de ©Jor-dee crea. La verdad deshonestas, la máscara como desvelo, el acto de liberación ficticio, la huida lúdica de la mentira perpetua, de nuestra muerte cotidiana. ¿Quieres desnudarte, amor? Desnúdate. Has tersado los músculos en el gimnasio, has bronceado la piel en el solarium, has alisado el vientre con la Dieta Dukan, has borrado las arrugas con inyecciones de botox. ¿Dices que la vida te ha dejado marcas indelebiles? Maquíllalas, amor. Y cuando no quede nada en absoluto que mostrar, ya podrás desnudarte. ¿Dices que aún así se nota tu miseria? ¿Que se trasparenta a través de la piel? Qué fastidio, mi amor. ¿Quién te va a querer así, tan terrenal? Cúbrete, amor, tápate tanto que no se reconozca nada. Disfrázate. Escóndete bajo un burka que te evite los dolores, que amordace los fantasmas, que los meta en el armario y nos deje seguir adelante como si nada. ¿Para qué sufrir? ¿Para qué entender? Tapemos la mierda, amor, construyamos una Rambla del Raval que atraviese nuestras entrañas, llenémosla de cemento y camareros mal pagados, llenémosla de putas sin papeles y hagamos un estudio sociológico para entender si follan por vicio o follan por dinero, escondamos la miseria, diseminémosla por la ciudad, mareemos la perdiz, mintamos, giremos la cara, miremos hacia otro lado y suscribamos teorías que nos justifiquen. Llamémosle moderneo, llamémosle libertad, inventemos nombres que eviten nombrar lo que somos: mentiras con polla y mentiras con coño, seres acojonados, cobardes que no pueden mirarse a la cara y decirse en voz alta quién son.

Haremos algo grande en el MACBA, mi amor. Nos vestiremos para desnudarnos, para ser lo que somos sin pasar esa vergüenza tan mala que nos has hecho pasar esta noche. Tú podrás ser el cantante de copla que siempre deseaste ser, y yo... Bueno, yo ya veré lo que hago. Convocaremos a una gran bacanal de sexo y burkas para demostrar al mundo que somos libres. Libres de mentir, de follar y de morir.

Se llamará **PornoBurka**.

—¡Atenta, Judygarland, aquí vienen!

Pensamos en irnos a dormir cuando la sala se vació, pero nuestro infalible instinto de sabuesas nos dijo que aquí había algo más que investigar. Aquí está: Concepción (Conchita) sale de la sala Apolo hecha una fiera y unos zorros, pegándole gritos a Buenaonda, que no tarda en quedar atrás. Reaccionamos rápido y llamamos a Mercè, a pesar de las altas horas de la madrugada, para avisarla de que llegaremos más tarde aún, que estamos investigando el caso de la hija punki del ovejero, cosa que no es más que la pura verdad. ¡Ya nos gustaría tener algo que esconderle a Mercè!

Lo (Cookie) se adentra en el Raval y zigzaguea hacia la tienda Amor y sexo sexy que se anuncia como el sex-shop 24/7 más enrollado de Barcelona-la-mejor-tienda-del-mundo: local diáfano, puertas abiertas, música *cool* y una dependienta con tetas de plástico y ultrabronceada recibiendo a la clientela con una sonrisa de flúor. Concepción (Lo) camina decidida entre las estanterías y nosotras la seguimos de cerca, vigilándola, disimulando, escurriéndonos sin perder detalle de todo lo que toca, mira y consulta. ¿Qué busca? La dependienta hace sonar sus tacones por el pasillo encerado, aprovechando el movimiento para agitar su melena lisa.

—¿Te puedo ayudar? —le pregunta, solícita.

—Sí —contesta ella—. Quiero una polla. Quiero tener polla. ¿Tienes uno de esos cinturones?

—Sí, claro —contesta ella, encantada.

Bollera, clasifica. Lesbiana con necesidad de polla, lo cual es contradictorio, piensa. Según la guía de la buena vendedora de Amor y sexo sexy, las lesbianas compran menos que los gays pero se llevan cosas más caras. Y según la memo que mandaron hace unos días desde la central, la consigna de este mes es vender Ungaungas, de fabricación china, y Vibrapods, una polla conectada al iPod «que vibra al ritmo de la música que más te gusta».

—¡Qué graciosa! —contesta la dependienta buscando complicidad—. A mí también me encantan estos juegos. Ahora mismo te iba a ofrecer una que tenemos a súper buen precio y que está teniendo mucha, mucha aceptación entre las chicas.

Y de una estantería hace emerger el Ungaunga, un enorme pollón negro azabache con las venas en relieve y el capullo rojo. Lo (Concha) hace un gesto de repulsa: necesita algo muy, muy pequeño, que casi no se note.

La dependienta la mira confundida, las pestañas aleteando y la sonrisa congelada.

No recuerda exactamente qué significa que una lesbiana rechace el Ungaunga, ni recuerda qué debe hacer ahora. Sonreír, seguro.

-Quiero una polla de culo. ¿Entiendes?

A la dependienta se le ilumina de nuevo el rostro y se vuelve a poner en marcha. Su cabeza repasa el apartado culos del manual.

-¿Culo abierto o culo estrecho? —pregunta, diligente.

-Culo estrecho —concluye Lo.

¡Estupendo! Gira sobre sus tacones y se va dando saltitos al almacén. Este es el mejor momento de la venta, lo que más le gusta en el mundo: cuando descubre exactamente qué necesita la clientela y demostrar así que su trabajo es útil. Porque a ella le gusta hacer feliz a la gente, le gusta ayudar. Y cada vez que alguien sale de su tienda en dirección a un maravilloso orgasmo, su satisfacción es inmensa. Se siente realizada. Como mujer y como madre. Es feliz. Y con esa misma felicidad regresa del almacén con el más perverso de todos los instrumentos que allí se venden: un cinturón de raso con incrustaciones de perlitas que sustenta una polla diminuta de color rosa chicle.

Cookie (Lo) lanza una mirada horrorizada que la dependienta no sabe interpretar.

-Es monísimo, ¿verdad? —pregunta.

Conchita (Concepción) agarra el artilugio con la punta de los dedos, alejándolo como si fuese una mofeta, una serpiente de cascabel o una mala noticia.

-A tu chica le va a encantar. Es el último que me queda. A todas las tortilleras os vuelve locas, no sé por qué. Debe ser el color, ¿no?, que os hace reencontraros con la feminidad que también lleváis ahí dentro...

Ella, ello, la mira a los ojos, fijamente, desde muy cerca. Las puntas de las narices a punto de rozarse, la rabia saliéndole a borbotones por las comisuras de los labios.

-Mira, gilipollas, yo no tengo chica. Yo le voy a meter la polla por el culo a mi novio o al primer tío que me deje como prueba de bio-igualdad sublimada en el capitalismo tardío. ¿Pillas?

La dependienta, paralizada, repasa mentalmente las veintisiete páginas con fotos artísticas en blanco y negro del manual de ventas patrocinado por una fábrica de lubricantes y, definitivamente, en ningún lugar está escrito que un vibrador y/o consolador pueda utilizarse para penetrar a un chico hetero. ¿Qué sentido tendría eso? Para penetrarse ya están los gays, ¿no? Si las chicas ahora nos ponemos a penetrar, ¿en qué nos convertimos? Seremos unos marimachos como otros cualquiera. Ya está, todo el planeta lleno de tíos, sólo tíos. ¡Las chicas nos extinguiremos definitivamente!

Y a medida que se imagina un mundo sin tacones, sin alisados japoneses y sin anticelulíticos, un movimiento sísmico se instala en su cuerpo y la va agrietando como a una muñeca de arcilla hasta partirla, literalmente, en dos mitades casi simétricas que se abren y caen al suelo, ¡puf, puf!, como un tronco bajo el hacha de un leñador.

Conchita (Lo) no se inmuta. Conoce estos procesos y sabe que son dolorosos,

pero necesarios.

—Saldrás de ésta, hermana —se limita a decir mientras pasa por encima del ojo, la media boca, la teta, el medio ombligo, la pierna y el pie—. Saldrás de ésta, y lo harás renovada —dice como para sí misma, mientras se resigna a agarrar el artilugio rosa chicle por la cinta de raso y salir de la tienda.

Nos ponemos a llorar. De pie, con los hombros sacudidos de la emoción y la mirada agradecida al cielo. Lloramos de alegría e incredulidad, con una felicidad violenta que nos libera de años de dudas, y nuestro llanto se une a los aplausos de los querubines que surgen del cielo abierto sobre nuestra cabeza. El sol de madrugada entra a borbotones en la tienda, reflejándose en la hilera de consoladores metálicos, y la vida se renueva en nuestras venas. Los pájaros urbanos cantan como gorrones. Las flores crecen bajo las baldosas mugrientas. Las campanas de la máquina tragaperras de la vida se ponen en línea y un alud ensordecedor de miles de millones de monedas de oro se despliega a nuestros pies. ¡El gran premio de la vida nos ha tocado a nosotras! ¡Jaume Rovira y Judygarland, detectives por más señas, acabamos de alcanzar la mismísima Ciudad Esmeralda! ¡La recompensa a todos los años de pasar hambre, frío y miedo en las putas calles de la ciudad con la remota esperanza de que esto, esto que ahora tenemos ante nuestros ojos, fuese algo más que una idea apenas esbozada en algún título porno, posiblemente japonés! ¡Por fin hemos encontrado a la auténtica mujer barbuda, a la única, la incomparable hembra heterosexual reversible! ¡La mujer que sabrá penetrarnos sin dejar de ser una mujer y sin pedirnos que dejemos de ser un hombre poseído por una muchacha imaginaria!

Ahora sólo tenemos que follar con ella.

Cookie (Concepción) sube las escaleras de su casa de dos en dos, abre la puerta de un golpe, como un cowboy entrando en la cantina, se quita la ropa y se coloca el cinturón con la pollita en ristre. No es fácil: no entiende si hay que pasar la pierna o la mano, si se abrocha delante o detrás. («Mierda cinturón. ¿Cómo coño se usa esto?»). Después de un rato de forcejeo consigo misma se mira al espejo para comprobar el resultado. Tiene una cara espantosa, hay que reconocerlo. Es la coca y el trasnoche. Y el pelo sucio. Y la mala alimentación que le está dejando la piel de un color cetrino repugnante. Y para rematar el conjunto, sólo le faltaba «eso». Si al menos fuese de otro color. Pero no lo es, qué le vamos a hacer. No por eso dejará de usarla, está claro.

Buenaonda duerme hecho un revoltijo de sábanas y mantas y pelos y calcetines. Huele mal, ronca, está gris. No importa. Ha llegado la hora de la verdad. Y la verdad, a menudo, apesta.

—¡Buenaonda, despierta!

Debe repetirlo varias veces, tan profundos son el sueño y el cuelgue de su novio. Cookie (Concha) lo mira y debe hacer un esfuerzo para que el enfado, la ira, no se retire y deje paso una vez más a la ternura. Pobrecito, es que está muy enfermo. Su infancia, ¿sabes?, que fue muy dura porque su madre no le dio cariño.

O su padre no le entendía.

O su prima le miraba mal.

O en el colegio se reían de él.

O el tendero de la esquina le devolvía mal los cambios...

... y el pobre está traumatizado, disgustado con el mundo y lo paga conmigo. No puede evitarlo. Pero en realidad él me quiere mucho y cuando no me trata mal, me trata bien. Aunque me miente, vale, me explota, sí, me utiliza, claro, me engaña, desde luego, pero esa es su forma de querer.

—Quiero follar —replica Lo (Cookie).

A Buenaonda se le dibuja una sonrisa en la boca. Hace un hueco en la cama, aparta las sábanas y las mantas («vení acá, pibita mía») y le lanza una mirada que se torna de inmediato horrorizada.

—¿Qué es eso que llevas puesto, che? ¿Estás loca?

Concepción (Lo) sigue en pie, desnuda, con la polla rosa chicle, delante de la cama, inamovible en su decisión.

—Buenaonda, no te rías. Esto no es sólo una polla, esto es nuestro futuro. Es ahora o nunca. No quiero seguir viviendo en una mentira.

—¿Tú no quieres seguir viviendo en una mentira? —miente, a su vez, Buenaonda—. Te voy a contar cuándo empezó la mentira: el día que decidiste dejar de ser una mujer y quisiste que yo dejase de ser un hombre, boluda, y empezaste con toda esa historia de putos y lesbianas y maricas y bolleras, todos revueltos metidos dentro de ti. ¡Tú no quieres un hombre, Concha, tú quieres un milagro! Y yo, milagros no puedo hacer.

(Se cierra el telón. Por delante queda Lo, desnuda, con la polla destrempada aún atada a la cadera y el perfil inconfundible de Cuenca dibujándose en su espalda).

Publicado en marzo 2012 por ©Jor-dee

PornoBurka , *a build-in sexscape*

PornoBurka es una propuesta performativa que interroga sobre los conceptos de actor-autor a partir del uso de una máscara arcaico-postmoderna como es el burka, símbolo último de la alteridad espectacular, de la dominación del macho heterosexual que perpetúa las tecnologías de su especie en el espacio público.

PornoBurka propone a los creadores-espectadores diluir los conceptos preconcebidos del pensar-realizar, apropiándose de la revolución porno-feminista para escenificar el choque de civilizaciones dentro del espacio conceptual museístico a través del acto panóptico de velar-desvelar, de implosionar la dialéctica migratoria deconstruyendo el pene como generador universal de rizomas a-significantes y el burka como esencia de la máscara fundacional. Mediante el uso del velo-burka nos lanzaremos a una orgía pan-asexual liberadora del cuerpo y fijadora de conceptos de consumo occidental, en un acto de reapropiación y reasignación del imaginario post-terrorista oriental.

Lugar: hall del MACBA

Día: martes, 12 de abril

Hora: 19.30h

Dress-code: burka

Respuestas a **PornoBurka**

Arteparalasmassas dice:

El simulacro post-moderno se cifra en la videocultura de la hipervisibilidad.

LiberadPalestina dice:

El arte contemporáneo está ocupado por el discurso sionista. Seguiremos luchando hasta la victoria, siempre!

Susy dice:

Oh God, I love Barcelona!

Penisenlargement dice:

There are literally hundreds of adverts and articles on penis enlargement —your

inbox probably suffers as a result. They talk of the amazing, «unbelievable» results that can be achieved. The only honest word here is «unbelievable». Save your money. Nothing currently on the market has a permanent affect on increasing penis size.

Muslimboy dice:
Allah uakbar!

BettyBoo dice:
¿Puedo ir vestida de enfermera cachonda? Es que a mi novio le gusta más...

Art dice:
La mirada que se pliega sobre lo hiperreal se da la mano con la violencia desquiciada. ©Jor-dee, allí estaremos. (Por cierto, ¿sabes dónde podemos comprar un burka?).

—Buenaonda se ha ido.

Paco escucha la voz como en sueños, incapaz de entender si forma parte de una pesadilla o si realmente Lo está hablándole desde un lugar indefinido que bien podría ser su teléfono móvil.

—¿Paco, me oyes? ¿Estás ahí?

—...

—¿Paco? Buenaonda se ha ido.

No sé muy bien qué ha pasado en casa de Lo. Yo estaba como borracho aún de la noche anterior, atontado creo de tantas emociones fuertes. Y he tenido que salir corriendo, sin maquillarme, casi sin peinarme el tupé, demacrado, verde, sucio, con un olor ácido pegado a la piel y, perdonadme, dándoos esquinazo. Me he calado una gorra hasta las cejas (no quería que los fans, quién sabe si la prensa, me reconocieran por la calle) y he llegado corriendo al piso de Lo. Estaba medio envuelta en las sábanas, llorando, desnuda, abrazada a un retrato suyo y de Buenaonda, con un cinturón de polla rosa chicle amarrado a su cadera. ¡Menudo cuadro! ¿Y qué queríais que hiciera yo? Me he sentado en un borde de la cama como si visitase a un enfermo en el hospital, tratando de ser amable, pero con miedo a contagiarme algo y el asquito metido en el cuerpo por ver tanta decadencia. Me ha contado lo que ya sabía porque me lo ha contado mil veces, sólo que esta vez en serio y entrecortada de llanto. Me ha dado pena, imagino. Y al final, vamos a ser sinceras, yo me meto por el culo hasta el cucharón de la sopa, ¿no? Hay momentos para demostrar la amistad, en los que estás o no estás. Así que he aceptado, no sé ni cómo, pero he aceptado. Tal vez incluso he promovido yo un poco la idea, es cierto, porque ella no podía ni pensar. Eso sí, todo ha sido bajo condiciones sanitarias estrictas, no se fuese a pensar que aquello era un polvo. ¡Ni mucho menos! Ella necesitaba penetrar, ¿no? Vale, pues penetremos. Pero nada de besitos, ni de gemidos, ni de sudar: nada de follar.

Lo hicimos de la siguiente manera: mientras ella buscaba desesperada las flores de Bach por toda la habitación, yo escribí en un papelito las instrucciones: *chuparme el agujero del culo, con suavidad primero, dando pequeños toques con la lengua en el ojete e ir aumentando la intensidad del lamido, succionar, pasar la lengua entera, chupar, darme cachetes en los muslos y seguir lamiéndome el ano. Penetrarme durante un rato con la punta de la lengua y cuando los músculos empiecen a ceder, acompañarla de un dedo sin forzar hasta que se va deslizando con facilidad. Entonces ir introduciendo más dedos, sin dejar nunca de lamer. Escupirme de vez en cuando, de manera sonora, y acompañar el escupitajo de una palmada fuerte en mis muslos. Pinzarme los pezones con los dedos de una mano, tirar de ellos, morderme la espalda, el culo, morderme las piernas, aumentar la presión sobre el ano, meter más dedos, más fuerte, más profundo, tirarme del pelo, escupirme, golpearme, insultarme. Y cuando esté sometido como un perro, con el culo en alto y la cabeza hundida en la almohada, agarrado con fuerza por la nuca, inmovilizado, sólo entonces meterme la*

polla con fuerza y hasta el fondo mismo de mi cuerpo.

Apagamos la luz para hacérmelo más fácil, aunque en la oscuridad ella no podía leer las instrucciones. ¿Qué hacemos? ¿Ponemos velas? ¿Y si sostengo una linterna mientras tú lees y vas haciendo? Complicado... Afortunadamente, Lo ha recordado sus tiempos de marimacho, cuando le dio por hacer excursiones en la montaña, y ha podido rescatar de unas cajas un casco con linterna que nos ha ido de maravilla. Le he pedido que se gire hacia la pared mientras yo me desnudo y, especialmente, mientras se desnuda ella, y me he puesto sobre la cama a cuatro patas. Y entonces ella se ha puesto a hacer su trabajo con una sabiduría que me ha dejado pasmado, la verdad. Me ha tomado el culo entre las manos, hundiendo su cara en mi raja, oliéndome profundamente, respirándome mientras sus labios se han abierto para liberar una lengua húmeda y caliente que me ha empapado de saliva el culo, la raja y los huevos. Sus manos me han clavado las uñas en la piel y un escalofrío me ha puesto el mismísimo tupé de punta. Es aquí cuando he hundido la cabeza en el cojín para sofocar un tremendo gemido y me he agarrado con fuerza al colchón para no lanzarme sobre ell@ y ponerme a follar como una loca. Imaginaos, he tenido una erección de la hostia. Tampoco pasa nada por decirlo, ¿no? He trempado, sí, tanto que me dolían la polla de trempar y los huevos de ganas de correrme allí mismo y al momento, sin esperar más. Así que he hecho lo que nunca pensé que llegaría a hacer: me he girado de golpe, le he puesto una almohada sobre la cara para no verla y me he metido una de sus enormes tetas calientes en la boca. No os imagináis lo que ha sido, no os imagináis lo diferente que es una teta de verdad, sin silicona, una teta blanda, con un pezón caliente y duro, nada que ver con esa especie de punta de manguera que tenéis vosotras. Ni os imagináis lo que es cogerlas entre las manos y apretarlas y hundir la cabeza, ahogándote metido en una marea de carne y sexo, asfixiándote. La he tirado encima mío, sus tetas colgando como ubres sobre mi boca sedienta, balanceándose sobre mi cara como racimos de uvas de un cuerpo cabalgante, abofeteándome mientras la polla de plástico se restriega contra mi vientre, los dedos se hincan en mi culo y mi polla se inserta, sin ni siquiera entenderlo, en el coño caliente y profundo de Lo.

Debería haberme corrido en aquel preciso instante, pero no ha habido tiempo. Lo se ha apartado de golpe, me ha lanzado un escueto y desgarrado «no puedo» y se ha ido lloriqueando a la ducha.

Y allí me he quedado yo, despatarrada, trempada como una perra, desesperadamente caliente, con el culo palpitando y oyendo a la muy puta de mi amiga llorar desconsolada desde el otro lado del tabique.

¿Tendría que haberme recompuesto, acercado al baño, llamado a la puerta y, transfigurado de nuevo en el amigo paciente, ofrecido un consuelo de monja misionera? Tal vez sí. Pero una también tiene dignidad y, en aquellos momentos, una necesidad imperante de correrme. Y lo he hecho. ¡Ya lo creo que lo he hecho! He cogido el puto retrato de la parejita feliz y me he corrido encima. Buenaonda ha

quedado monísimo con mi semen encima del careto, sí señor. Y Cookie también. Monísimos los dos. Y allí lo he dejado, en mitad de la cama. He recogido mis cosas, me he vestido y me he largado.

Pack se queda un instante en silencio, dudando si continuar con el relato o dejarlo en ese punto. Las mira de frente, no a los ojos, sino a las alas, y decide seguir.

En realidad, he hecho algo más. Ha sido un impulso, una idiotez, pero ahora ya está hecho. He cogido un *flyer* del PornoBurka y lo he dejado pegado al cristal de la foto, embadurnado también de semen.

Bueno, ahora ya lo sabéis todo —suspira Pack—. He follado con una mujer, que además me ha dejado a medias, y la he invitado al **PornoBurka**. Por favor no me hagáis comentarios, no me juzguéis y, sobre todo, no se lo contéis a nadie.

Las tetas aladas se posan con suavidad sobre su hombro, en una caricia. El pez globo cantacoplas le picotea la palma de la mano, comprensivo. No dirán nada. Pack puede estar tranquilo.

Cuando, muchos años después, Jaume Rovira funde su mundialmente famosa escuela de detectives, los titulares que generó aquella magnífica idea presidirán la recepción, enmarcados. «¿Recuerdan el burka que sembró el pánico en las calles de Barcelona en la primera década del siglo XXI? ¿Recuerdan el famosísimo *hashtag* #burkamutila defendido por el *thinktank* de féminas femeninas no-feministas Pilar Rahola Julia Otero?», preguntará a sus alumnos durante la primera clase. «Debajo de ese burka, señores y señoras, no había mujer alguna: bajo ese burka me escondía yo».

Y siempre, indefectiblemente, esta confesión provocará un grito admirado entre su alumnado, que escuchará fascinado la historia del Jacinto y la Remedios, la desaparición de la hija rebelde, los artículos desproporcionados de la tal Rahola (olvidada hoy en día, muy justamente) sobre la desislamización a la fuerza de las mujeres musulmanas y las bondades del Estado de Israel, las idas y venidas por la Rambla del Raval seguido de cerca por Gonçalves y Fernands que jamás se atrevieron a abordarlo y comprobar, al fin, que bajo la tela no habitaba amenaza alguna, sino una persona normal y corriente haciendo su vida, sin más.

Tan sólo escatimará un detalle, un encuentro que guardará en su corazón como el pasaje más profundamente romántico de su larga y azarosa existencia. Lo recordará así:

Íbamos Judygarland y yo paseando por el Raval bajo nuestro disfraz perfecto, siguiendo un recorrido minuciosamente diseñado teniendo en cuenta sus idas y venidas, cuando de pronto nos topamos con ella.

Con ello.

Nos encontramos.

Ella, Lo, caminaba traspuesta, enfurecida, ciega. Iba cruzando la Rambla del Raval como cruza un rompehielos las nieves perpetuas en los documentales de la 2. Imparable. Indomable. No nos vio hasta que estuvo a punto de chocar con nosotras. No nos vio y, de pronto, nos vimos. Las puntas de nuestros zapatos rozándose, su rostro mugrientamente angelical apenas a unos centímetros del mío, su aliento pesado ofendiéndome el olfato, mi pene erecto apuntándola como una vara de zahorí apuntaría un manantial de aguas subterráneas.

Y entonces sucedió.

¿Cómo?

Así:

Lo: ¡Dios mío, eres tú!

Nosotras:

Lo: ¿Te molesta si te hablo?

Nosotras:

Lo: Pobrecita, igual ni me entiendes.

Nosotras:

Lo: He estado pensando mucho en ti. Me parece tan injusta tu situación...

Nosotras:

Lo: Yo te entiendo, puedes confiar en mí.

Nosotras:

Lo: Vives en un país democrático. Aquí la gente puede vestir como quiera.

Nosotras:

Lo: Nuestro bio-cuerpo es políticamente nuestro y podemos hacer con él lo que genitualmente queramos.

Nosotras:

Lo: Tienes derecho a vestir como quieras. Tu marido, que es un cabrón, no puede obligarte.

Nosotras:

Lo: Aquí eres libre de ser como tú quieras.

Nosotras:

Lo: Tienes que quitarte el burka. Esto no se puede tolerar.

Nosotras:

Lo: Te divorcias de tu marido y no se hable más.

Nosotras:

Lo: Yo me encargo. Te buscas un piso y un trabajo. Y empiezas una nueva vida.

Nosotras:

Lo: ¿Tú follas? ¿Sabes lo que es follar? ¿Tienes orgasmos?

Nosotras:

Lo: No sé si me entiendes... Mira, dame tu mano. ¿Puedo tocarte la mano? No pasa nada, somos libres de tocarnos las manos, ¿ves?

Nosotras:

Lo: Pobrecita, qué peluda eres. Pero supongo que eso es normal en tu etnia.

Nosotras:

Lo: Las occidentales no tenemos tanto pelo. Tengo una amiga que te puede depilar, ya verás qué bien quedas.

Nosotras:

Lo: Mira, coge esto. Es una invitación, que no te la vea tu marido.

Nosotras:

Lo: Está un poco manchada de semen. Se la iba a devolver a un amigo que es gilipollas. Se la iba a llevar y a metérsela por el culo, no sé si me entiendes. Pero da igual. Prefiero que la tengas tú.

Nosotras:

Lo: ¿Conoces el MACBA? Es ese edificio blanco tan grande, unas calles más arriba. Es un museo. ¿Sabes lo que es un museo?

Nosotras:

Lo: Tienes que venir. Es muy importante. Tienes que estar allí. Habrá mucha gente como tú, así, con burka. Y nos vamos a liberar todos juntos. Vamos a follar a saco. ¡Seguro que te mueres de ganas! Estaré allí, no te dejaré sola. Aunque no sé cómo voy a reconocerte entre tantos burkas. Bueno, no te preocupes. Tú búscame y ya nos encontraremos. Pero no faltes.

Nosotras:

Lo: El 12 de abril a las 7 y media de la tarde.

Nosotras:

Lo: ¿Vendrás?

Nosotras: (Asentimos con la cabeza, angustiadas ante la imposibilidad de responder de viva voz y descubrir nuestro disfraz).

Lo: ¿Sí? ¿Has dicho que sí? ¡Qué pasada! Oye, no tendrás un burka un poco más étnico, ¿verdad? Para distinguirte, digo. Como todos vamos a ir igual, es una pena que no se vea que tú eres... Ya me entiendes. ¿Y si vienes descalza? Sería muy auténtico, ¿verdad? Muy oriental...

Vuelvo a asentir. Nos quedamos un instante mirándonos a los ojos, el mundo parado a nuestro alrededor. Nosotras perdidas en sus pupilas marrones, ella perdida en nuestra rejilla azul. Extasiadas.

Siento la brisa de la Barceloneta colarse por debajo del burka y elevarlo graciosamente, desplegándolo como un pájaro exótico henchido de felicidad. Extendemos los brazos y nos dejamos arrastrar por los vientos que nos elevan sobre las callejas, más allá de los balcones con geranios marchitos, a través de carteles reclamando un barrio digno y de las camisetas imperio tendidas al sol. Y salimos volando en dirección al cielo mismo, el paraíso que espera más allá del arco iris de la plaza dels Àngels, el día 12 de abril, a las 7 y media de la tarde.

Los ángeles, el burka. Lo.

©Jor-dee echa de menos a Lahore. No de manera romántica. O, al menos, no de la manera romántica en que lo haría cualquier ser humano capacitado para el cariño. Pero lo cierto es que ©Jor-dee piensa de manera obsesiva en él, lo que en su mundo es un sentimiento rayano al amor que lo empuja a acercarse a su tienda. Pasea por los pasillos mirando la mercancía de soslayo, como si no le importase nada, como si el pakistaní no estuviese allí, o no fuese conocido, o no se hubiese puesto de rodillas ante él, o no le hubiese arrancado el llanto con su rechazo. Por primera vez, Lahore no se levanta de la silla para darle la bienvenida, ni dice ese buenos días reverencial que arrastra las eses por entre la sonrisa cansada. Ahora está totalmente absorto en algo que sucede dentro de la pantalla de su teléfono y que logra mantenerle la expresión congelada en el rostro.

A ©Jor-dee no le hace ninguna gracia la actitud, que considera una falta de respeto. Pero su orgullo le impide quejarse así que disimula, indolente, y sigue pavoneándose, luchando por llamar la atención del otro a base de carraspeo y toqueteo de plátanos. Nada. Lahore no está allí. La pantalla se lo ha comido. ¡Qué hostia le pegaría! ¡Quién se habrá creído esta mierda que es para tratarle así! Pero, justo antes de que la rabia le nuble definitivamente la vista, acierta a ver entre las manos de Lahore un símbolo que le es familiar: la manzanita.

El artista da un respingo y mira a su alrededor sorprendido, intentando encontrar explicaciones absurdas de lo que está viendo. («¿Es una bromita de Buenaonda? ¿Es un programa de cámara oculta?»). Mas no las encuentra; sólo encuentra eso: la manzana.

Enfurecido, pega un puñetazo en el mostrador que hace tambalear la caja de cerezas que se oferta a precio de oro y se queda plantado ante el dependiente, con el ceño fruncido y la rabia rezumándole por los poros.

—¿Lahore, qué pollas tienes en la mano? ¡Déjame ver! ¿Es un iPhone? Supongo que será una imitación, ¿no? ¡Déjame ver!

Los ojos del chaval abandonan la pantalla y se posan, tranquilos, en los del artista, que siente un temblor recorrerle el cuerpo y un amor renovado, o lo que sea, llenarle el estómago.

—Lahore, dímelo. Mira, éste no es un teléfono cualquiera. ¿Entiendes? Tienes entre las manos un ¡auténtico?! iPhone —afirma, dejando caer cada una de las letras en un susurro, como si cada una de ellas contuviese una promesa de infinito.

Lahore sonríe, mira el teléfono y mira a su amigo, o lo que sea que es el comedor de plátanos que se sienta junto a él cada tarde de su vida. Es un auténtico iPhone, pues claro que lo es. ¿Para qué querría él un iPhone de mentira?

—Yes, yes —replica tímidamente Lahore en el primer intento serio de comunicarse con el artista—. Really iPhone. I bought it.

A ©Jor-dee se le ilumina la cara y la luz que emite congela en el aire una expresión a medio camino entre la sorpresa y la ira (que aparece por la simple costumbre de estar en todo). Sus ojos inquietos recorren el rostro del pakistaní, mientras siente las lágrimas quemándole las pestañas y se apoderan de él unas ganas inmensas de abrazarlo, de besarlo y de darle hostias, todo a la vez.

—¡Lahore, mi amor, has hablado! ¡Me has hablado! ¡Sabes hablar! ¡Es maravilloso! ¡Pensé que sólo sabías decir el precio de los plátanos, pensé que tenías una especie de mudez selectiva, un autismo extraño y exótico que te impedía articular palabras que no estuviesen relacionadas con las verduras o los exámenes de integración! ¡Lahore, tú hablas!

Lahore lo mira y sonríe, como siempre, sonríe. No sabe qué sucede, pero le gusta ver que ha hecho algo para alegrar a ese ser tan curioso.

—A ver. ¿Qué has dicho? Aiboutit, aiboutit... ¿Qué idioma es ese, dime? ¿Es pakistaní? Debe ser un dialecto de alguna tribu, supongo. Aiboutit... Suena muy bonito, ¿sabes? ¡Me gusta! Tal vez podría utilizarlo para dar título a alguna obra. Aiboutit 2.0.

—I bought it —repite Lahore—. I bought the iPhone. My cousin, in his shop.

©Jor-dee está maravillado. Maravillado y muy decepcionado. O sea, Lahore habla, pero no entiende. ¿De qué coño le sirve entonces que este tarado no sea mudo?

—Do you speak english? —pregunta Lahore.

—¡Coño! ¡Inglés! ¿Inglés? —El artista no da crédito—. ¿Pero cómo es posible? ¿Dónde has aprendido tú el inglés, por dios? ¿Tú no te juntarás con gente rara, verdad, de esa de la tuya?

©Jor-dee está aterrorizado, paralizado por la sorpresa y el repentino desánimo. ¿Pero qué coño está diciendo éste? ¿¿Cómo se le ocurre venir a Catalunya hablando inglés?! Seguro que me está tomando el pelo. ¿No me estará chuleando? ¿Y ahora qué hago? ¿Me busco un traductor? ¿Quién podría ayudarme? ¡Yo no conozco a nadie que hable inglés!

De un salto le arrebató el iPhone a Lahore («¡desbloquéame el puto teléfono!»), se conecta a internet («¡pero si hasta tiene tarifa plana, el muy cabrón!») y se pone a descargar un traductor que salve las distancias lingüísticas.

©Jor-dee suda de puro nervio, de auténtica excitación ante el nuevo panorama que se abre entre sus manos.

—A ver, vamos a ver si esta mierda funciona.

«Lets-see-if-this-shit-works» replica el teléfono.

©Jor-dee y Lahore se miran satisfechos.

—¡Es perfecto, Lahore, es perfecto! Ahora yo le hablaré a tu teléfono y tu teléfono te lo dirá en inglés. Y tú me contestas en inglés, al teléfono, y el teléfono me lo dice en castellano. Es fantástico, ¿no?

El frutero mira entusiasmado el teléfono. Sí, es fantástico, sí. ¿Cómo no lo había pensado antes? ¡Ahora podrá hablar con todo el mundo! Mira feliz al artista, con una sonrisa por primera vez auténtica, real y agradecida. Sus miradas quedan un segundo entrelazadas, como si estuviese a punto de suceder algo bonito. Pero ©Jor-dee no está para hostias. Frunce el ceño y continúa.

—Y ahora, dime. ¿De dónde has sacado el iPhone? —pregunta dirigiéndose al teléfono muy despacio y volviendo al tema principal.

«Now-tell-me-where-did-you-get-the-iphone».

—I bought it in my cousin's shop —le dice Lahore al teléfono que, diligente, replica «lo-compré-en-la-tienda-de-mi-primo».

—¡¿Lo compraste?! No te creo. ¿Pero tú sabes cuánto cuesta un iPhone? ¡Si tú no tienes ni dónde caerte muerto!

«Do-you-bought-i-do-not-believe-but-you-know-how-much-a n-iphone-if-you-have-no-where-to-fall-down-dead».

—Not much... It was not so expensive...

—¡¿Que no es tan caro?!

©Jor-dee mira de reojo a Lahore, a punto mismo de enfadarse de verdad. ¿Qué narices es toda esta historia? Porque nada encaja, nada encaja. O sea que éste no tiene papeles ni nada, trabaja de sol a sol, duerme en una cama compartida con dios y su madre, pero tiene un teléfono de última generación que cuesta una pasta y que le parece barato. ¡Y encima habla inglés! ©Jor-dee recuerda las últimas redadas en el barrio contra el terrorismo internacional, recuerda esos policías con cara de malotes recorriendo la calle Hospital y llevándose esposados a tenderos que parecían la mar de majos, recuerda el restaurante donde supuestamente hacían cuscús pero presuntamente hacían bombas. Y empieza a mirar a su pakistaní con otros ojos.

—¿Lahore, tú no estarás metido en líos, verdad? ¿Éste no será un teléfono robado o no será el teléfono de alguien muerto por ahí, no? ¿No será el teléfono de un pasajero de un avión que se estrelló tú-ya-sabes-dónde de Nueva York, no?

Lahore escucha atentamente la traducción que va lanzando la voz metálica del iPhone. «Trouble, stolen phone, dead, passenger, newyork».

—Trouble? No, not trouble. Nobody's dead. Who's dead? No, no. Stolen yes, but neither I, nor my cousin...

«Problemas-no-no-problemas-nadie-muerto-quién-muerto-no-no-robado-sí-pero-yo-no-mi-primo-no».

—¡Ajá! ¿Lo ves? Ya sabía yo... ¿Entonces quién lo ha robado, eh? ¡A ver, explícame!

©Jor-dee está hecho una fiera y grita a Lahore, que se inquieta al ver a su amigo, o lo que sea, tan alterado.

«He-comprado-el-teléfono-en-la-tienda-de-mi-primo».
 «Un-argelino-que-robó-a-mujer-de-inglés-en-las-ramblas».
 «El-argelino-mantiene-el-dinero-y-lo-manda-a-su-madre-enferma-en-kabilia».
 «La-bolsa-las-gafas-de-sol-la-barra-de-labios».
 «Todo-esto-va-a-las-prostitutas-nigerianas-de-alrededor».
 «Ellas-compran-barato».
 «Ya-que-son-más-hermosas-trabajar-más-y-ganar-más-dinero».
 «Envían-más-dinero-a-sus-hijos-en-nigeria».
 «El-pasaporte-compra-locutorio-para-al-qaeda-para-la-yihad».
 «La-yihad-da-trabajo-a-muchas-familias-dinero-a-los-avioneseasyjet-ryanair-dinero-para-los-pilotos-y-las-azafatas».
 «Para-los-aeropuertos».
 «Dinero-para-los-consulados-que-piden-visado-para-subir-a-los-aviones».
 «Dinero-para-vodafone-porque-los-mártires-se-van-lejos-y-llaman-mucho-a-sus-familias».
 «La-yihad-es-buena-para-vodafone».
 «El-teléfono-de-la-mujer-del-inglés-para-mi-primo-que-lo-ven-de-barato».
 «Muchas-familias-viven-de-la-mujer-del-inglés».
 «Inglaterra-es-buena-para-españa».
 «Cuando-manchester-united-juega-en-nou-camp-bin-laden-en-el-paraíso-hace-fiesta-grande».
 «Yo-amo-el-manchester-united».

©Jor-dee se siente mareado, cayendo por un precipicio vacío de sentido. Lahore, su Lahore, la polla que él ha chupado, sus rodillas, los ojos negros, el plátano, la mirada de perro abandonado. ¡Y ahora esto! De pronto estalla una bola de fuego y todo sucede muy rápido: el cuello de Lahore, las manos que lo atrapan, los ojos inyectados de sangre, la rabia que le nubla, la boca que le arde y la voz que escupe tantos gritos que ni él mismo se oye.

¿Dónde te crees que vives, eh?

¿os creéis que podéis llegar y hacer lo que os dé la gana?

¡aquí se viene a trabajar y no a robarnos el trabajo!

¡el que no quiera integrarse que se vuelva a su país!

¡los de casa, primero!

¡vivís en pisos patera, oléis mal, escupís en la calle, rezáis en las aceras!

no hay dios que os entienda. ¿venís aquí para vivir como perros? ¿por qué trabajáis quince horas y no ocho, como todo el mundo? ¡o vivís en chabolas o compráis pisos!

¡o vestís como mendigos o lleváis ropa buena!

¡o hacéis mucho ruido o sois una amenaza silenciosa!

¿es que no sabéis ser normales? ¡mafiosos! ¡mangantes!

¡iros a vuestro país!

¡esta es nuestra casa!
¡vuestro nuestra!
¡norte sur!
¡arriba abajo!
¡hombre mujer!
¡barça madrid!

lo tenéis muy fácil, eso es lo que pasa. Llegáis aquí como si nada, os ponéis a vender mierda, que a saber lo que llevan estos tomates, arruináis nuestro comercio, asustáis a nuestros turistas, ensuciáis nuestra ciudad, saqueáis nuestra riqueza, os folláis a nuestros plátanos y, encima...
... ¡pedís que os hagamos mezquitas!

Lahore mira las paredes desconchadas, el cuadro holográfico, los tomates radiactivos, y siente una pena enorme que le sube por el estómago mientras piensa en el mundo civilizado, el paraíso del bienestar que él contribuye a destruir sin saber cómo. Y recuerda el trozo de cama que comparte con su primo Soheib, cuyo rostro conoce como si fuese el suyo propio a fuerza de dormir mirándolo, siempre con un ojo medio abierto por si algún día descubre en el otro alguna expresión extraña, que los amores quedaron muy lejos y las mujeres aquí no quieren a los hombres pobres. Y piensa en el piso compartido con tantos que nunca sabe exactamente cuántos son. Y en el baño escaso que le impide hacer sus abluciones cuando la intempestiva gotita viene a arruinarle el día y a joderle su entrada al paraíso. Y piensa en su lomo partido, en su soledad. Pero incluso esa vida le parece maravillosa comparada con la desgraciada existencia de las personas honestas que compran sus teléfonos en El Corte Inglés, que hacen turismo y crean riqueza, que vienen con ilusión a ver la Barcelona colorida y ese mismo color no hace otra cosa que robarles el bolso. Y visualiza Lahore los rostros inflados de los pobres viejecitos cerveceros, las sandalias con calcetines, los pantalones cortos en pleno invierno, las fotos en la cartera de sus nietos obesos y estúpidos como ellos. Y entiende que no tienen la culpa de nada, que ellos no saben lo que pasa en Pakistán ni les importa un comino, preocupados como están por pagar su hipoteca, llenar su depósito de gasolina a buen precio sin preguntar dónde se extrae el petróleo ni con qué métodos, encontrar ropa bonita pero barata sin preocuparse de quién la cose ni dónde, comer naranjas en verano y melocotones en invierno, jugar al golf y llevar una vida tranquila, vivir y dejar vivir, meterse en sus asuntos, defender a la patria y a la reina, amar su cultura y luchar por la civilización. Tuvieron su oportunidad, Margaret, los pakis pertenecieron casi cien años al *Empire*. ¿Y qué aprendieron, eh? Nada, no aprendieron nada. Es más, nos echaron de allí, *remember*? Querían ser independientes, tener su propia cultura. Ok, pues ahí está, ahí tienes su cultura: esconder a Bin Laden, imponer el burka, fabricar la bomba atómica

y robar carteras en Barcelona. ¿Eso qué tiene que ver con nosotros?

Nothing, Margaret. La política internacional es sólo aquello que pasa en otro canal mientras nosotros miramos, desconsolados, el entierro de Lady Di. ¿Acaso hay alguna relación entre las desgracias del mundo y nuestras lágrimas bobas por Lady Di?

No. Sin duda no la hay.

—Quiero que te deshagas inmediatamente de ese teléfono. ¿Entendido?

La expresión de Lahore se torna angustiada, desolada, aterrorizada, a medida que el iPhone va devolviendo, una a una, las palabras traducidas al inglés.

«I-want-to-get-rid-of-that-phone-immediately-understood».

—Get rid of that phone, my phone... But how I'm gonna call my mum, my brother in Dubai, how?

«Deshazte-de-ese-teléfono-mi-teléfono-pero-cómo-voy-a-llamar-a-mi-mamá-mi-hermano-en-dubai-cómo».

—¿Tu madre, Lahore? ¿Tu hermano? ¡Pues los llamas desde una cabina, como todo quisqui! Qué decepción, amigo, qué gran desilusión me he llevado contigo. Eres un egoísta, sólo un ser superficial, sin fundamento, sin razones. Sólo piensas en ti, en tu estatus, en ganar tu dinero, en tu madre. Y mientras tanto, el mundo que se joda, ¿no? ¡Qué decepción, Lahore! Pensé que tú eras diferente. Pero ahora lo tengo claro. Eres un moro cualquiera como todos los demás.

Y mientras ©Jor-dee sale dando un tremendo portazo, el teléfono lanza las últimas palabras hirientes como disparos y Lahore se queda mirando la pantalla, sin entender por qué de pronto todo en su vida es tan complicado, por qué un teléfono no puede ser sólo un maldito aparato con el que llamar a tu familia y sentirte menos solo en esta ciudad de mierda, donde ni los tomates, ni las promesas, ni los trabajos, ni los amigos, ni las películas acaban siendo nunca lo que aparentaban ser.

©Jor-dee camina cegado de rabia y en su ceguera tropieza con una maleta penosamente arrastrada. Acierta apenas a lanzar el primer insulto cuando descubre que el cuerpo que tira del bulto es el de su amigo (o lo que sea) Buenaonda.

—¡Vos andás loco, boludo! ¿Qué pasó?

—Moro de mierda —lanza ©Jor-dee a bocajarro—. El moro mierda ese de Lahore, que me saca de mis casillas. ¡Me está volviendo loco!

—Calmate, che, calmate. Mirá, yo me he ido de casa, he dejado a Lo, es todo demasiado complicado ya, ¿sabés? Estoy en un perpetuo estado de ansiedad. ¿No podría pasar una nohecita con ustedes? Porque la verdad es que así, de pronto, no tengo donde dormir.

—¡Buenaonda! No estoy ahora para escuchar tus problemas. Mira —dice rebuscando un *flyer* en sus bolsillos—, hazme un favor y no preguntes más. Entra ahí y dile a ese mamón que quiero verle en el **PornoBurka**. Que más le vale venir si quiere que le firme su puto certificado de integración. El muy hijo de puta...

—Pará, boludo. ¿Cómo no vas a firmarle al pobre chaval? Si el chico ni vive todo el día ahí encerrado y tú aún quieres...

Pero ©Jor-dee ya ha vuelto a emprender su marcha colérica. Ya en el mundo sólo existe él, si es que alguna vez existió algo más allá de él.

Buenaonda empuja la maleta por la tienda cochambrosa de Lahore.

—Discúlpame —le dice—. No quisiera meterme en asuntos que posiblemente pertenecen a tu cultura y que me parecen muy dignos de respeto. Pero creo que tendrías que tener cuidado con ©Jor-dee, ¿sabes? Él no es malo, ni nada de eso. Pero ha tenido una infancia muy dura y a veces le da por joder a los demás, no sé si me entiendes. Y ahora mismo la ha tomado contigo.

Lahore esconde el teléfono debajo del mostrador. Buenaonda lo mira de cerca y constata que es un niño.

—Yo creo que deberías venir aquí —le entrega el *flyer* del **PornoBurka**—. Para tenerlo contento y por ti mismo: esto te ayudará a entender lo que pasa de verdad en esta ciudad.

La voz, un punto metálica, devuelve la frase desde debajo del mostrador.

—¿Qué es eso que habla? —pregunta Buenaonda—. ¿Tienes un traductor en la máquina registradora?

Lahore aguanta la respiración, paralizado por el miedo.

—Olvídalo, no importa. Mira, ¿tú no tendrías un rinconcito para dormir un par de noches? Es que he dejado a mi novia que tenía un piso fantástico, pero erosionado por la convivencia. Una pena. El caso es que no tengo donde dormir y pensaba que tal vez tú, ya que estoy aquí... Un par de noches sólo, hasta que me organice...

—¡La he invitado! —grita Lo, eufórica, irrumpiendo en la lectura grupal de los textos de Beatriz Preciado. Matilde, con el bigote erizado del susto, se levanta de un salto.

—¡La he invitado! ¡He invitado al burka a venir al **PornoBurka**!

Las sujetas bio-políticas observan a Matilde, que les hace un gesto disgustada. La sesión se ha echado a perder. Ya pueden sacarse los puños de los coños y apagar las cámaras de video. Lo se sienta, un poco avergonzada, en un hueco que le hace la comunidad y explica, entrecortada de emoción.

—¡He hablado con ella! Le he tocado la mano ¡Es muy simpática! Le he dado una invitación. El **PornoBurka**. Jordi, el marido artista de mi amigo, el de las tetas. El MACBA. Una bacanal de sexo y liberación. Feminismo. Burkas. Está todo en internet.

Se hace el silencio. Matilde se conecta al wifi de la vecina y teclea www.PornoBurka.com.

Recorre la pantalla con los ojos brillantes de rabia. Lo comienza a sudar, sintiendo el odio que la acecha, oliendo la desgracia.

Matilde cierra el portátil. Posa los labios sobre el medallón con el retrato de Preciado que cuelga de su cuello y, tras unos momentos solemnes de reflexión silenciosa, emite el veredicto.

—Es inadmisibile. ¡Esa revolución la tengo que liderar yo!

L@s demás afirman entre susurros. Este es el momento crítico en que Lo deberá demostrar si está con ell@s o está contra ell@s. Matilde la pondrá a prueba. Le clava una mirada hiriente. Se afila las puntas del bigote erecto y, al fin, le habla.

—¿Qué vamos a hacer para pararlo?

Lahore vive en un piso sombrío de la calle Hospital, con los cristales de la galería del fondo pintados toscamente para preservar la intimidad de los que duermen en el pasillo y dos grandes balcones clausurados en la fachada que servían para fumar, colgar la ropa y tomarle el pulso al mundo desde las alturas. Hasta que sucedió lo del tiroteo. Una banda de nigerianos se lió a palos contra una banda de indios (cosa que no sorprendió a nadie), pero alguien sacó una pistola y disparó. Ese fue el límite porque el vecindario, acostumbrado a todo menos a eso, llamó a los Mossos d'Esquadra, que saltaron a sus camiones estacionados unos metros más allá, en la Rambla del Raval y, porras en ristre, desembarcaron en la calle Hospital, pidiendo cuentas a todo el mundo (de morenos para arriba, se entiende). Cuando sonó la primera sirena, tanto los nigerianos como los indios desaparecieron (excepción hecha de los más apaleados que yacían en el suelo como colillas). Los pakistaníes miraban la escena divertidos desde los balcones. Y no sabemos si fue por las risas, por las pintas o simplemente porque la vida es así, Gonçalves miró a Fernands y ambos, seguidos por treinta agentes normalizados lingüísticamente, tiraron de una patada la puerta del edificio. Cuando llegaron en tropel al primer piso, se encontraron con los pakis mirando aún por el balcón, sin sospechar ni remotamente que aquello también pudiese ir con ellos.

Se los llevaron a todos.

Los pakistaníes trataron de explicar en un castellano trufado de inglés y con fuerte acento panyabi que India y Pakistán no son lo mismo, que hace muchos años sí, pero que llegó Gandhi y, con la independencia, Pakistán se volvió independiente de verdad, que el tema sería distinto si hablásemos de banglas, que se creen independientes aunque no lo son, pero indios y pakis son cosas totalmente distintas, digan lo que digan los primeros, que debido a numerosos conflictos identitario-geográficos es imposible que los pakis estén mezclados en una reyerta que incluya indios, a menos que sea para darles de tortazos y vengar así el robo de Cachemira, cosa que harían encantados, pero nunca mezclados con nigerianos, que siendo negros no son de fiar.

Las explicaciones no sirvieron de nada. Pasaron la noche en comisaría, aunque los soltaron al día siguiente pues todos tenían papeles en regla, mayoritariamente falsos. Sin embargo, los balcones quedaron permanentemente clausurados por orden del propietario, que no quiere más problemas con los moros de los que ya tiene por el

simple hecho que su nombre indica.

El piso está habitado por un número tan incierto, variable y siempre tan elevado de hombres, que a pesar de la cantidad de metros disponibles en vacío, los choques en los pasillos son constantes, la cocina está continuamente abarrotada, el baño no da abasto y son necesarios turnos para utilizar las camas, cuando no compartirlas como es el caso de Lahore con su primo. Es a este naufragio en pleno asfalto donde viene a ahogar sus penas Buenaonda, acogido por la módica cantidad de diez euros la noche en un sofá que, de ser convertible en cama, saldría mucho más caro.

Al caer el sol, el salón hierve de actividad. Hombres que llegan y se sientan a tomar un té con leche, hombres que se levantan para ir a trabajar. Vendedores de latas que se cruzan con vendedores de butano que se sientan con vendedores de tomates que conversan con empleados de locutorio, vendedores de vida ellos más que nadie. Y hoy, además, está Buenaonda, rígido en mitad de la vorágine, tratando de no generar ningún conflicto intercultural, pidiendo disculpas a cada paso y sonriendo bobamente. A su alrededor se empieza a hacer un corrillo de curiosos que lo invitan a tomar asiento en el sofá con ellos, mientras el resto dormita ante el televisor y Lahore trata de encontrar un lugar entre los unos y los otros, deseoso de perderse en el número musical que se desarrolla en la pantalla, pero sintiéndose responsable de acompañar en su llegada a ese inquilino accidental y perfectamente atípico que dormirá aquí un par de noches, os juro que sólo un par.

—Qué bonita es Barcelona, ¿verdad? —intenta iniciar la conversación Buenaonda—. Tan diversa, tan acogedora...

Los demás lo miran con sorna e intercambian comentarios divertidos en panyabi. El presunto argentino sonríe, tratando de identificar a algún potencial traductor que salve el vacío lingüístico. Soheib y Suhail, jóvenes aunque sobradamente preparados y primos extensos de Lahore, le devuelven la sonrisa y se hacen un hueco en el sofá junto a él, conscientes de la dificultad y deseosos de conversar.

—¿Eres argentino? —le pregunta uno de ellos.

—Sí, sí, argentino —contesta Buenaonda, solícito.

—No pareces argentino —responde Sohaib.

—No tienes acento —insiste Suhail.

Buenaonda sube la guardia. No esperaba que esta panda de butaneros conociese tan bien los recovecos dialectales del castellano.

—Llevo muchos años en Barcelona, che. El acento se va perdiendo, viste.

Sohaib y Suhail se miran un instante.

—Tampoco bebes mate.

—Y duermes en un piso patera. ¿Qué tipo de argentino eres?

—Bueno —contesta, confundido y desarmado—, en realidad me llamo Roberto y soy un poco de Cuenca. Me hice argentino al llegar a Barcelona como parte de mi ascenso social.

Sohaib y Suhail, que se hacen pasar por ingleses para ligar más, entienden

perfectamente la situación y se la explican al grupo. La palabra Cuenca va rebotando como una pelota por el pasillo, repetida aquí y allá entre risas y miradas curiosas.

La conversación se va animando. Unos en castellano, otros en inglés, algunos más apoyándose en las traducciones de los múltiples iPhone que circulan por la sala. Que si Barcelona, que si Pakistán, que si el trabajo, el butano, el racismo, las mujeres... Avanzan las horas y entre risas los cuerpos se relajan, las espaldas van cayendo contra los respaldos de los asientos, las piernas se van cruzando, los pies van soltando las chanclas aquí y allá.

—¿Y este cuadro de la pared? —dice, señalando un holograma parecido al de la tienda de Lahore.

—Críquet y Allah —contesta Suhail, alzando el índice al cielo, la mirada turbada.

Un grandullón se recuesta en un sillón destripado y se adueña del mando a distancia. Moreno y guapo, con un pelo digno de anuncio y unos ojos brillantes de mafioso de baja intensidad, parece tener algún tipo de poder en el grupo. Un poder que no le permite, sin embargo, calzar mejores chanclas ni estar menos cansado que los demás.

—Críquet y Allah... ¡Qué bonito! Así que vosotros sois musulmanes...

—Sí, sí —replican varias voces—. Musulmanes. Conoces al Profeta Muhammad salallahu alayhi wasal·lam?

Y ésta es la pregunta que da la estocada a Buenaonda, que se siente naufragar en sus propias contradicciones dentro del mar revuelto de este piso roñoso, entremezclado con los últimos parias, enfrentado al fracaso mismo y atrapado entre un deseo sincero de agradar y una necesidad también sincera de vengar su mala suerte.

—Tiene que ser bonito eso de ser musulmán. Yo mismo me lo he planteado varias veces. La espiritualidad, el sacrificio, las especias, el cuscús... Una vez vi una película sobre un tipo en el desierto y me gustó mucho.

La conversación gana adeptos. Cada uno va explicando anécdotas exaltadas sobre su propia vida en el islam, a medio camino entre las ansias de reconocimiento y un proselitismo que Buenaonda recoge y aviva hasta llevar al grupo a una euforia mística que ahoga las imágenes decididamente carnales que exhala el televisor.

—Qué bien se encuentra uno entre hermanos, la verdad. Esto es otra cosa —sonríe Buenaonda—. Cuando supe que mi ex-novia quería participar en la cosa esa, entendí que aquel no era mi lugar.

—¿Qué cosa? —pregunta Suhail.

La mirada torpe de Buenaonda centellea con los brillos de la conspiración.

—El **PornoBurka** —afirma como en un susurro.

En la sala se hace el silencio de manera abrupta. Incluso el dvd parece haberse encallado para respetar el vacío. Las miradas se entrecruzan nerviosas y los hombres empiezan a preguntar. Quién, cómo, dónde y, sobre todo, por qué, para qué. La conversación se agita, primero reclamando explicaciones al de Cuenca, pronto de una

manera independiente a todo origen y de todo sentido: sexo, burkas, coranes, islam, arte. Los hombres se lanzan a debatir, entre gritos, sobre tomates, contratos, permisos de trabajo, horarios abusivos, identidad, mujeres, reagrupaciones familiares, multas de tráfico, tabaco, porros, vino, religión, ortodoxia y Bin Laden, todo mezclado en una misma discusión cuyo centro (lejano) es el **PornoBurka**.

Buenaonda, feliz del tono que está tomando su venganza, aparenta desolación y finge calmar los ánimos. («Perdonad / No quería molestaros / Hay que ser tolerante / Debemos aprender a convivir»).

—Lahore, por favor, explícales que en realidad ©Jor-dee no es malo.

—¿Lahore? ¿Quién es Lahore? Buenaonda mira a Lahore, desconcertado.

—¿Pero tú no te llamas Lahore?

Lahore se incorpora en su asiento, centro repentino de atención. No, apenas le conoce. Sí, bastante raro. No, no es policía. Sí, él y sus amigos lo llaman Lahore. Sí, alguno es cliente de la tienda. No, no le piden dinero. No quieren nada. Sólo vienen y comen plátanos. No son mafia, son maricas, más bien.

—¡¿Maricas?!

El revuelo en la sala es descomunal. Los hombres se ponen de pie y empiezan a gritarse unos a otros, haciendo gestos grandes, señalando a Lahore y al cielo, llevándose las manos a la cabeza, cogiéndose el paquete, haciendo gestos que simulan felaciones, penetraciones anales y pregarias en dirección a la Meca.

Soheib traduce frases sueltas a Buenaonda.

—Esto no puede ser; nuestro primo Hafiz en Londres; después de ésta, vienen otras; hay que pararlo desde ahora; dios es grande; acabaremos todos maricas; esto es una plaga; hemos venido a trabajar; qué dirán nuestras familias; ¿tienes un cigarro?; hay que proteger nuestra cultura.

El debate creciente sube la temperatura del salón y enrojece los rostros. Un viejo con barba blanca y uñas largas intenta poner paz y separar aquellos cuyas narices ya se están rozando. Varios gritos, puñetazos en la mesa, insultos, amenazas y juramentos después el grupo se divide. Algunos se retiran, encerrándose en las habitaciones y dando portazos que estremecen el piso entero. Los restantes vuelven al sofá con la respiración entrecortada. Lahore queda suspendido en un punto intermedio, deseando con todas sus fuerzas salir de allí, meterse en la cama y dormir de verdad, descansar, dejar todas estas angustias atrás. Pero no puede hacerlo porque está bajo sospecha desde que no acude tanto como debiera al oratorio. Sabe que es el momento de demostrar si es o no es, así que mientras su alma se acuesta en la cama compartida, su cuerpo no tiene más remedio que seguir allí.

Toman aire, sorben un poco de té, se secan el sudor de la frente con la manga.

—Bien —dice por fin el grandullón con pelo de anuncio—. ¿Qué vamos a hacer para pararlo?

—Pues nos ha quedado bien bonito —dice la Remedios, mirándola en el espejo.

Lo se ajusta la tela a la cabeza e intenta verse a través de la rejilla azul.

—Aunque sigo pensando que es un vestido bien incómodo —concluye la madre.

—No es un vestido, mamá, es un burka. Te lo he contado mil veces: no es una tela, es una amenaza.

La Remedios saca la nariz por detrás de la cortina del comedor, lo justo para ver sin ser vista.

—Míralo, ya está ahí. Obsesión, eso es lo que tiene. No sabe ir a otro sitio, no puede quitarse el Pontevedra de la cabeza.

La escena, convertida en cotidiana, presenta hoy una variante aterradora: la tienda de Lahore está cerrada.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —se preguntan asustadas.

Desde que Lo se trasladó a vivir unas porterías más allá de aquello que fue el Pontevedra, Zaigham, conocido en círculos artísticos como Lahore, ha sido el cómplice necesario de los encuentros entre ella y su madre, entreteniéndolo al Jacinto cada vez que la Remedios necesita entrar o salir del edificio.

Pero hoy Zaigham no responde al teléfono y la mujer está atrapada.

—Deberías aprovechar para bajar a hablar con él y así acabamos con el tema —propone la madre—. Total, dentro de nada el detective ese le dará tu dirección y vendrá a verte.

—Ni hablar —responde Lo, malhumorada—. Cuando venga a verme, ya veremos qué pasa. De momento, tú sales de aquí con el burka que se dejó Buenaonda y asunto arreglado.

Efectivamente, transmutadas en espectros azules pasan delante del Jacinto sin que las reconozca. El viejo, viendo venir los burkas como quien ve venir el mismísimo demonio, da un salto y se pega tembloroso contra la persiana bajada de su Pontevedra (cerrado por manifestación, según indica un cartel), tratando de hacerse invisible y no interferir en su caminar azul.

Desde el límite occidental del Raval, las matildistas inician su marcha, desnudas, calzadas con chirucas y con el burka arremangado sobre sus cabezas. Como la abanderada de los Juegos Olímpicos, Matilde abre la manifestación llevando un cartel con la consigna impuesta por ella: «Sin tetas no hay paraíso». Para compensar el frío que se ensaña en sus cuerpos desnudos, gritan consignas acaloradas: «No necesito un

cabrón para hacer la revolución» y «Fátima, atontada, deja de ser musulmana».

Lo está atormentada por la idea de que Buenaonda esté en el MACBA, mientras ella está ahí fuera pelándose de frío y manifestándose no sabe muy bien por qué. Ha buscado maneras de escabullirse, pero le ha sido imposible. Con ell@s o contra ell@s, Matilde lo ha dicho muy claro. Y con burka, pero a cara descubierta. Un desastre. Así que en lugar de estar follándose a su novio y reconciliándose consigo misma, ahí la tenéis, intentando demostrar por enésima vez que es algo que no es.

Desde el lado oriental del barrio, un grupo de pakistaníes barbudos se prepara para iniciar, también, su marcha. Van capitaneados, muy a pesar de ellos, por Roberto, también conocido como Buenaonda, y Zaigham. El hombretón con pelo de anuncio ha considerado que les daría credibilidad ir liderados por un presunto argentino posiblemente cristiano y por un niño con cara de bobo. No han sabido decir que no: Roberto, por la cuestión de la tolerancia y el respeto a las culturas, y Zaigham, obligado por la necesidad de mostrar su fe en dios y su apego a la comunidad. Por eso, en lugar de estar en el MACBA follando como quisieran, se encuentran llevando un cartel que dice «Muerte a Israel» por las calles del Raval. El grupo ha escogido las consignas cuidadosamente y las corea con una actitud festiva: «Que Dios no es marica, que no, que no», «Mujer, el burka es por tu bien» y «Respeta mi cultura que mola más que la tuya».

Ambas manifestaciones avanzan imparables, atravesando el barrio como una riada en dirección al MACBA que se empieza a llenar de burkas azules ondeando al viento. Allí están Jordi, Paco y Jaume Rovira, las tetas aladas, Manolo Escobar, el engendro de pezglobo cantacoplas y la Remedios (que aprovechando el disfraz, se ha colado para mirar sin ser vista), apostados en el vestíbulo con paredes de cristal sin saber qué hacer para que algo suceda. Y así están, comiendo tímidamente ganchitos a través de la rejilla azul, cuando el primer tomate se estrella contra las vidrieras. Los pakistaníes han venido cargados con todos los desechos de sus numerosas verdulerías, dispuestos a impedir que aquello suceda. No se paran a comprobar que aquello, en realidad, no está sucediendo y posiblemente no sucederá, concentrados como están en lanzar tomates enmohecidos y lechugas podridas contra los ventanales impolutos del gran escaparate del arte.

Las matildistas tampoco han venido con las manos vacías. Sorprendidas por la marea de moros que se apuntala alrededor de las ventanas del museo, no tienen oportunidad de ver que aquello que temen que suceda, en realidad no sucederá. Sin pararse a reflexionar un instante, alzan los tirachinas que llevan días construyendo y cubren a los pakistaníes con una lluvia de tampones, no todos ellos limpios, que vienen a mezclarse con las verduras, los sudores, los escupitajos y los gritos de unos y otras.

Embriagados por el inconfundible olor a hembra, el grupo se da la vuelta para descubrir que hay caminos al paraíso que no pagan peaje a Al Qaeda y que en cualquier esquina dios, que es grande, puede mandar al creyente una manada de

odaliscas de libre disposición con burka y todo. Roberto y Concha se distinguen entre la multitud y, exaltados como están por los aires revolucionarios del momento, se funden en un abrazo apasionado que pronto derivará en lametones, toqueteos y chupadas que van contagiando a todo el mundo. Ante la mirada alucinada de los y las asistentes al **PornoBurka**, convertidos en observadores de una performance mucho mayor y aislados del auténtico hecho artístico por ese cristal que les permite seguir comiendo ganchitos mientras la vida sucede, los pakis y las matildistas se toleran y se interculturalizan mutuamente sobre la acera. Si bien la mayoría de estos encuentros se quedarán en bofetadas y mordiscos, algunos terminarán con denuncias (cruzadas) de violación y otros darán sus frutos unos meses después, en una nueva generación de bebés mestizos de terrorismo islámico y refrito pornoterrorista.

Gonçals y Fernands, avisados de la gran marea de burkas y barbudos que está cruzando el barrio, llegan inmediatamente con sus furgones cargados de maderos que no se molestan en comprobar qué está sucediendo y, sencillamente, se lían a porrazos con todo el mundo: pakis, putas, moros, maricas, yonkis y guiris. Los ciudadanos y las ciudadanas cívicas que pasan por allí no tardan en reaccionar. Bajo la consigna de «No a la guerra: queremos un barrio digno» acordonan la zona en una cadena humana de abrazos y energías positivas que debería generar una corriente de paz sideral que calmase los ánimos de los maderos, pero que sólo sirve para que los y las pacifistas entren en un éxtasis cercano al orgasmo que los llevará a aparearse tan pronto como terminen de salvar el mundo.

Debido a la premura de la acción no ha habido tiempo de consensuar el eslogan en asamblea, lo que provoca un cisma. Los homosexuales del grupo pacifista no se sienten representados por la consigna y deciden corear la suya propia: «No a la guerra: queremos un barrio gay», cosa que no agrada en absoluto a sus compañer@s heterosexuales, lo cual inicia una bronca en términos pacifistas que incluye abrazos, besos de tornillo y uniones de chacras.

La plaza dels Àngels se convierte así en un escenario apocalíptico, un fin del mundo que, sin embargo, no va más allá. A una distancia prudente, la gente del barrio va formando un corrillo: el Jacinto, Tomasa, en Pepet, la rubia que hace yoga e incluso Chus miran la escena divertidas, pero sin sorpresa.

—Esto no hay quien lo controle —piensa Rachid, mientras sigue su camino—. Nunca lograrán ganar.

Tiene razón. Se pueden imponer proyectos urbanísticos, arte subvencionado, leyes, gobernanzas y civismo. Se pueden imponer lemas y doctrinas. Se pueden neutralizar todas las disidencias, desactivarlas, y se puede domesticar el barrio, el mundo, con hoteles de diseño y avenidas de cemento. Pero no se puede domesticar la vida. Se irá: después de esta batalla o de algunas más, el Raval quedará en silencio, se rendirá, convertido en un barrio cualquiera, normalizado, banal. Y ya nadie hablará de él. Pero la vida rebrotará en otro sitio. Los «barrios chinos» seguirán existiendo mientras existan cocodrilos nocturnos y mujeres feroces, marimachos y locazas

indomables. Mientras las tetas con alas sobrevivan al insecticida y algunas mujeres se gusten barbudas. Mientras haya princesas con pene y seres que se nieguen a pasar por el tubo. Periferias donde la vida se celebre con todos sus dolores, con todos sus errores. A pesar de todas sus miserias.

Un libro sobre la verdad

Texto de Marina Garcés,
con motivo de la presentación de PornoBurka
(MACBA Museu d'Art Contemporani de
Barcelona, 16 de noviembre de 2013)

1.

Este es un libro sobre la verdad. Sobre la verdad en mayúsculas. No es la verdad de los científicos o de los que creen saberlo todo, no es la verdad de uno contra el error de los demás, sino la verdad contra la hipocresía y la impostura. La impostura de una ciudad de apariencia coloreada, diversa y feliz, Barcelona, desde su corazón más podrido, el Raval. La impostura de las identidades, sexuales y culturales, personales y colectivas. Y la impostura de unos sentimientos que nunca se atreven a llegar hasta la franqueza del afecto que se expone y se arriesga. La batalla desesperada de la verdad contra la impostura es lo que mueve el texto trepidante y delirante de Brigitte, como si sólo este frenesí delirante pudiera acercarnos, por un momento, a aquello que realmente somos.

No puedo evitar emparejar la novela de Brigitte con uno de mis libros preferidos, o al menos a uno de los que he vuelto más veces en los últimos años: *El sobrino de Rameau*, del apasionado, vitalista, humorista y, a pesar de todo, ilustrado Diderot. En este libro, de 1761, asistimos a la larguísima e inverosímil conversación entre un filósofo virtuoso y un bufón, entre uno que cree saber qué son el bien, lo bueno y lo bello, y otro que, desde la burla y la bajeza de vender su ingenio a los ricos, hace la exposición descarnada de la verdad, de lo que hay y de lo que somos. La verdad del primero es modélica e ideal. La del segundo es vil, baja, franca y fea. «*Parecemos alegres. Pero en realidad estamos amargados y hambrientos. Ni siquiera los lobos son tan voraces; ni los tigres tan crueles. Comemos como lobos tras una larga temporada de nieve; todo lo que triunfa, lo desgarramos como tigres*». Hablando de sí mismo, dice el bufón: «*Rameau tiene que ser lo que es: un alegre bribón en medio de opulentos bribones; y no un virtuoso fanfarrón o incluso un hombre virtuoso, royendo su mendrugo de pan, solo, o junto a otros infelices. Y para acabar de una vez, os diré que no me gusta vuestra felicidad, ni la de otros visionarios como vos. (...) No me importa ser abyecto, pero quiero serlo sin que nadie me fuerce a ello. No me importa apearne de mi dignidad... ¿Os reís? / Yo: Sí, vuestra dignidad me da risa. / ÉL: Cada cual tiene la suya; no me importa olvidar la mía, pero a mi arbitrio y no porque otro me lo ordene*».

Ambos, el filósofo y el bufón, combaten la impostura de una sociedad hipócrita, pero uno se cree fuera, virtuoso y puro, y el otro sabe que sólo se puede estar dentro, en medio de la mierda, en el baile de los desheredados de la tierra. Por eso, entre ellos y sus verdades también se desencadena un combate. Sería tentador presentarnos, Brigitte y yo, como el bufón y la filósofa del Rameau de Diderot y reproducir la conversación de 1761 hoy, año 2013, en el flamante y confortable auditorio del MACBA. Ella, con sus personajes pringosos de sexo y de desesperación; yo, con las bellas palabras de quien se empeña en sacar brillo —bondad, belleza y verdad— en un mundo común. Incluso podríamos vender el bolo y seguro que nos iría muy bien. Pero sería demasiado fácil y ni siquiera Diderot, que era muy fino y muy listo, dejó a sus dos personajes en la comodidad de la distancia. Y al final de su conversación acabamos por no saber bien quién es quién, ni cuáles son los verdaderos perfiles de verdad, por decirlo con una redundancia maliciosa.

2.

He dicho que este es un libro sobre la verdad. Quizá debería decir un libro en busca de la verdad. ¿Y dónde la busca? Es pornográficamente evidente: en el sexo. Pero debería explicarse bien: en el sexo, tal y como lo presenta Brigitte, no se encuentra la verdad. En el sexo pasa la verdad. Y aquí que pasa significa que tiene lugar. Quiere decir que la verdad no es un contenido, una tesis, una representación de la vida, sino que es un acontecimiento, algo que nos pasa cuando dejamos de protegernos bajo el velo de la impostura. Y eso es lo que Brigitte pretende que puede pasar follando. Y eso es lo que yo no tengo tan claro. Pero Brigitte invoca al gran maestro del sexo y de la verdad, Foucault, y recoge sus palabras: *«Es en el terreno del sexo donde hay que buscar las verdades más secretas y profundas del individuo; que es allí donde se descubre mejor lo que somos y lo que nos determina. (...) En el fondo del sexo, la verdad»*. Esta verdad se analiza de numerosas maneras en la obra de Foucault, a través de las diferentes prácticas discursivas con las cuales nos decimos qué somos. Pero hay un escrito más poético, *El cuerpo utópico*, fruto de una conferencia radiofónica de 1966, que me gustaría leer porque lo dice de una manera que tal vez suena poco *foucaultiana*, pero que está cerca del texto de Brigitte:

«Mi cuerpo, de hecho, está siempre en otra parte, está ligado a todas las otras partes del mundo, y a decir verdad está en otra parte que en el mundo. (...) Tal vez habría que decir también que hacer el amor es sentir su cuerpo que se cierra sobre sí, es finalmente existir fuera de toda utopía, con toda su densidad, entre las manos del otro. Bajo los dedos del otro que te recorren, todas las partes invisibles de tu cuerpo se ponen a existir, contra los labios del otro los tuyos se vuelven sensibles, delante de sus ojos semicerrados tu cara adquiere una certidumbre, hay una mirada finalmente para ver tus párpados cerrados. También el amor, como el espejo y como

la muerte, apacigua la utopía de tu cuerpo, la hace callar, la calma, y la encierra como en una caja, la clausura y la sella. Por eso es un pariente tan próximo de la ilusión del espejo y de la amenaza de la muerte; y si a pesar de esas dos figuras peligrosas que lo rodean a uno le gusta tanto hacer el amor es porque, en el amor, el cuerpo está aquí».

La certeza que calma y amaina la utopía de tu cuerpo, su no estar en ninguna parte o no tener un lugar propio. Dicho de otro modo, como lo expresa Foucault, en el amor, en el sexo, el cuerpo «está aquí». Esto parecería indicar una plenitud, por fin, la presencia plena. Y esta es la tentación en la que Brigitte no nos deja caer. El sexo que atraviesa sin complejos todas las páginas de su libro siempre está desencajado. Es la palabra que me sale para describirlo. Siempre hay algo que no cuadra, algún hueco por rellenar, algún agujero abierto, algo que no funciona. No hay reposo. No hay lugar de llegada. Quizá por eso la novela sólo puede terminar en el MACBA, que es un no-lugar, un desencaje, un vacío en el corazón podrido de la ciudad.

¿Pero qué pasa en este desencaje? ¿Cuál es esta verdad que tiene lugar? La resumiré en tres palabras: la **guerra** (el libro, ya desde la segunda página, está repleto de expresiones sobre la guerra como la verdad de la vida social: «Es la guerra»), la **soledad** (también está recorrido, el libro, de todas las formas de citar la soledad) y la **mierda**, la mierda que es la vida («*la vida en toda su mierdez*», como dice Brigitte). Es una verdad, por tanto, que duele, que da frío y que huele mal. Pero que también hace reír, y mucho. Como para Rameau, el bufón, para Brigitte, la «bufona» (¿por qué *bufona* significa «bonita» en catalán?), combatir la impostura no es contraponerle una verdad más bonita, o arreglarla, sino no tapar la vileza, la bajeza y la crueldad. Y eso es lo que hace Brigitte: ponernos un burka para destapar nuestras vergüenzas. Ponernos ante el escándalo de la otra sometida y «sumisa», del otro sin rostro por efecto del poder, para descubrir nuestra propia esclavitud y nuestras propias miserias disfrazadas de paz, tolerancia, diversidad y consumo. Las vergüenzas, pues, de Barcelona, las de sus habitantes y las nuestras.

Al final, incluso Brigitte acaba dándole la vuelta a la cosa y arranca un hilo de esperanza a esta vida de mierda. Dice casi al final: «*Se pueden imponer lemas y doctrinas. Se pueden neutralizar todas las disidencias, desactivarlas, y se puede domesticar el barrio, el mundo, con hoteles de diseño y avenidas de cemento. Pero no se puede domesticar la vida. Se irá: después de esta batalla o de algunas más, el Raval quedará en silencio, se rendirá, convertido en un barrio cualquiera, normalizado, banal. Y ya nadie hablará de él. Pero la vida rebrotará en otro sitio. Los “barrios chinos” seguirán existiendo mientras existan cocodrilos nocturnos y mujeres feroces, marimachos y locazas indomables*». Incluso Brigitte busca una salida y el abrazo apasionado, el único en todo el libro, que reúne finalmente al chico y a la chica de la película ante el frío impávido del MACBA. ¿Ironía, Brigitte? ¿O necesidad de calor en el mar de mierda de lo que no tiene solución?

3.

Brigitte y yo compartimos la pasión gamberra por la verdad, que nos hace reír juntas de casi todas las cosas. Pero lo cierto es que modulamos esta pasión de maneras diferentes. Desde la misma alergia contra la impostura y la hipocresía, yo soy más indulgente porque creo que las fronteras entre la verdad y la mentira son borrosas (que no relativas). Por eso le digo a Brigitte, en broma, que ella es una moralista y que quizás es ella quien acaba acercándose al filósofo virtuoso de Diderot. Yo me siento más cerca de la amoralidad de Nietzsche, cuando decía que la verdad son mentiras que han olvidado que lo son. O cuando aceptaba con ternura, él que lo machacaba todo a martillazos, la necesidad de mentirnos un poco para poder soportarnos, para poder amarnos, para poder disfrutar de las verdades más altas que son el amor y la amistad. También me sentiría cerca de aquellas potencias de lo falso que perseguía Deleuze o de las verdades hipotéticas y ficcionales con las que el mismo Diderot empujaba y distorsionaba el proyecto de las luces de la Ilustración. Tal vez por eso no me acabo de creer esto de la relación del sexo con la verdad, con la posibilidad de encontrar lo que somos... Hay momentos, sí, en los que «el cuerpo está aquí»: lo hemos vivido en las plazas, lo podemos vivir cuando nace un hijo o cuando una caricia cambia del todo el mundo que pisábamos un minuto antes. ¿Pero cuál es la presencia de los cuerpos?

Es curioso, y se puede seguir en los textos que hemos estado escribiendo en los mismos años una y otra: del cuerpo a mí me interesan los pliegos, el recogimiento, los lugares donde no se acaba de ver todo, donde alguna cosa queda escondida, la opacidad de aquello que no se expone completamente, aquello que la mano no puede ver porque lo tapa cuando acaricia la piel de otro. A Brigitte, está claro, le atraen los agujeros, lo que se puede abrir, penetrar, destripar. La verdad velada, la verdad inacabada, por mi parte; la verdad destripada, por parte de Brigitte.

He empezado diciendo que este es un libro sobre la verdad. He dicho después que era un libro en busca de la verdad. Y en todo momento he dicho que es un libro contra la impostura. Si este es un libro contra la impostura es, sobre todo, porque la vida de Brigitte también lo es. Ahora se ha hecho activista (del poliamor), pero eso es lo de menos. Es un pedazo de mujer enorme, un pedazo de carne que no engaña. Y yo le quiero dar las gracias porque me ha dejado acompañarla en este tramo de vida, en el proceso de escritura de este libro y en este momento de verdad en el que hemos podido pensar juntas.

Gràcies, princesa.

Marina Garcés

La Barcelona verdadera es un momento de la Barcelona falsa

El 6 de octubre de 2013, cuando estaba a punto de publicarse **PornoBurka**, la realidad vino a demostrar una vez más que cualquier ficción se queda corta. En plena calle Aurora, colindante con la Rambla del Raval, Juan Andrés Benítez recibió una brutal paliza por parte de ocho Mossos d'Esquadra y resultó muerto. En un universo mucho más absurdo que los absurdos universos literarios, los debates jurídicos y periodísticos plantean si aquella paliza fue causa de muerte o la muerte de Benítez simplemente sucedió, como surgida de la nada, como por casualidad. Los vecinos y las vecinas grabaron vídeos con sus teléfonos móviles y, gracias a ellos y a su resistencia, los golpes, los gritos, son. Están. La muerte no sucedió como si nada.

En abril de 2014, la Asamblea del Raval me pidió un texto reflexionando sobre el entorno del asesinato de Juan Andrés Benítez para una publicación titulada ***Barcelona marca: esquerdas del cas Juan Andrés Benítez***. Podéis leerla íntegra a través del enlace <http://barcelonamarca.wordpress.com/>.

El relato que sigue fue mi aportación.

La Barcelona verdadera es un momento de la Barcelona falsa

La Remedios dobla la esquina apresurada, mirando de reojo la sombra del Jacinto que intuye sentado, como cada vez, en la puerta de lo que fue su bar, el Pontevedra. Creería que habla solo si no supiese de sobras que está hablando con Pepet, lo más parecido a un amigo que ha tenido en la vida el Jacinto. Por mucho que uno fuera gitano como verdad absoluta y el otro fuera gallego como razón indiscutible. Por mucho que uno hablara en catalán para joder y el otro guardara silencio como venganza. Y aún así, lograsen esa comunicación que no circula por palabras sino por vínculos, por unas redes creadas sin propuesta alguna, sin deseo alguno, sin intención: por pura, espontánea y necesaria fraternidad de barrio. Y por eso están ahí, hablando sin voz, uno medio muerto y el otro muerto desde hace años, recordando

juntos una vida que ya fue.

La Remedios deshace su ciudad, la desmonta para llevársela en la maleta de su regreso hacia lo que llama «hogar». Situada a mil kilómetros y muchísimos años luz en un pueblo de Galicia que dejó para emigrar, la tierra a la que vuelve también desapareció. Pero de este drama, que aún ni imagina, también se repondrá: la Remedios es una superviviente, un ser en adaptación.

Cargada con sus trocitos de vida, recorre la memoria colectiva de su barcelona pequeña, cotidiana, intrascendente y equívoca que intenta sobrevivir escondida en las brechas que surcan la gran Barcelona. Una ciudad en minúsculas que no aspira a proyectarse ni se alimenta de eventos, que no convive con manadas de ejecutivos ni con hordas de *hooligans*, que no disfruta con llenar de clientela los centros comerciales. La barcelona de la Remedios no es Custo ni es Gaudí: es fea, es sucia y es precaria. No es burguesa, no té seny. Es extraña: ni cívica, ni gobernable, ni tolerable.

Su paseo emocional comienza en las barracas del Somorrostro, en la playa convertida en ciudad-asentamiento sobre la que levantar la ciudad-oropel. La Remedios ha ido a mirar la plaquita que le ha puesto el Ayuntamiento al que fue su barrio y le parece bonita. Mira encantada a toda esa gente tomando el sol sobre sus recuerdos y se da cuenta de que el tiempo pasa rápido y de que apenas queda nada. Pero, aunque se borre, aunque se niegue o se afirme con boca pequeña, el Somorrostro existió, como existieron la Perona, el Camp de la Bota y las laderas de Monjuïc. Existieron y se esfumaron como si no hubiesen pasado, como si esa plaquita señalase una realidad bonita, una casita en la playa, una anécdota dentro del gran espectáculo de progreso y futuro que es la Barcelona-Botiga. Cayeron y se anunció a bombo y platillo que se había superado, que habíamos subido un peldaño en la gran escalera de la dignidad y la buena vida. Y mientras los honorables se hacían fotos derruyendo las últimas barracas, los y las habitantes de la barcelona pequeña se afanaban en buscar pisos compartidos, en alquilar trocitos de barracas verticales, en firmar hipotecas abusivas con letritas tan pequeñas como sus vidas, en ser desahuciadas de los restos de un barco a la deriva que prometía una vida mejor que apenas lo fue un ratito y para alguna gente.

Las barracas fueron disimuladas bajo la ciudad-espectáculo, la ciudad-turismo, la ciudad-icono, bajo la Barcelona con mayúsculas, hasta convencernos de que todo aquello no fue. De que todo esto no está siendo.

***«En el mundo realmente invertido,
lo verdadero es un momento de lo falso»***

La Remedios avanza por la Rambla del Raval arrastrando su cuerpo cansado. Camina hacia la esquina con Aurora para coger un último retazo de verdad de la Barcelona de mentira. Para mirar de frente un instante de realidad en el que habitamos todos los Jacintos, todas las Remedios, todos los Pepets. La realidad que

nos arrancan a cada paso, que nos niegan, que nos maquillan, que nos escatiman. La realidad que nos dicen que es mentira, que pretenden que no es. Pero que es. Y somos.

Éste es su último fragmento de verdad:

Juan Andrés Benítez no está. Su vida, su imagen, su historia, su muerte, el juicio por su muerte, todo lo va engullendo el espejismo espectacular. Pero su ausencia no puede ser ficcionada. No hay relato que cambie el hecho de que no está. La verdad de que no está.

La barcelona pequeña somos los vacíos que dejan las ausencias, somos las brechas, las redes afectivas, los apoyos mutuos, las luchas vecinales, las resistencias cotidianas a ser engullidas por el espectáculo de la gran Barcelona. No somos el asfalto: somos el tejido. No somos los eslóganes: somos las historias. Somos la extrañeza, la dificultad y el tesón por vivir juntas, por construir un espacio común más allá del abandono. Somos los agujeros que abrimos para respirar, para resistir a la vorágine. La barcelona pequeña es nuestra vida, nuestra memoria inesquivable.

El infierno es el silencio, la fractura, el aislamiento, el olvido.

Lo contrario al silencio y al olvido no es el paraíso. Pero es el único espacio posible en el que enraizar la vida.

Brigitte Vasallo

Cómplices necessari@s

PornoBurka ha sido publicado gracias a la tenacidad, la ilusión y el esfuerzo de un montón de inconscientes que se han pasado por el forro las leyes del mercado editorial.

Miles de gracias al primer equipo de producción, Noèlia, Marta y Josep, que le ha dedicado infinitas horas de trabajo, amistad y cerveza.

Miles de gracias a todos y todas las que estáis asesorándonos, organizando presentaciones y haciendo ruido en las redes: sin vuestro entusiasmo el incendio no sería posible.

Miles de gracias a mi hermano de vida, Jordi Urpi, que me quiere más allá de toda duda y me apoya más allá de toda lógica.

T'estimo, bro!!!

Y gracias a mi niño Darko, por entender desde temprano que nosotrxs nos amamos incluso cuando no estamos.

Seguimos PornoBurkeando desde:

www.pornoburka.com

www.facebook.com/pornoburka

Foursquare: PornoBurka

Ediciones Cautivas es la rama editorial de **Colectivo Cautivo**, proyecto fundado en 2012 para la promoción de la alegría intercultural y la convivencia entre diferentes.

Con la música como pretexto, **Colectivo Cautivo** ha impartido cursos y conferencias en Educaislam, los festivales Pirineos Sur y Etnosur, el Màster de Migracions Contemporànies de la Universitat Autònoma de Barcelona y el Pla Barcelona Interculturalitat, entre otros. Sus actividades forman parte de la Xarxa Antirumors del Ajuntament de Barcelona.

También ha realizado diferentes intervenciones musicales en eventos como el festival Druga Godba (Ljubljana, Eslovenia), el festival Antirasistiska Filmdagar (Malmö, Suecia), el Foro Social de Éticas y Espiritualidades (Alicante) y la muestra internacional CineMigrante (Barcelona).

Ediciones Cautivas está preparando el lanzamiento de los ***Cuadernos de Escucha Intercultural***, pensados como herramienta para facilitar el descentramiento y el diálogo intercultural a través de la música.

Más información en www.colectivocautivo.com
y en www.facebook.com/colectivocautivo.

CREATIVE COMMONS (BY-NC-ND 3.0 Unported)

LICENCIA CREATIVE COMMONS

Atribución — No Comercial — Sin Derivadas 3.0 Unported
(CC BY-NC-ND 3.0 Unported)



Usted es libre de:

Compartir — copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

El licenciador no puede revocar estas libertades mientras cumpla con los términos de la licencia.

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — Debe reconocer adecuadamente la autoría, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero no de una manera que sugiera que tiene el apoyo del licenciador o lo recibe por el uso que hace.

No comercial — No puede utilizar el material para una finalidad comercial.

Sin obras derivadas — Si remezcla, transforma o crea a partir del material, no puede difundir el material modificado.

No hay restricciones adicionales — No puede aplicar términos legales o medidas tecnológicas que legalmente restrinjan realizar aquello que la licencia permite.



BRIGITTE VASALLO (1973) es periodista a ratos, escritora a trompicones, feminista sin tregua, mediadora intercultural a la primera de cambio y activista de las relaciones sexo-afectivas alternativas sin duda alguna.

Ha publicado en medios como *El País*, *Lonely Planet Magazine*, *Sons de la Mediterrània*, *Periódico Diagonal* o *Pikara Magazine*, y ha colaborado con Casa Árabe, Educaislam o el Pla Barcelona Interculturalitat, entre otros. Es miembro de Red Musulmanas y co-fundadora de Colectivo Cautivo.

Su postura contra la prohibición del niqab en el Estado Español y en apoyo del feminismo islámico ha sido ampliamente recogida en medios como *Diario 12* de Argentina, *Cosmopolitan* o *Mèdia.cat*.